ALBERT PIKE

MORAL Y DOGMA

DEL RITO ESCOCES ANTIGUO Y ACEPTADO



CABALLERO DE LA SERPIENTE DE BRONCE

PRÍNCIPE DE MERCED

(Grados 25 y 26)

Traducción de
Alberto Moreno Moreno



Albert Pike

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Veinticinco y VeintisÉis
(Caballero de la Serpiente de Bronce
y Príncipe de Merced)

Traducción:
Alberto R. Moreno Moreno

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Veinticinco y VeintisÉis
(Caballero de la Serpiente de Bronce
y Príncipe de Merced)

Serie Azul

[Textos históricos y clásicos]

*Ningún título de **masonica.es** está descatalogado y todos ellos se encuentran disponibles tanto en formato papel como electrónico.*

Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Caballero de la Serpiente de Bronce y Príncipe de Merced)

masonica.es®
Serie Azul (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo
Asturias (España)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: octubre, 2012

ISBN (edición impresa): 978-84-92984-88-6
ISBN (edición digital): 978-84-92984-89-3
Depósito Legal: AS-02121-2012

Impreso por Publidisa
Impreso en España

Edición digital:

A Leandro Llorente Arias

Alberto Moreno Moreno

Moral y Dogma

del

Rito Escocés Antiguo y Aceptado
de la
Francmasonería

Grados Veinticinco y VeintisÉis

(Caballero de la Serpiente de Bronce
y Príncipe de Merced)

ALBERT PIKE

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

Traducido al español
por

Alberto Ramón Moreno Moreno
(Octubre de 2012)

Este volumen contiene los capítulos 25 y 26 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro)*, *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección)*, *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Capítulo Rosacruz)* y *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Príncipe del Tabernáculo)*, publicados por MASONICA.ES® (www.masonica.es).

XXV

Caballero de la Serpiente De Bronce

Este grado es tanto simbólico como moral. A la vez que muestra la necesidad de reforma y arrepentimiento como medio para alcanzar la piedad y el perdón, también se adentra en la explicación de los símbolos de la Masonería, especialmente de aquellos relacionados con esa leyenda antigua y universal de la cual la de Khir-Om Abi no es sino una variación. Esa leyenda que, representando un asesinato o una muerte, así como una restauración a la vida, por medio de un drama que en que aparecen Osiris, Isis y Horus, Atis y Cibeles, Adonis y Venus, los Cabiri, Dionisos, y muchos otros representantes de los poderes activos y pasivos de la Naturaleza, mostraba a los Iniciados en los Misterios que el reinado del Mal y la Oscuridad no es sino temporal, mientras que el imperio de la Luz y el Bien será eterno.

Maimónides dice: «En los días de Enoch, hijo de Seth, los hombres incurrieron en errores dolorosos, e incluso el propio Enoch participó de sus caprichos. Su lenguaje era aquel que Dios

había dispuesto simbólicamente en los cuerpos celestes, a los cuales Dios empleaba como Sus Ministros. Resultaba evidente que la voluntad de los astros era recibir de los hombres la misma veneración que los siervos de un gran príncipe exigen de la multitud. Impresionados ante esta idea, los hombres comenzaron a construir templos a las estrellas, a ofrecerles sacrificios y a adorarlas, en la vana esperanza de agradar así al Creador de todas las cosas. Al principio, desde luego, no suponían que las estrellas fuesen las únicas deidades, sino que las adoraban en conjunción con el Señor Dios Omnipotente. Con el paso del tiempo, no obstante, ese Nombre grande y venerable fue totalmente olvidado, y el conjunto de la raza humana no retuvo ninguna otra religión que la del culto idólatra al Cielo».

El primer aprendizaje del mundo consistió esencialmente en símbolos. La sabiduría de caldeos, fenicios, egipcios y judíos; de Zaratustra, Sanchoniaton, Ferécides, Siro, Pitágoras, Sócrates, Platón, de todos los antiguos, que ha llegado hasta nosotros, es simbólica. El uso por parte de los antiguos filósofos, dice Serrano en el Simposio de Platón, era representar la verdad por medio de ciertos símbolos e imágenes ocultas.

«Todo lo que puede decirse referente a los Dioses» — dice Strabón— «debe ser expresado

por medio de antiguos dichos y fábulas, pues era costumbre de los antiguos envolver en enigma y alegoría sus pensamientos y discursos referentes a la Naturaleza, siendo por lo tanto difíciles de explicar».

Tal y como has aprendido en el Grado XXIV, Hermano mío, los antiguos filósofos contemplaban el alma del hombre como originaria del cielo. Esto era, dice Macrobio, una opinión asentada entre todos ellos; y sostenían como única sabiduría verdadera que el alma, mientras pertenece unida al cuerpo, aspira siempre a llegar a su fuente, y lucha por retornar al lugar del que provino. Moraba entre las estrellas fijas hasta que, seducida por el deseo de un cuerpo animado, descendió para ser prisionera de la materia. Desde entonces no tiene otra alternativa que regresar, siendo siempre atraída hacia su lugar de origen y hogar. Mas para retornar los medios deben ser buscados en ella misma. Para retornar a su fuente, debe obrar y sufrir en el cuerpo.

De esta manera, los Misterios enseñaban la gran doctrina de la naturaleza divina del alma y su anhelo de inmortalidad, la nobleza de su origen, la grandeza de su destino y su superioridad sobre los animales, que no albergan aspiraciones celestiales. Si se esforzaron en vano por expresar su *naturaleza*, comparándola con el Fuego y la

Luz, si erraron en cuanto a su lugar de residencia original, así como en el modo de su caída, y en el itinerario que, ascendiendo y descendiendo, seguía entre las estrellas y esferas, todo esto no deja de ser accesorio a la Gran Verdad, meras alegorías diseñadas para hacer la idea más impresionante, y al mismo tiempo más tangible para la mente humana.

Para comprender este antiguo pensamiento, sigamos en primer lugar al alma en su descenso: la esfera o Cielo de las estrellas fijas era esa Santa Región, y esos Campos Elíseos, que constituyen el domicilio nativo de las almas, así como el lugar al que reascienden una vez que han recuperado su pureza original y simplicidad. De esa región luminosa se precipitó el alma cuando realizó su travesía hacia el cuerpo, un destino que no alcanzó hasta haber sufrido tres degradaciones, designadas por el nombre de Muertes, y hasta haber pasado a través de las distintas esferas y elementos. Todas las almas permanecieron en posesión del Cielo y la felicidad mientras fueron lo suficientemente sabias para evitar el contagio del cuerpo y se mantuvieron lejos de cualquier contacto con la materia. Pero aquellas que, desde esa morada sublime y regazo de luz, ansiaron el cuerpo y lo que aquí abajo llamamos *vida*, pero que para el alma no es sino la verdadera *muerte*,

y secretamente concibieron ese deseo, esas almas, víctimas de su concupiscencia, fueron atraídas gradualmente hacia las regiones inferiores del mundo por el mero peso del pensamiento y deseo terrenos. El alma, perfectamente incorpórea, no se reviste instantáneamente de la grosera envoltura del cuerpo, sino que lo hace poco a poco, por medio de alteraciones sucesivas e imperceptibles, al tiempo que se desprende proporcionalmente de la sustancia simple y perfecta en que se encuentra inicialmente. Primero se rodea de un cuerpo compuesto de la sustancia de las estrellas, y posteriormente, conforme desciende a través de las distintas esferas, lo hace de una materia etérea progresivamente más basta, descendiendo de esta manera hasta el cuerpo físico, y siendo el número de muertes o degradaciones que sufre el mismo que el de las esferas que atraviesa.

La Galaxia —dice Macrobio— cruza el Zodíaco en dos puntos opuestos, Cáncer y Capricornio, los trópicos del Sol en su movimiento, de ordinario denominados las Puertas del Sol. Estos dos trópicos, antes de Macrobio, se correspondían con estas constelaciones, pero en sus días se correspondían con Géminis y Sagitario, y en consecuencia con la precesión de los equinoccios. Pero los signos del Zodíaco permanecieron inalterados, y la Vía Láctea cruzaba en los *signos*

de Cáncer y Capricornio, mas no en esas *constelaciones*.

A través de esas puertas las almas se suponía que descendían a la Tierra, para a continuación reascender al Cielo. Una —dice Macrobio, en su *Sueño de Escipión*— era denominada la Puerta de los Hombres, y la otra la Puerta de los Dioses. Cáncer era la primera, pues por ella descendían las almas a la Tierra; y Capricornio la segunda, porque por ella ascendían a sus estados de inmortalidad y se convertían en dioses. Desde la Vía Láctea, según Pitágoras, se separaba la ruta a los dominios de Plutón. Hasta que las almas abandonaban la Galaxia no se consideraba que habían comenzado su descenso hacia los cuerpos terrestres. De ella partían y a ella retornaban. Hasta que alcanzaban el signo de Cáncer no la habían abandonado, y permanecían siendo dioses. Una vez que alcanzaban Leo, comenzaban el aprendizaje para su condición futura; y cuando se encontraban en Acuario, el signo opuesto a Leo, abandonaban la vida humana.

El alma, descendiendo desde los límites celestiales, donde el Zodíaco y la Galaxia se unen, pierde su forma esférica, que es la forma de toda naturaleza divina, y se alarga formando un cono, de la misma manera que un punto se alarga en una línea. Y así, lo que antes era una mónada

indivisible, se divide convirtiéndose en un ser muerto —es decir, la Unidad se transforma en división, disturbio y conflicto—. Entonces comienza a experimentar el desorden que reina en la materia, a la que se une, resultando en cierta manera intoxicada por los tragos de materia bruta. Las almas se reúnen, dice Platón, en los campos del olvido, para beber el agua del Río Ameles, que causa que los hombres lo olviden todo. Esta ficción también aparece en Virgilio. «Si las almas» —dice Macrobio— «llevasen con ellas a los cuerpos que ocupan todo el conocimiento adquirido acerca de las cosas divinas durante su estancia en los Cielos, las opiniones de los hombres no se diferencian de las de la Deidad. Pero algunos olvidan más, y otros menos, de lo que habían aprendido».

Nos sonreímos ante estas nociones de los antiguos; pero debemos ser capaces de mirar a través de estas imágenes materiales y alegorías para llegar a las ideas que se esfuerzan por ser expresadas y a los grandes pensamientos que encierran pero que no han sido pronunciados. Y mejor haríamos en plantearnos si acaso nosotros hemos logrado encontrar una forma mejor de representar el origen del alma y su advenimiento a este cuerpo, que tan extraño resulta; y si alguna vez hemos reflexionado sobre este tema, o no

hemos cesado de pensar, viéndonos abocados a la desesperación.

La más sublime y pura porción de materia, que alimenta y constituye la naturaleza divina, es la que los poetas denominaron *néctar*, la bebida de los Dioses. La porción más baja, turbada y grosera, es la que intoxica el alma. Los antiguos lo simbolizaron como la Llanura de Lete, oscuro cauce del olvido. ¿Cómo explicamos la amnesia del alma de su pasado, o reconciliamos esa absoluta ausencia de recuerdos de su condición previa con su esencial inmortalidad? La verdad es que nosotros, por regla general, tememos y nos mostramos timoratos ante la posibilidad de ofrecernos una explicación a nosotros mismos.

Arrastrada por la pesadez producida por el sorbo embriagador, el alma cae a lo largo del Zodíaco y la Vía Láctea hacia las esferas inferiores, adoptando en su descenso, conforme atraviesa cada esfera, no solo un nuevo revestimiento del material que compone los cuerpos luminosos de los planetas, sino que también recibe las distintas facultades que ejercitará mientras habite en el cuerpo.

En Saturno adquiere el poder de razonar, así como la inteligencia, o lo que es denominado como facultad lógica y contemplativa. De Júpiter recibe el poder de acción. Marte le otorga valor,

ímpetu y capacidad de obrar. Del Sol recibe los sentidos y la imaginación, que producen sensaciones, percepciones y pensamiento. Venus le inspira con deseos. Mercurio le aporta la facultad de expresarse y enunciar lo que piensa y siente. Y, al adentrase en la esfera de la Luna, adquiere la fuerza de generación y crecimiento. Esta esfera lunar, la más baja y peor de los cuerpos divinos, es la primera y más elevada para los cuerpos terrestres. Y el cuerpo lunar asumido por el alma mientras, por así decirlo, se sedimenta la materia celestial, es también la sustancia primera de la materia animal.

Los cuerpos celestiales, el Cielo, las Estrellas y otros elementos divinos, siempre tienden a elevarse. El alma que alcanza la región donde habita la muerte tiende hacia los cuerpos terrestres, y se considera que muere. «Que nadie» —dice Macrobio— «se sorprenda de que hablemos con tanta frecuencia de la *muerte* de esta alma, que sin embargo denominamos inmortal». No es aniquilada ni destruida por tal muerte, sino únicamente debilitada por un tiempo; y por lo tanto no se ve despojada de su prerrogativa de inmortalidad, dado que posteriormente, liberada del cuerpo, cuando ha sido purificada de las máculas de vicio adquiridas durante esa unión, queda restablecida

en todos sus privilegios, retornando a la luminosa morada de su inmortalidad.

En su regreso, reintegra a cada esfera por la que asciende las pasiones y facultades terrenales recibidas de ellas: a la Luna, la facultad de aumentar y disminuir el cuerpo; a Mercurio, el fraude, artífice de males; a Venus, la seducción del placer; al Sol, la pasión por la grandeza e imperio; a Marte, la audacia y la temeridad; a Júpiter, la avaricia; y a Saturno, la falsedad y el engaño. Y finalmente, aliviada y liberada de todo, penetra desnuda y pura en la octava esfera o Cielo más elevado. Todo ello concuerda con la doctrina de Platón de que el alma no puede volver a entrar al Cielo hasta que las revoluciones del Universo la hayan restaurado a su condición primigenia, purificándola de los efectos de su contacto con los cuatro elementos.

Esta opinión de la preexistencia de las almas como sustancias puras y celestiales antes de su unión con nuestros cuerpos, a los que se acopla y anima una vez que han descendido del Cielo, goza de una gran antigüedad. Un rabino contemporáneo, Manasés Ben Israel, afirma que siempre fue creencia de los hebreos. Y también lo era de la mayoría de los pensadores que admitían la inmortalidad del alma, por lo que fue enseñada en los Misterios. Pues, como dice Lanctancio, no

concebían que fuese posible que el alma existiese *después* del cuerpo si no había existido *antes*, y si su naturaleza no era independiente de la del cuerpo. La misma doctrina fue adoptada por los más conspicuos Padres Griegos, así como por muchos de los Padres Latinos. Y sería la predominante hoy en día si los hombres se ocupasen en discurrir sobre este tema, preguntándose si la inmortalidad del alma implica su existencia previa.

Algunos filósofos sostenían que el alma era encarcelada en el cuerpo como forma de castigo por los pecados cometidos en un estado previo. Cómo conciliaban esto con la propia inconsciencia del alma respecto a cualquier etapa anterior, no lo sabemos. Otros afirman que Dios, por su propia voluntad, enviaba el alma a habitar el cuerpo. Los cabalistas unificaron ambas opiniones. Establecieron que había cuatro mundos, *Aziluth*, *Briarth*, *Jezirath* y *Aziath*; el mundo de la *emanación*, el de la *creación*, el de las *formas* y el del mundo *material*. Cada uno se haya sobre el otro, siguiendo ese orden, y siendo más perfectos tanto en lo concerniente a su naturaleza como a los seres que los habitan. Todas las almas se encuentran originalmente el mundo *Aziluth*, el Cielo Supremo, morada de Dios y de los espíritus puros e inmortales. Aquellos que

descienden de de él sin culpa propia, sino por orden de Dios, son dotados de un fuego divino que les preserva del contagio de la materia y les devuelve al Cielo tan pronto como su misión ha terminado. Aquellos que descienden por su propia culpa erran de mundo en mundo, perdiendo insensiblemente su amor por las cosas divinas y su propia autocontemplación, hasta que alcanzan el mundo *Aziath*, cayendo por su propio peso. Esta es una doctrina puramente platónica, revestida de imágenes y términos propios de los cabalistas. Era la doctrina de los esenios, quienes, según Porfirio, «creen que las almas descienden del éter más sutil, atraídas hacia los cuerpos por las seducciones de la materia». Esto era sustancialmente la doctrina de Orígenes, que provenía de los caldeos, los cuales habían estudiado durante largo tiempo la teoría de los Cielos, las esferas, así como la influencia de los signos y las constelaciones.

Los gnósticos hacían a las almas ascender y descender a través de ocho cielos. En cada uno de ellos se hallaban ciertas Potestades que se oponían a su regreso, y a menudo las devolvían a la Tierra, cuando no se encontraban lo suficientemente purificadas. La última de estas Potestades, la más cercana a la luminosa morada de las almas, era una serpiente o un dragón.

En la antigua doctrina, ciertos Genios estaban encargados de conducir las almas a los cuerpos destinados a acogerlos, así como de retirarlas de los mismos. Según Plutarco, estas eran las funciones de Proserpina y Mercurio. En Platón, un genio familiar acompaña al hombre en su nacimiento, le sigue y le observa durante toda su vida, y en la hora de su muerte le conduce al tribunal del Gran Juez. Estos genios son el medio de comunicación entre el hombre y los Dioses; y el alma siempre se haya su presencia. Esta era la doctrina enseñada en los oráculos de Zaratustra, y estos genios eran las Inteligencias que residían en los planetas.

De este modo la ciencia secreta y los misteriosos emblemas de la Iniciación fueron conectados con los Cielos, las Esferas y las Constelaciones; y esta conexión debe ser estudiada por todo aquel que desee comprender el pensamiento antiguo e interpretar las alegorías, así como explorar el significado de los símbolos, con que los que los antiguos sabios intentaron plasmar las ideas que en su interior pedían ser expresadas, pero para las que el lenguaje resultaba inadecuado, pues las palabras son imágenes únicamente de las cosas que pueden ser percibidas y se hallan en el dominio de los sentidos.

No es posible para nosotros concebir plenamente los sentimientos con que los antiguos contemplaban los cuerpos celestiales, ni las ideas que se desprendieron de su observación de los Cielos, dado que no podemos ponernos en su lugar y mirar a las estrellas con sus ojos en el amanecer de los tiempos, renunciando al conocimiento que incluso el más ignorante de nosotros posee y que nos hace contemplar las estrellas y planetas, así como todo el universo de soles y mundos, como una mera máquina inanimada de orbes agregados y sin sentido, no más sorprendentes, salvo por el tamaño, que un reloj o un planetario de sobremesa. Nos maravillamos y nos asombramos ante el Poder y la Sabiduría del Hacedor, lo que para la mayoría de los primeros hombres implicaba una especie de infinita *Ingenuidad*: se maravillan ante la Obra, y la dotaba de vida, fuerza, misteriosos poderes y vigorosas influencias.

Menfis, en Egipto, se hallaba en la latitud 29º 5" Norte, y en la longitud 30º 18' Este. Tebas, en el Alto Egipto, se encontraba en la latitud 25º 45' Norte y la longitud 32º 43' Este. Babilonia se ubicaba en la latitud 32º 30' Norte y la longitud 44º 23' Este, mientras que Saba, la antigua capital sabea de Etiopía, se encontraba aproximadamente en la latitud 15º Norte. A través de Egipto

discurría el gran Río Nilo, que brota más allá de Etiopía, hallándose su nacimiento en regiones desconocidas por completo, en las moradas del calor y el fuego, y discurriendo de Sur a Norte. Sus inundaciones habían formado las tierras aluviales del Alto y el Bajo Egipto, que continuaron elevándose cada vez más, siendo fertilizadas por los depósitos de limo. Al principio, como en todas las naciones recién asentadas, tales inundaciones, que acontecían anualmente y siempre en el mismo período del año, eran calamidades; hasta que por medio de diques, canales de drenaje y estanques artificiales para el riego se tornaron bendiciones, siendo aguardados con alegre anticipación de la misma manera que antes habían sido esperados con terror. Sobre el limo depositado sobre el Río Sagrado, una vez que este retrocedía a sus bancos, el esposo enterraba la semilla, y el rico suelo y el sol benéfico le aseguraban una abundante cosecha.

Babilonia depende del Eúfrates, que discurre del Noroeste al Sureste, bendiciendo, como hacen todos los ríos orientales, el árido país por el que transcurre; sin embargo, sus rápidas e inciertas crecidas traían el terror y el desastre.

Para los antiguos, que todavía no habían sido capaces de inventar instrumentos astronómicos y

contemplaban el cielo con ojos de niño, esta Tierra era una plataforma plana de dimensión desconocida. Especulaban sobre ello, pero no sabían nada a ciencia cierta. Los accidentes de su superficie eran las irregularidades de un plano. Desconocían que era una esfera, o lo que se encontraba bajo su superficie, o sobre qué reposaba. Cada veinticuatro horas el Sol se elevaba más allá del borde oriental del mundo, viajaba a través de los cielos, sobre la Tierra, siempre por el Sur, aunque a veces más cerca y otras más alejado del punto que había sobre sus cabezas, para sumergirse bajo el límite Occidental del mundo. Y con él se iba la luz, a la que seguía la oscuridad.

Y cada veinticuatro horas aparecía en los Cielos otro cuerpo, visible principalmente de noche, pero en ocasiones incluso cuando el Sol brillaba, como si lo siguiese a cierta distancia, unas veces mayor y otra menor, en su itinerario por el Cielo; en ocasiones como un fino creciente que aumentaba progresivamente hasta convertirse en una esfera resplandeciente de luz plateada, a veces más y a veces menos al Sur del punto que había sobre sus cabezas, dentro de los mismos límites del Sol.

El hombre, envuelto por la espesa oscuridad de la noche más cerrada, cuando todo parece haber

desaparecido a su alrededor y se encuentra en la más absoluta soledad, rodeado nada más que por negras sombras, siente que su existencia es poco menos que nada, y únicamente el recuerdo de la gloria y esplendor de la luz le desmiente esta idea. Todo está muerto para él, como él lo está —por así decirlo— para la Naturaleza. ¡Cuán aplastante y abrumador resultaría el pensamiento, el miedo, el temor de que quizá la oscuridad fuese eterna y el día jamás regresase, si tal sospecha hubiese anidado en su mente mientras la espesa niebla se hallaba ante él como un muro! ¿Cuál es el elemento que podía devolverlo a la vida, la energía, la actividad, a la camaradería y comunión con el gran mundo que Dios ha dispuesto a su alrededor, y que quizá en la oscuridad se desvanece? La LUZ le devuelve a sí mismo y a la naturaleza que le parecía perdida. De este modo el hombre primitivo contempló de forma natural la Luz como principio de su existencia real, pues sin ella la vida no sería sino un hastío y desolación perpetuos. Esta necesidad de luz y la energía creativa que conlleva era compartida por todos los hombres, y nada resultaba más alarmante para ellos que su ausencia. La Luz se convirtió en su primera divinidad, pues un simple rayo de luz, atravesando el oscuro y tumultuoso regazo del

caos, era capaz de hacer emerger al Universo entero ante él. Así lo glosaron todos los poetas que imaginaron cosmogonías, y tal fue el primer dogma de Orfeo, Moisés y los Teólogos. La Luz era Ormuz, adorado por los persas, y Ahrimán la oscuridad, origen de todos los males. La Luz era la vida del Universo, la amiga del hombre, la sustancia de los Dioses y del Alma. El cielo era para ellos un gran y sólido arco cóncavo, un hemisferio de material desconocido a una distancia desconocida sobre el nivel plano de la Tierra. Y a través de él viajaban en su curso el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas. El Sol resultaba para ellos un gran globo de fuego, de dimensiones desconocidas, a una distancia desconocida. La Luna era una masa de luz tenue; las estrellas y los planetas eran cuerpos brillantes capaces de ejercer una influencia desconocida y sobrenatural.

No podía pasar desapercibido que, de forma periódica, la duración del día y la noche eran iguales; y que dos de estos intervalos temporales suponían el mismo espacio de tiempo que se daba entre sucesivas inundaciones, entre sucesivas primaveras y entre sucesivas cosechas. De la misma manera que no podía pasar desapercibido que los cambios de la Luna acontecían regularmente, transcurriendo siempre el mismo

número de días entre la primera aparición de su creciente plateado en el Occidente, durante el ocaso, y la Luna llena elevándose por el Oriente a la misma hora, y de nuevo entre la Luna Llena y la aparición del creciente en el Oeste.

E igualmente el hombre reparó pronto en que el Sol cruzaba los cielos en una línea diferente cada día, alargándose los días y acortándose las noches cuando la línea de este paso se aproximaba al Norte, y acortándose los días y alargándose las noches cuando la línea de paso se aproximaba al Sur. Y también se percató de que ese progreso hacia el Norte o hacia el Sur era perfectamente regular, marcando cuatro momentos que eran siempre cíclicos: dos en que las noches y los días era iguales, o Equinoccios Vernal y Otoñal, el momento en que el día era más largo, o Solsticio de Verano, y el momento en que era más corto, o Solsticio de Invierno.

Con el Equinoccio Vernal, hacia el 25 de Marzo según nuestro calendario, repararon en que invariablemente venían vientos suaves, volvía la calidez causada por el Sol que volvía a aproximarse al Norte desde el punto medio de su curso, y renacían la vegetación y el impulso a la acción amatoria por parte del reino animal. Entonces el Toro y el Carnero, animales de sumo valor para el agricultor, así como símbolos del

poder regenerativo, recuperaban su vigor; las aves se apareaban y construían sus nidos, las semillas germinaban, la hierba crecía y las hojas brotaban de los árboles. Con el Solsticio de Verano, cuando el Sol alcanzaba el extremo Norte de su curso, venía el gran calor, los vientos ardientes, la lasitud y el agotamiento. Entonces la vegetación se atrofiaba, el hombre anhelaba las frescas brisas de la Primavera y el Otoño y las frías aguas invernales del Nilo o el Eúfrates, y el León buscaba agua alejándose de su hogar en el desierto. Con el Equinoccio Otoñal llegaba el momento de la cosecha, los frutos de los árboles y la vid, las hojas cayendo y los fríos atardeceres que presagiaban vientos helados; y el Principio y las Potestades de la Oscuridad, venciendo a los de la Luz, empujaban al Sol hacia el Sur para que las noches durasen más que el día. Y en el Solsticio de Invierno la Tierra estaba cubierta de arrugas heladas y los árboles desnudos de hojas; y el Sol, que alcanzaba el punto más meridional de su devenir, parecía dudar entre continuar descendiendo, sumiendo así al mundo en la oscuridad y la desesperación, o volver sobre sus pasos, retomando su curso hacia el Norte, trayendo de nuevo el tiempo de la siembra y la Primavera, las hojas verdes, las flores y las delicias del amor.

Así, de forma natural y necesaria, el tiempo se dividió, en primer lugar en días, y a continuación en lunas o meses, y en años; y con estas divisiones y los movimientos de los cuerpos celestiales que los marcaban quedaron asociados y conectados los distintos gozos y privaciones físicas de los hombres. En una economía enteramente agrícola, con sus débiles hogares siempre a merced de los elementos y las estaciones cambiantes, los primitivos moradores del Oriente estaban necesariamente interesados en la recurrencia de los fenómenos periódicos protagonizados por las dos grandes luminarias del Cielo, de cuya regularidad dependía toda su prosperidad.

Y para el observador atento pronto resultó llamativo que las luces del Cielo más pequeñas eran incluso más regulares que el Sol y la Luna, y que predecían con infalible certeza, según su salida y puesta, los períodos de recurrencia de los distintos fenómenos y las estaciones de las que dependía su bienestar físico. Pronto sintieron la necesidad de distinguir a la estrellas, y les otorgaron nombres, de forma que pudiesen entenderse los unos a los otros al referirse a ellas. La necesidad provocó denominaciones que eran a un tiempo naturales y artificiales. Observaron que, en el ciclo de un año, la renovación y la

aparición periódica de los productos de la Tierra estaba constantemente asociada, no sólo al devenir del Sol, sino también con la salida y la puesta de ciertas estrellas, así como con su posición respecto al Sol, punto de referencia del conjunto de la morada estelar, de forma que la mente asoció de forma natural los sucesos terrestres y estelares que estaban conectados *de facto*; y comenzaron a asignar a las estrellas y grupos de estrellas los nombres de aquellos objetos terrestres con los que pare-cían conectados. Para aquellas estrellas que permanecieron sin nombre bajo este sistema, y con el fin de completar la nomenclatura, adoptaron nombres arbitrarios e imaginativos.

De este modo los etíopes de Tebas o Saba denominaron a aquellas estrellas bajo las cuales el Nilo comenzaba a desbordarse «Estrellas de la Inundación», o «que derraman agua» (Acuario).

Las estrellas entre las que se encontraba el Sol una vez que había alcanzado el Trópico del Norte y comenzaba a retroceder hacia el Sur, debido a este movimiento retrógrado fueron denominadas «el Cangrejo» (Cáncer).

Conforme el Sol se aproximaba, en Otoño, al punto medio entre los extremos Norte y Sur de su trayectoria, los días y las noches se volvían iguales; y las estrellas entre las que se encontraba

entonces fueron denominadas «Estrellas de la Balanza» (Libra).

Aquellas estrellas entre las que se hallaba el Sol cuando el león abandonaba el desierto a causa de la sed y acudía a aplacarla al Nilo fueron llamadas «Estrellas del León» (Leo).

Las estrellas entre las que se encontraba el Sol durante la cosecha fueron bautizadas como «Estrellas de la Virgen Recolectora, sosteniendo una gavilla de trigo» (Virgo).

Aquellas estrellas entre las que el Sol se encontraba en Febrero, cuando las ovejas daban a luz, fueron llamadas «Estrellas del Cordero» (Aries).

Las estrellas que rodeaban al Sol en Marzo, cuando era tiempo de arar, recibieron el nombre de «Estrellas del Buey» (Tauro).

Aquellas bajo las cuales venían los vientos cálidos y ardientes del desierto, letal como los reptiles venenosos, fueron llamadas «Estrellas del Escorpión» (Escorpio).

Observando que el retorno anual de las crecidas del Nilo venía siempre acompañado por la aparición de una hermosa estrella que en ese momento se mostraba en la dirección de las fuentes de ese río, y parecía avisar al esposo de ser cuidadoso y no dejarse sorprender por la

inundación, el etíope comparó la función de esta estrella con la del animal que avisa del peligro por medio de su ladrido, y la llamó el Perro (Sirio).

Comenzando así, y conforme la Astronomía fue más estudiada, se trazaron figuras imaginarias sobre todo el Cielo, a las que se asignaban las distintas estrellas. Las constelaciones principales eran aquellas que se extendían a lo largo del itinerario del Sol conforme ascendía hacia el Norte y descendía hacia el Sur, al tiempo que se desviaba, dentro de unos ciertos límites, a una misma distancia de la línea donde los días y las noches son iguales. Este cinturón, que se curvaba como una serpiente, era denominado el Zo-díaco, y se dividía en doce signos.

En el momento del Equinoccio de Primavera, en el año 2455 a.C., el Sol entraba en el signo y la constelación de Tauro tras haber atravesado, desde el comienzo en el Solsticio de Invierno, y ascendiendo hacia el Norte, los signos de Acuario, Piscis y Aries. Al penetrar en el primero alcanzaba el límite inferior en su desplazamiento hacia el Sur. Desde Tauro pasaba a través de Géminis y Cáncer, alcanzando Leo cuando llegaba al término de su periplo hacia el Norte. A partir de aquí, a través de Leo, Virgo y Libra, penetraba en Escorpio en el momento del Equinoccio

Otoñal, viajando hacia el Sur a través de Escorpio, Sagitario y Capricornio, hasta adentrarse en Acuario, término de su viaje hacia el Sur.

El sendero por el que el Sol se desplazaba a través de estos signos se convirtió en la Eclíptica; y aquel que pasa a través de los dos equinoccios fue denominado el Ecuador.

Los antiguos no sabían nada de las leyes inmutables de la naturaleza; y cuandoquiera que el Sol comenzaba su tendencia hacia el Sur, temían que pudiese continuarla indefinidamente, desapareciendo gradualmente para siempre y dejando la Tierra en manos de la oscuridad, las tormentas y el frío para que reinasen de forma perpetua.

Por ello se regocijaban cuando el Sol comenzaba a ascender tras el Solsticio de Invierno, luchando contra las malignas influencias de Acuario y Piscis, y siendo afectuosamente recibido por el Cordero. Y cuando en el Equinoccio Vernal entraba en Tauro, aún se alegraban más ante la seguridad de que los días serían más largos que las noches, al ver que el momento de la siembra había llegado, y la certeza de que le segui-rían el verano y la cosecha. Y se lamentaban cuando, tras el Equinoccio Otoñal, la maligna influencia del venenoso Escorpio, del

vengativo Sagitario, y el fatídico Capricornio le arrastraban en su descenso hacia el Solsticio de Invierno.

Al llegar a ese punto, se decía que había sido asesinado y que había descendido al reino de la oscuridad. Tras permanecer allí tres días, se elevaba de nuevo, volviendo a ascender hacia el Norte en los Cielos para redimir la Tierra de la niebla y la oscuridad del Invierno, que pronto se convirtió en sinónimo de pecado, mal y sufrimiento, mientras que la Primavera, el Verano y el Otoño se convirtieron en emblemas de felicidad e inmortalidad. Estas tres estaciones pronto personificaron al Sol, y le adoraron bajo el nombre de Osiris, transmutando la leyenda de su descenso entre los Signos del Invierno en una fábula de su muerte, su descenso a las regiones infernales, y su resurrección. La Luna se convirtió en Isis, la esposa de Osiris; y el Invierno, así como el desierto u océano al que el Sol descendía, se convirtieron en Tifón, Espíritu y Principio del Mal, que batallaba contra Osiris, destruyéndole. Del peregrinaje del Sol a través de los doce signos nace la leyenda de los doce trabajos de Hércules, así como las encarnaciones de Vishnu y Buda. De aquí procede la leyenda del asesinato de Hiram, representante del Sol, a manos de tres Compañeros, símbolo de los tres

signos invernales, Capricornio, Acuario y Piscis, que le acosan en las tres puertas del Cielo y le asesinan durante el Solsticio de Invierno, así como la búsqueda por parte de los nueve Compañeros, los otros nueve signos, su localización, entierro y resurrección. El Tauro celestial, al abrir el nuevo año, era el Toro Creativo de los hindús y los japoneses, que rompía con su cornamenta el huevo del que nacía el mundo. Por ello las representaciones de los toros eran veneradas por los egipcios, como es el caso del becerro de oro de Aarón en el desierto. Y por ello la vaca es sagrada para los hindús. Es igualmente debido a los sagrados y benéficos signos de Tauro y Leo que existen leones y toros alados, ambos con cabezas humanas, en los palacios de Nínive y Nemrod, como también lo estaban los querubines dispuestos por Salomón en su Templo, así como los doce bueyes que soportaban el mar de bronce.

El Buitre o Águila Celestial, elevándose y poniéndose con Escorpio, ocupaba su lugar en numerosas ocasiones, habida cuenta de las perversas influencias de este último; y por ello los cuatro grandes períodos del año fueron representados por el Toro, el León, el Hombre (Acuario) y el Águila, que aparecieron sobre los respectivos estandartes de Efraín, Judá, Rubén y

Dan, y todavía figuran en el emblema del Santo Arco Real de los Estados Unidos de América.

Posteriormente el Carnero o Cordero se convirtió en objeto de adoración cuando, a su vez, abría el equinoccio para la salida del mundo invernal de oscuridad y mal. En torno a la idea central y simple de la muerte anual y resurrección del Sol pronto se agregó un enjambre de detalles circunstanciales. Algunos derivaban de los fenómenos astronómicos, mientras otros muchos no eran sino ornamentos poéticos e invenciones.

Además del Sol y la Luna, los antiguos vieron una hermosa estrella que brillaba con una luz plateada y suave, siguiendo siempre al Sol a escasa distancia en su puesta y precediéndole en su salida. Otra estrella de color rojo y furioso, aún más regia y brillante, pronto atrajo la atención por su libre movimiento entre los elementos fijos del Cielo; y repararon en otra más de inusual brillo y gran regularidad en su salida y puesta. Estas estrellas eran Venus, Marte y Júpiter. Mercurio y Saturno a duras penas pudieron ser percibidos en la infancia de género humano; no hasta que la astronomía comenzó a adquirir característica de ciencia.

En la proyección de la esfera celeste llevada a cabo por los sacerdotes astronómicos, el Zodíaco y las constelaciones, dispuestos en círculo,

presentaban su otra mitad en oposición diametral; y el hemisferio de Invierno se consideraba opuesto y contrario al de Verano. Sobre los ángeles de este último gobernaba un rey (Osiris u Ormuz) iluminado, inteligente, creativo y benéfico. Sobre los ángeles caídos o genios maléficos del hemisferio de Invierno, es decir, los demonios o devas del imperio subterráneo de oscuridad y pesar, así como sobre sus estrellas, presidía también un jefe. En Egipto primero regía Escorpio, a continuación Libra y a continuación el Oso Polar o Asno, llamado tifón, es decir, *diluvio*, debido a las lluvias que inundaban la tierra mientras esa constelación dominaba. En Persia, en una etapa posterior, fue la Serpiente, que personificaba a Ahrimán, Príncipe del Mal del zoroastrismo.

El Sol no llega cada año siempre en el mismo momento al punto equinoccial sobre el Ecuador. La razón de esta variación pertenece a la ciencia de la Astronomía, que no referiremos aquí, pero la consecuencia es lo que se denomina precesión de los equinoccios, por medio de la cual el Sol cambia constantemente su ubicación en el Zodíaco en cada equinoccio vernal. Debido a ello, aunque los signos mantienen los nombres que ya tenían trescientos años antes de Jesucristo, signos y constelaciones no coinciden: El Sol se halla ahora

en la constelación Piscis cuando está en el signo Aries.

La magnitud anual de precesión es de poco más de cincuenta segundos. El período de una revolución completa de los equinoccios es de 25.856 años. La precesión supone 30º, lo que equivale a un signo, cada 2.155 años. De manera que, de la misma manera que el Sol entra ahora en Piscis en el Equinoccio de Verano, en el 300 a.C. entraba en Aries en ese mismo período, y en Tauro en el año 2455 a.C. Y la división de la Eclíptica, ahora denominada Tauro, se encuentra en la constelación de Aries. En 4600 a.C. el Sol entraba en Géminis durante el Equinoccio Vernal. En ambos momentos, en 2455 a.C. y 300 a.C., así como ahora las entradas del Sol durante los Equinoccios y Solsticios en los signos eran y son las siguientes:

2455 a.C.	*Entraba*	*Desde*
Equino. Primaveral	Tauro	Aries
Solsticio de Verano	Leo	Cáncer
Equinoccio Otoñal	Escorpio	Libra
Solsticio Invierno	Acuario	Capricornio

300 a.C.	*Entraba*	*Desde*

Equino. Primaveral	Aries	Piscis
Solsticio de Verano	Cáncer	Géminis
Equinoccio Otoñal	Libra	Virgo
Solsticio Invierno	Capricornio	Sagitario

1871	*Entraba*	*Desde*
Equino. Primaveral	Piscis	Acuario
Solsticio de Verano	Géminis	Tauro
Equinoccio Otoñal	Virgo	Leo
Solsticio Invierno	Sagitario	Escorpio

El culto al Sol y a las estrellas tiene su origen en la confusión entre *signos* y *causas*. «Si», dice Job, «contemplé el Sol cuando brillaba, o la Luna discurriendo en su esplendor, y mi corazón se engañó en secreto, y mi boca besó mi mano, sería maldad *que debiera ser castigada por* el juez; porque habría negado al Dios soberano». Quizá, al fin y al cabo, no seamos más sabios que aquellos hombres simples de la antigüedad, pues ¿qué sabemos acerca del efecto y la causa, salvo que una cosa sigue regularmente a otra?

Así, debido a que la salida heliacal de Sirio

prece-día a las crecidas del Nilo, se creía que Sirio la causaba. Y de la misma manera se creía que otras estrellas causaban calor extremo, frío amargo y tormentosos aguaceros.

Desde muy temprano aparece una adoración religiosa por el toro del Zodíaco, Tauro, que parece haber sido generalizada por toda Asia. Desde la región del Caúcaso a la que dio nombre (y que hoy día sigue siendo conocida como Monte Taurus), hasta el extremo sur del Indostán, se extendió también por Europa y a través de la parte oriental de África. Evidentemente esto se originó durante esa remota edad del mundo en que el coluro del Equinoccio de Primavera pasaba a través de las estrellas en la cabeza del signo de Tauro (entre las que se encontraba Aldebarán); una etapa en la que, como atestiguan los más antiguos monumentos de las naciones, pronto brillaron las luces de las artes y las letras.

La palabra árabe Aldebarán significa «la estrella más destacada» o «primera», y únicamente podría haber sido llamada así por *preceder*, o *guiar*, a todas las demás. El año se abría entonces con el Sol en Tauro, y la infinidad de esculturas antiguas, tanto en Asiria como en Egipto, en las que el Toro aparece con cuernos en forma de Luna creciente y el disco solar entre ellos, son alusiones directas al importante festival

de la primera luna nueva del año. Y había por doquier celebraciones anuales festejando la primera luna nueva, cuando el año comenzaba con el Sol y la Luna en Tauro. Canta David: «Tocad la trompeta en la Luna Nueva, en el momento señalado, en el día de nuestra fiesta solemne, porque es ley de Israel y ordenanza del Dios de Jacob, y es el mandato dado a José cuando salió de la tierra de Egipto, donde oyó lenguaje que no entendía». Este culto rendido a Tauro continuó mucho después de que, debido a la precesión de los equinoccios, el coluro del Equinoccio de Primavera hubiese llegado a pasar por Aries. Los chinos todavía tienen un templo llamado «el Palacio del Toro Astado», y el mismo es venerado en Japón y en la India. Los cimbrios llevaron un toro de bronce con ellos, como imagen de su dios, cuando asolaron España y la Galia. Y la representación de la creación a cargo de una deidad con forma de toro rompiendo la cáscara de un huevo con sus cuernos era una imagen de Tauro abriendo el año y eclosionando de la concha simbólica de la órbita durante el Año Nuevo.

Teófilo dice que a Osiris se le suponía muerto o ausente durante cincuenta días al año. Landseer opina que esto se debe a que los sacerdotes sabeos estaban habituados a ver, en las latitudes

más bajas de Egipto y Etiopía, las estrellas principales del la constelación del Esposo sumergirse acrónicamente bajo el horizonte occidental, tras lo cual comenzaban sus lamentaciones, o glosaban durante horas el signo para que otros lo llorasen. Y cuando se suponía que sus prolíficas virtudes habían sido transferidas al Sol primaveral, el jolgorio y la bacanal precedían a la adoración.

Antes de que el coluro del Equinoccio de Primavera hubiese pasado a Aries, y posteriormente hubiese abandonado Aldebarán y las Híades, las Pléyades fueron, durante siete u ocho siglos, las estrellas dominantes del año sabeo. Por ello podemos ver en los monumentos el disco y el creciente, símbolos del Sol y la Luna en conjunción, que aparecen sucesivamente en la cabeza, posteriormente en el cuello y después en la espalda del Toro zodiacal, y más recientemente en la frente del Carnero. Este símbolo, ♉, todavía en uso para representar a Tauro, consiste en este mismo creciente y el disco, un símbolo que nos ha sido legado desde esa remota época en que esta memorable conjunción en Tauro marcaba a un tiempo el comienzo del año sabeo y del ciclo caldeo o Saros. En un toro de bronce de China, el creciente está unido a la espalda del toro a través de una nube, y se encuentra un orificio curvado

para introducir el disco del Sol en el momento en que el Sol y la Luna coincidiesen, en el momento del comienzo del año y del ciclo lunar. Cuando ese toro fue forjado, el año no se abría con las estrellas en la cabeza del Toro, sino en el momento en que el coluro del Equinoccio de Primavera pasaba por los grados medios o últimos de Tauro, siendo en China las Pléyades, como en Canaán, las estrellas que marcaban el año nuevo. El creciente y el disco siempre representaban la conjunción del Sol y la Luna; y cuando se situaban en la cabeza del Toro zodiacal acontecía el comienzo del ciclo denominado Saros por los caldeos y Ciclo Metónico por los griegos, al que se supone que alude en el Libro de Job por medio de la expresión «Haya luminarias en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan como signos, y para las estaciones, días y años» (Génesis 1, 14); o lo que es lo mismo, cuando la Luna nueva y el nuevo Sol del año sean coincidentes, lo que acontecía una vez cada dieciocho años y una fracción del año.

En el sarcófago de Alejandro, el mismo símbolo aparece en la cabeza de un carnero, que, en tiempos de ese monarca, era el primer signo. Igualmente sucede en los templos esculpidos del Alto Nilo, donde el creciente y el disco aparecen, no sobre la cabeza de Tauro, sino en la frente del

Carnero o del dios con cabeza de carnero, al cual la mitología griega denomina Júpiter Amón, y que es el Sol en Aries.

Si nos fijamos por un momento en las estrellas que componían las distintas constelaciones o se encontraban en su proximidad, encontraremos algo que las relaciona con los símbolos de los Antiguos Misterios y de la Masonería.

Es de reseñar que, cuando el Sol está en una constelación concreta, no puede verse ninguna parte de esa constelación, salvo antes del alba o justo tras el ocaso, e incluso entonces únicamente el borde de la misma. Pero las constelaciones de enfrente sí son visibles. Por ejemplo, cuando el Sol se encuentra en Tauro, Tauro se pone con el Sol, al tiempo que Escorpio se eleva simultáneamente y continúa siendo visible durante la noche. Y si bien Tauro sale y se pone con el Sol en ese momento, seis meses después saldrá al atardecer y se pondrá al amanecer, pues las estrellas le ganan al Sol dos horas al mes. Si nos retrotraemos a la época en que, a los ojos de los pastores caldeos y los agricultores de Etiopía y Egipto

el Toro blanco como la leche y con dorados cuernos anunciaba el Año Nuevo

apreciamos en el cuello de Tauro las Pléyades, y

en su rostro las Híades, de las cuales la brillante Aldebarán es la principal; mientras que al suroeste se encuentra la más espléndida de todas las constelaciones, Orión, con Betelgeuse en su hombro derecho, Bellatrix en su hombro izquierdo, Rigel en su pie izquierdo, y en su cinturón las tres estrellas conocidas como los Tres Reyes. Orión —narra la leyenda— perseguía a las Pléyades, y para salvarlas de su furia, Júpiter las colocó en los Cielos, donde todavía las persigue, pero en vano. Estas estrellas, con Arturo y las Cuerdas de Orión, aparecen mencionadas en el Libro de Job (Job, 38:31). Son designadas habitualmente las Siete Estrellas, pues se dice que eran *siete* antes de la caída de Troya. Ahora únicamente seis son visibles.

Las Pléyades fueron denominadas así por una palabra griega que significa *navegar*. A lo largo de todos los tiempos han sido consideradas como signos que marcaban las estaciones. Virgilio dice que los marinos otorgaron nombres «a las Pléyades, Híades, y al Carro del Norte: *Pleiadas, Hyadas, Claramque Lycaonis Arcton*». Y Palinuro afirma que estudió a Arturo, y las lluviosas Híades y las Gemelas Triones, y a Orión con su cinturón de oro.

Arcturum, pluviasque Hyadas, Geminosque Triones, Armatumque auro circumspicit

Oriona.

Tauro fue príncipe y guía del firmamento estelar durante más de dos mil años, y cuando su cabeza se ponía con el Sol, hacia finales de Mayo, el Escorpión aparecía elevándose en el Sureste.

Las Pléyades eran denominadas a veces *Vergiliæ,* o Vírgenes de Primavera, pues el Sol entraba en su constelación en la temporada de las flores. Su nombre sirio era *Succoth*, o *Succothbeneth*, derivado de una palabra caldea que significa *especular* u *observar*.

Las Híades son cinco estrellas en forma de V, 11º al sureste de las Pléyades. Los griegos las contaban como siete. Cuando el Equinoccio de Verano se encontraba en Tauro, Aldebarán lideraba el conjunto de estrellas; y en el momento en que se elevaba por el este, Aries estaba en torno a 27º de altura.

Cuando Aldebarán se encontraba cercano al meridiano, los Cielos presentaban su apariencia más impresionante. Capella se encontraba un poco más allá de él, hacia el Norte; y Orión aún más lejana en dirección Sur. Proción, Sirio, Castor y Pólux habían ascendido aproximadamente la mitad del camino desde el horizonte hasta el meridiano. Régulo acababa de elevarse sobre la eclíptica. La Virgen todavía

permanecía bajo el horizonte. Fomalhaut se hallaba a mitad de camino hacia su mediodía en el Sureste, y al Noroeste se encontraban las brillantes constelaciones de Perseo, Cefeo, Casiopea y Andrómeda; mientras las Pléyades acababan de atravesar el meridiano.

Orión es observable desde todo el mundo habitado. La línea equinoccial pasa a través de su centro. Cuando Aldebarán se elevaba por el Oriente, los Tres Reyes de Orión le seguían, y conforme Tauro se ponía, el Escorpión, a cuya picadura se atribuía la muerte de Orión, ascendía por el mismo Oriente. Orión sale al mediodía en torno al 9 de Marzo. Su salida resultaba acompañada de grandes aguaceros y tormentas, de forma que se convirtió en un mal augurio para los marineros. En la constelación de Boötes, denominada por los antiguos griegos Lycaon (de *likos*, lobo), y por los hebreos Caleb Anubach (el Perro Ladrador), se encuentra la gran estrella Arturo, la cual, cuando Tauro abría el año, correspondía a una estación notoria por su gran calor.

A continuación viene Géminis, los Gemelos, dos figuras humanas, en cuyas cabezas se encuentran las brillantes estrellas Cástor y Pólux, los Dioscuros y los Cabirios de Samotracia, patrones de la navegación; mientras al Sur de Pólux se

ubicaban las brillantes estrellas Sirio y Proción, el Can Mayor y el Can Menor. Y aún más al Sur, Canope, en la Nave Argos.

Sirio es aparentemente la mayor y más brillante estrella del firmamento. Cuando el Equinoccio de Primavera se hallaba en Tauro, salía de manera heliacal, es decir, antes que el Sol. Esto sucedía cuando, en el Solsticio de Verano, el Sol entraba en Leo hacia el 21 de Junio. La salida heliacal de Canope era precursora de las crecidas del Nilo. Proción era la precursora de Sirio, y salía antes que ella.

No hay estrellas reseñables en Cáncer. En los zo-díacos de Esna y Déndera, así como en la mayoría de los registros astronómicos de Egipto, el signo de esta constelación era un escarabajo (*Scarabæus*), que desde entonces se convirtió en sagrado como emblema de la puerta a través de la cual desciende del Cielo. En la cresta de Cáncer se halla un cúmulo de estrellas denominadas inicialmente *Præsepe*, el Pesebre, a ambos lados de las cuales se ubican sendas estrellas que eran llamadas *Aselli*, los Borriquitos.

En Leo se encuentran espléndidas estrellas: Régulo, directamente sobre la eclíptica, y Denébola, en la cola del león. Al sureste de Régulo se encuentra la magnífica estrella Cor Hidra.

El combate de Hércules con el león nemeo fue su primer trabajo. Era el primer signo al cual entraba el Sol una vez cumplido el Solsticio de Verano. A partir de este momento, el Sol se esforzaba por volver a ascender. El Nilo se desbordaba en este signo, que aparece el primero en el Zodíaco de Déndera, y figura en todos los zodíacos de la India y Egipto.

A la izquierda de Virgo (Isis o Ceres) se encuentra la hermosa estrella *Spica Virginis* (la Espiga de la Virgen), ligeramente al Sur de la eclíptica. *Vindemiatrix*, de menor magnitud, aparece en el brazo derecho; y al Noroeste de la Espiga, en Boötes (Osiris) encontramos la espléndida Arturo.

Virgo —dice Abén Esdras—, representa una hermosa virgen con pelo al viento, sentada en una silla, con dos espigas de grano en su mano y amamantando un niño. En un manuscrito árabe que se encuentra en la Biblioteca Real de París aparece un gráfico de los Doce Signos. El de Virgo es una joven mujer con un niño a su lado. Virgo era Isis; y la representación que aparece en su templo, llevando un niño (Horus) en brazos, estaba acompañada de la siguiente inscripción: «Soy todo lo que es, lo que era, y lo que será; y el fruto que alumbro es el Sol».

A los nueve meses de la entrada del Sol en

Virgo, este llega a Géminis. Cuando Escorpio comienza a elevarse, Orión se pone. Cuando Escorpio llega a su meridiano, Leo comienza a ponerse, Tifón reina, Osiris es asesinado, e Isis (Virgo), su esposa y hermana, le sigue sollozante a la tumba.

Virgo y Boötes, poniéndose heliacalmente en el Equinoccio de Otoño, entregaban el mundo a las constelaciones ventosas, e introducían en él al genio del Mal, representado por Ofiuco, la Serpiente. En el momento del Solsticio de Invierno, Virgo se elevaba heliacalmente (con el Sol), teniendo al Sol (Horus) en su regazo.

En Libra hay cuatro estrellas, de segunda y tercera magnitud, que mencionaremos: Zuben-el-Schemali, Zuben-el-Akrab, Zuben-hak-Rabi, y Zuben-el-Genubi. Cerca de la última de estas está la estrella brillante, aunque maligna, Antares, en Escorpio. Antares, que es de primera magnitud y llamativamente roja, era una de las cuatro grandes estrellas: Fomalhaut, en Ceto, Aldebarán, en Tauro, Régulo, en Leo, y Antares, que antiguamente se correspondía con los puntos solsticial y equinoccial, y era muy tenida en cuenta por los astrónomos. Este signo era representado en unas ocasiones por una serpiente, y en otras por un cocodrilo, pero las más de las veces por un escorpión, que es encontrado por

última vez en los monumentos mitraicos, así como en el Zodíaco de Déndera. Era considerado un signo maldito, y la entrada del Sol en Escorpio marcaba el comienzo del reino de Tifón.

En Sagitario, Capricornio y Acuario no hay estrellas de importancia. Cerca de Piscis se encuentra la brillante estrella Fomalhaut. No hay signo del Zodíaco considerado de peor influencia que este. Se le consideraba mensajero de violencia y muerte. Tanto los sirios como los egipcios se abstenían de comer pescado, por miedo y aversión; y posteriormente, cuando querían calificar algo como abominable, o deseaban plasmar el odio en jeroglíficos, pintaban un pez.

En Auriga se encuentra la brillante estrella Capella, que para los egipcios nunca se ponía. Y girando alrededor del Polo Norte se hallan siete estrellas conocidas como la Osa Mayor, que ha sido objeto de observación universal en todas las épocas. Eran veneradas igualmente por los sacerdotes de Baal, los magos de Persia, los pastores de Caldea y los navegantes fenicios, así como los astrónomos de Egipto. Dos de estas estrellas, Merak y Dube, siempre apuntan al Polo Norte.

Los fenicios y los egipcios, dice Eusebio, fueron los primeros que otorgaron divinidad al Sol, la

Luna y las estrellas, y las contemplaron como causa única de la creación y la destrucción de todos los seres. A partir de ellos se extendieron por todo el mundo conocido opiniones acerca de la generación y caída de los dioses. Únicamente los hebreos percibieron más allá del mundo visible a un Creador invisible. El resto del mundo contemplaba como dioses a esos cuerpos luminosos que brillan en el firmamento, les ofrecía sacrificios y se inclinaba ante ellos, pero no elevaba ni sus almas ni su culto por encima del cielo visible.

Los caldeos, cananeos y sirios, entre los que Abraham vivió, hicieron lo mismo. Los cananeos consagraron caballos y carros al Sol. Los habitantes de Emesa, en Fenicia, le adoraban bajo el nombre de Heliogábalo; y el Sol, al igual que Hércules, era la gran deidad de los tirios. Los sirios adoraban, temerosos, a las estrellas de la constelación Piscis, y consagraban imágenes de ellas en sus templos. El Sol, como Adonis, era adorado en Biblos y sobre el Monte Líbano. Había un magnífico Templo del Sol en Palmira que fue saqueado por los soldados de Aureliano, los cuales lo reconstruyeron y lo dedicaron a otro culto. Las Pléyades, bajo el nombre de Sucoth y Beneth, eran adoradas por los colonos babilonios que se asentaron en la tierra de los samaritanos.

Saturno, bajo el nombre de Renfán, era venerado entre los coptos. El planeta Júpiter era adorado como Bel o Baal; Marte como Malec, Melech o Moloch; Venus como Astaroth o Artarté, y Mercurio como Nebo entre sirios, asirios, fenicios y cananeos.

Sanchoniaton afirma que los primeros fenicios adoraban al Sol, al cual consideraban único Señor de los Cielos; y le honraban con el nombre de Beel-Samin, que significa Rey del Cielo. Levantaron columnas a los elementos Fuego y Aire, y los adoraban; el Sabeísmo, o culto a las estrellas, floreció por doquier en Babilonia. Los árabes, cubiertos por un cielo siempre límpido y sereno, adoraban al Sol, la Luna y las estrellas. Así nos lo dice Abulfaragio, que también deja constancia de que cada una de las doce tribus árabes invocaba a una estrella particular como su patrona. La tribu Hamiar estaba consagrada al Sol; la tribu Cennah a la Luna; la tribu Misa estaba bajo la protección de Aldebarán, la hermosa estrella en Tauro; la tribu Tai se hallaba bajo el amparo de Canope: la tribu Kais, de Sirio; las tribus Lachamus e Idamus, de Júpiter; la tribu Asad, de Mercurio, y así sucesivamente. Los sarracenos, en tiempo de Heraclio, adoraban a Venus, a quien denominaban Cabar o El Grande; y juraban por el Sol, la Luna y las estrellas.

Shahritán, autor árabe, dice que los árabes e indios de antes de su tiempo tenían templos dedicados a los siete planetas. Abulfaragio escribe que las siete grandes naciones primitivas, de las cuales descendían todas las demás, persas, caldeos, griegos, egipcios, turcos, indios y chinos, eran todas originalmente sabeistas y adoraban a las estrellas. Todos, dice, al igual que los caldeos, oraban volviéndose hacia el Polo Norte tres veces a lo largo del día, al amanecer, a mediodía y a la puesta de sol, inclinándose tres veces ante el Sol. Invocaban a las estrellas y a las inteligencias que en ellas moraban, ofreciéndoles sacrificios, y denominaban dioses a las estrellas fijas y a los planetas. Filón dice que los caldeos consideraban a las estrellas como árbitros soberanos del orden del mundo, sin intuir más allá de las causas visibles a ningún ser invisible e inteligente. Contemplaban la Naturaleza como la gran divinidad que ejercía sus potencias a través de la acción de sus partes, el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas fijas, la sucesión de las estaciones y la acción combinada de Cielo y Tierra. La gran fiesta de los sabeos tenía lugar cuando el Sol alcanzaba el Equinoccio Vernal, aunque tenían otras cinco fiestas, en los momentos en que los cinco planetas menores entraban en los signos donde eran exaltados.

Diodoro Sículo nos informa de que los egipcios reconocían dos grandes divinidades, primarias y eternas, el Sol y la Luna, de las que creían que gobernaban el mundo, y de las que todas las cosas recibían su alimento y crecimiento. Creían que del Sol y Luna dependía la gran labor de la generación, así como la perfección de todos los efectos producidos por la naturaleza. Sabemos que las dos grandes divinidades de Egipto eran Osiris e Isis, los más grandes agentes de la naturaleza. Según algunos, eran el Sol y la Luna, y según otros, el Cielo y la Tierra, o los principios activo y pasivo de generación. Y sabemos por Porfirio que Ceremón, sacerdote ilustrado de Egipto, así como otros muchos hombres instruidos de esa nación, reconocían como Dioses a las estrellas que componían el Zodíaco, así como a todas aquellas que por su salida o puesta marcaban la subdivisión de signos en decanos, e igualmente a las estrellas que los presidían, denominados Poderosos Señores del Cielo. De esta forma, al considerar al Sol como el Gran Dios, Arquitecto y Señor del Mundo, no solo explicaban la fábula de Isis y Osiris, sino el grueso de sus leyendas sagradas, para las que tenían en cuenta las estrellas, su salida y puesta, la ascensión de las mismas, la fases de la Luna y el aumento y disminución de su luz, la división

del tiempo y de los cielos en dos partes (una adscrita a la luz y otra a la oscuridad), las crecidas del Nilo y, en general, el conjunto de fenómenos físicos. Luciano nos dice que el toro Apis, sagrado para los egipcios, era una imagen del Toro celestial o Tauro; y que Júpiter Amón, astado como un carnero, era un trasunto de la constelación de Aries. Y Clemente de Alejandría nos asegura que los cuatro animales sagrados principales, portados en sus procesiones, eran emblema de los cuatro signos o puntos cardinales que marcaban las estaciones, los equinoccios y los solsticios, dividiendo así el transcurso anual del Sol en cuatro partes. También adoraban al fuego, y al agua, y al Nilo, río al que consideraban Padre y Preservador de Egipto, emanación sagrada del Gran Dios Osiris, y al que alababan en sus himnos, donde lo denominaban «el dios coronado con mijo» (cuyo grano, representado por el *sekhemti*, formaba parte del tocado de sus reyes), pues les brindaba abundancia. Reverenciaban igualmente al resto de elementos; y los Grandes Dioses, cuyos nombres aparecen inscritos en una antigua columna, son el Aire, el Cielo, la Tierra, el Sol, la Noche y el Día. Y, en resumen, tal como comenta Eusebio, contemplaban al Universo como una gran Deidad, compuesta de un gran número de dioses que se

correspondían con las diferentes partes del mismo.

Este mismo culto al Anfitrión Celestial se extendía a lo largo y ancho de Europa, Asia Menor y entre turcos, escitas y tártaros. Los antiguos persas adoraban al Sol como Mitra, y también a la Luna, el Fuego, la Tierra, el Aire y el Agua. Y, no disponiendo de estatuas ni altares, llevaban a cabo sus sacrificios al Sol y a los Cielos en lugares elevados. En siete antiguos *pyrea* quemaban incienso en honor de los Siete Planetas, y consideraban a los elementos como divinidades. En el Zend-Avesta encontramos invocaciones dirigidas a Mitra, las estrellas, los elementos, árboles, montañas, y todas y cada una de las partes de la naturaleza. El Toro Celestial aparece invocado ahí, uniéndosele la Luna; y también las Cuatro Estrellas Reales, Tasheter (Aldebarán), Satevis (Antares), Haftorang (Fomalhaut) y Venant (Régulo), así como la gran estrella Rapitán y otras constelaciones que velaban sobre las distintas partes de la Tierra.

Los Magos, como otras muchas naciones antiguas, adoraban al Fuego por encima de cualquier otro elemento o potencia de la naturaleza. En la India, el Ganges y el Indo eran adorados igualmente, permaneciendo el Sol como Gran Divinidad. Reverenciaban también a la

Luna, y mantenían el fuego sagrado. En Ceilán eran venerados el Sol, la Luna y otros planetas. En Sumatra, el Sol, denominado Iri, y la Luna, llamada Handa. Y los chinos erigieron templos al Cielo, la Tierra y a los genios del aire, del agua, las montañas, las estrellas, el mar-dragón y al planeta Marte. El celebérrimo laberinto fue construido en honor al Sol, y sus doce palacios, al igual que las doce soberbias columnas del Templo de Hierópolis, labradas con símbolos relativos a los doce signos y las cualidades ocultas de los elementos, estaban consagradas a los doce dioses o genios tutelares de los signos del Zodíaco.

Las figuras de la pirámide y el obelisco, que recuerdan la forma de una llama, fueron consagradas al Sol y al Fuego. Y Timeo de Locria dice: «el triángulo equilátero forma parte de la composición de la pirámide, que tiene cuatro caras y ángulos iguales, y en ello se asemeja al fuego, el más sutil y móvil de los elementos». Las pirámides y obeliscos fueron erigidos en honor al Sol, tal y como reza la inscripción sobre uno de ellos, posteriormente traducida por el egipcio Hermapión (traducción que registra Amiano Marcelino): «Apolo el Grande, Hijo de Dios, Aquel que creó el Mundo, verdadero Señor de las Diademas, dueño de Egipto, al que llena de Su Gloria». Las dos divisiones más famosas del

firmamento, en siete partes por ser el número de los planetas, y en doce, por ser el número de signos, se halla presente en los monumentos religiosos de todos los pueblos del mundo antiguo. Los doce Grandes Dioses de Egipto aparecen por doquier. Fueron adoptados por los griegos y romanos, y estos últimos asignaron uno de ellos a cada signo del Zodíaco. Sus imágenes aparecen en Atenas, donde se erigió un altar a cada uno, y fueron pintados en los pórticos. Los pueblos del Norte tenían sus doce *Azes*, o Senado de doce grandes dioses, de los cuales Odín era el jefe. Los japoneses tenían el mismo número, y de manera semejante a los egipcios los dividieron en un grupo de siete, que eran los más antiguos, y cinco, añadidos posteriormente. Ambos números son bien conocidos y celebrados en Masonería.

No hay prueba más llamativa de la adoración prestada universalmente a las estrellas y a las constelaciones que la disposición del campamento hebreo en el Desierto, así como la alegoría referente a las doce Tribus de Israel, atribuida a Jacob en el contexto de las leyendas hebreas. El campamento hebreo era cuadrangular, y constaba de dieciséis partes, de las cuales las cuatro centrales quedaban ocupadas por imágenes de los cuatro elementos. Las cuatro divisiones en los cuatro ángulos del cuadrilátero mostraban los

cuatro signos que los astrólogos denominaban fijos, y que consideraban sujetos a la influencia de las cuatro Estrellas Reales, Régulo en Leo, Aldebarán en Tauro, Antares en Escorpio y Fomalhaut en la boca de Piscis, por la que mana el agua derramada por Acuario. De estas constelaciones, Escorpio era representada en la heráldica hebraica por el Buitre o Águila Celestial, pues ambas se elevan conjuntamente, formando un paranatelon[1]. El resto de signos eran dispuestos en los cuatro lados del cuadrilátero, y de forma paralela en las divisiones interiores.

Hay una coincidencia asombrosa entre las características asignadas por Jacob a sus hijos, y las de los signos del Zodíaco o los planetas que aparecen en dichos signos.

Reuben es comparado al agua en movimiento, inestable, y no puede sobresalir, y se corresponde con Acuario, cuyo símbolo es el Hombre. El agua derramada por Acuario fluye hacia el Polo Sur, y es el primero de los cuatro Signos Reales que asciende a partir del Solsticio de Invierno.

El León (Leo) es el emblema de Judá; y Jacob lo compara a ese animal, cuya constelación en los cielos es casa del Sol. El León de la Casa de Judá, por cuyo toque Hiram Abiff fue levantado de la tumba, una vez que tanto el de Aprendiz

como el de Compañero, es decir, de Acuario en el Solsticio de Invierno y de Cáncer en el Solsticio de Verano, habían fracasado.

A Efraín, en cuyo estandarte aparece el Toro Celestial (Tauro), Jacob lo compara con un buey.

A Dan, cuyo emblema es un escorpión, Jacob lo compara con el Cerastes o Serpiente Astada; sinónimo, en lenguaje astrológico, del buitre o águila que se lanza sobre su objetivo, aunque el ave a menudo sustituía al venenoso escorpión debido al terror que inspiraba el reptil, que era símbolo de Tifón y sus influencias malignas, mientras que el águila, como su paranatelon, saliendo y poniéndose al mismo tiempo que la constelación correspondiente, la reemplazaba de forma natural. En esto tienen su origen las cuatro conocidas figuras de las imágenes sagradas de judíos y cristianos, así como del Santo Arco Real, del León, el Buey, el Hombre y el Águila, e igualmente las cuatro criaturas del Apocalipsis, tomadas de Ezequiel, en cuyos sueños y rapsodias aparecen orbitando en círculos flamígeros.

El Carnero, casa de Marte, jefe de las Huestes Celestiales y de los doce Signos, es la enseña de Gad, a quien Jacob caracteriza como guerrero y jefe de su ejército.

Cáncer, donde se encuentran las estrellas

denominadas Aselli, o borriquitos, es el emblema de Isacar, a quien Jacob compara con un asno.

Capricornio, desde la antigüedad representado con la cola de un pez y siendo denominado por los astrónomos el Hijo de Neptuno, aparece en el estandarte de Zebulón, de quien Jacob afirma que mora en la orilla del mar.

Sagitario, que acosa al Lobo Celestial, es emblema de Benjamín, al que Jacob compara con un cazador. Los romanos ubicaron en esta casa a Diana Cazadora.

Virgo es la casa de Mercurio, que aparece en el blasón de Neftalí, cuya elocuencia y agilidad ensalza Jacob, siendo ambos los atributos del Mensajero de los Dioses.

Y Jacob habla de forma conjunta de Simeón y Leví, pues ambos son en realidad los dos peces que forman la constelación de Piscis.

Platón, en su *República*, siguió las divisiones del Zodíaco y los planetas. Así hicieron igualmente Licurgo en Esparta y Cécrope en la comunidad ateniense. Chun, legislador chino, dividió China en doce Tcheou, y designó especialmente doce montañas. Los etruscos se dividieron a sí mismos en doce cantones. Rómulo nombró doce lictores. Doce eran las tribus de Ismael y doce los discípulos del Reformador

hebreo. La Nueva Jerusalén del Apocalipsis tiene doce puertas.

El Souciet[2], texto chino, describe un palacio conformado por cuatro edificios, cuyas puertas están orientadas a las cuatro esquinas del mundo. La de Oriente estaba dedicada a las lunas nuevas de los meses de Primavera. La de Occidente a las lunas nuevas de Otoño; la del Mediodía a las de Verano y la de Septentrión a las del invierno. Y en este palacio el Emperador y sus Grandezas sacrificaban un cordero, animal que representaba al Sol en el Equinoccio de Verano.

Entre los griegos, la marcha de los coros en sus teatros representaba los movimientos de los cielos y los planetas, y la estrofa y antiestrofa imitaban —dice Aristógenes— el movimiento de las estrellas. El número cinco era sagrado entre los chinos, por el ser el número de los planetas, exceptuados el Sol y la Luna. La astrología consagró los números doce, siete, treinta y trescientos sesenta. Y en todas partes el siete, que era el número de los planetas, era tan sagrado como el doce, que es el de los signos, los meses, los ciclos orientales y las secciones del horizonte. Más adelante, en un grado posterior, hablaremos con mayor detenimiento de estos y otros números a los que los antiguos conferían poderes

misteriosos. Los signos del Zodíaco y las estrellas aparecen en muchas de las antiguas monedas y medallas. En el sello público de los locrianos, Ozoles era Hésperos, o el planeta Venus. En las medallas de Antíoco, el carnero y el creciente aparecían sobre el cauce del Orontes; y el Carnero era la deidad característica de Siria, a la que resultaba asignada en la división de la Tierra entre los doce signos. En las monedas cretenses aparecía el Toro equinoccial, presente igualmente en las monedas mamertinas y atenienses. Sagitario aparecía en las de los persas, y en las piezas de la India figuraban los doce signos. Escorpio era grabado en las medallas de los reyes de Comagena, y Capricornio en las de Zeugma, Anazorba y otras ciudades. En las piezas acuñadas por Antonino aparecen casi todos los signos del Zodíaco.

La Astrología era practicada entre todas las naciones antiguas. En Egipto, el Libro Astrológico era portado solemnemente en las procesiones religiosas, en las que también se mostraban los animales sagrados como emblemas de equinoccios y solsticios. Esta ciencia también floreció entre los caldeos, y en la totalidad de Asia y África. Cuando Alejandro invadió la India, los astrólogos de los Oxidraces acudieron a revelarle los secretos de su ciencia del Cielo y

las Estrellas. Los brahmines a los que Apolonio consultó le enseñaron los secretos de la Astronomía, con las ceremonias y oraciones para apaciguar a los dioses y conocer el futuro a partir de las estrellas. En China, la astrología mostraba el modo de gobernar el estado y la familia. En Arabia se la consideraba la madre de las ciencias, y las antiguas bibliotecas estaban llenas de libros árabes sobre esta ciencia.

La Astrología también floreció en Roma, al punto de que Valente trazó su carta astrológica a Constantino. Era considerada una ciencia en la Edad Media, e incluso hoy en día sigue siendo practicada y está lejos de ser olvidada. Catalina de Médici era muy aficionada. Luis XIV consultaba su horóscopo, y el instruido Cassini comenzó su carrera como astrólogo. Los antiguos sabeos establecieron fiestas en honor de cada planeta, en el día que —según ellos— entraban en su lugar de exaltación, o alcanzaba el grado concreto, en el signo concreto del Zodíaco, en que los astrólogos habían fijado su lugar de exaltación, es decir, el lugar en los Cielos donde se suponía que su influencia era mayor, y donde ejercía su influencia sobre la Naturaleza con mayor energía. El lugar de exaltación del Sol era en Aries porque, al alcanzar ese punto, despertaba a toda la Naturaleza, ocasionando con su calidez

que la vegetación germinase, y por ello la mayor y más solemne fiesta de todas las naciones, durante muchos años antes de nuestra era, quedó fijada en el momento en que el Sol entraba en ese signo. En Egipto era denominada Fiesta del Fuego y de la Luz. Entre los hebreos era la Pascua, cuando el Cordero Pascual era sacrificado y comido, y el Año Nuevo o Nuroz entre los persas. Los romanos preferían el lugar de *domicilio* antes que el de *exaltación*, de forma que celebraban las fiestas de los planetas en los signos que eran sus *casas*. Los sabeos también seguían a los caldeos en esto, aunque no así los egipcios, que preferían los lugares de exaltación.

Saturno, debido a la gran duración de su órbita, era considerado el planeta más remoto, del mismo modo que la Luna era el más próximo. Tras la Luna venían Mercurio y Venus, y después el Sol, Marte, Júpiter y Saturno. De este modo la salida y puesta de las estrellas fijas, así como sus conjunciones con el Sol, fijaban la fecha de las fiestas instituidas en su honor, resultando los calendarios sagrados de los antiguos dispuestos en consonancia. En los juegos romanos del circo, celebrados en honor del Sol y de la Naturaleza al completo, se representaba y personificaba al Sol, la Luna, los planetas, el Zodíaco, los elementos, y los agentes más poderosos de la Naturaleza. Y del

mismo modo, el curso del Sol en los cielos era imitado en el Hipódromo, donde los carros eran tirados por cuatro caballos de distintos colores que representaban los cuatro elementos y estaciones. Las carreras se realizaban de Este a Oeste, del mismo modo que las perambulaciones de la Logia, y se daban siete vueltas, que se correspondían con el número de los planetas. Los movimientos de las Siete Estrellas que giran en torno al polo norte eran también representados, como lo eran los de Capella, la cual, con su salida heliacal en el momento en que el Sol alcanzaba las Pléyades, en Tauro, anunciaba el comienzo de la órbita anual del Sol.

La intersección del Zodíaco con los coluros de los puntos equinocciales y solsticiales marcaba cuatro períodos que han sido adoptados por las distintas naciones como comienzos del año, en algunos casos incluso varios de estos puntos por parte de una misma nación. Algunas adoptaron el Equinoccio de Primavera, habida cuenta de que el día comenzaba a prevalecer sobre la noche, y la luz vencía a la oscuridad. En ocasiones se prefería el Solsticio de Verano porque el día alcanzaba su duración máxima y el cénit de su gloria y perfección. En Egipto se daba la razón añadida de que el Nilo comenzaba a desbordarse en la salida heliacal de Sirio. Algunas naciones

preferían el Equinoccio de Otoño porque era el momento de la recolección, de forma que la esperanza de una nueva cosecha quedaba depositada en el lecho de la tierra. Y otras preferían el Solsticio de Invierno porque entonces, una vez llegado el día más corto, su duración comenzaba a aumentar, y la Luz comenzaba su itinerario destinado a la victoria del Equinoccio de Primavera.

De forma figurada, se decía que el Sol moría y nacía en el Solsticio de Invierno. Por ello los juegos del Circo, en honor del invencible Dios-Sol, eran celebrados entonces, de la misma forma que entonces comenzaba el año romano, instituido o reformado por Numa. Eran muchos los pueblos de Italia que comenzaban su año, según Macrobio, en ese momento; y representaban por medio de las cuatro etapas del hombre la sucesión gradual del periódico aumento y disminución del día, asemejándolo a un niño recién nacido en el Solsticio de Invierno, a un joven en el Equinoccio de Primavera, a un hombre robusto en el Solsticio de Verano, y a un anciano en el Equinoccio de Otoño; idea que tomaron de los egipcios, que adoraban al Sol, en el Solsticio de Invierno, bajo la figura de un niño.

La imagen del signo en la que comenzaba cada una de las cuatro estaciones se convirtió en la

forma bajo la que se imaginaba al Sol en la estación correspondiente. La piel del León era portada por Hércules; las astas del Toro adornaban la frente de Baco, y la serpiente otoñal se enrollaba en la estatua de Sérapis 2.500 años antes de nuestra era, cuando esos signos se correspondían con el comienzo de las estaciones. Conforme otras constelaciones los reemplazaron en dichos puntos, debido a la precesión de los equinoccios, estos atributos cambiaron. Entonces Aries otorgó los cuernos a la cabeza del Sol, bajo el nombre de Júpiter Amón. Ya no nacía expuesto a las aguas de Acuario, como Baco, ni encerrado en una urna como el Dios Canope, sino en el establo de Augías o la Cabra Celestial. Entonces completaba su triunfo, a lomos de un borrico, en la constelación de Cáncer, que ocupaba el Solsticio de Verano. Hubo además otros atributos que las imágenes del Sol tomaron prestadas de las constelaciones que, en su salida y puesta, fijaban los puntos de partida del año y de sus cuatro divisiones principales.

Primero Tauro y luego Aries (denominado por los persas el Cordero) eran contemplados como regeneradores de la Naturaleza a través de su unión con el Sol. Cada uno, en su momento, era emblema del Sol victorioso sobre la oscuridad del invierno, reparando así los desórdenes de la

Naturaleza, que era regenerada cada año bajo estos signos, una vez que Escorpio y la Serpiente de Otoño la habían sumido en la esterilidad, el desastre y la oscuridad. Mitra era representado sentado en un Toro, animal que era también icono de Osiris, del mismo modo que el griego Baco ornaba su frente con astas, siendo representado con rabo y pies de toro.

Las constelaciones también resultaban significativas para el agricultor, que observaba cómo, por su salida y puesta, ya fuese por la mañana o por la tarde, indicaban la llegada de este período de renovada fecundidad y nueva vida. Las más observadas y celebradas en la antigüedad fueron Capella, o la cabritilla Amaltea, cuyo cuerno es el de la abundancia, y cuya ubicación se halla sobre el punto equinoccial o Tauro; y las Pléyades, que durante largo tiempo marcaron el comienzo de las estaciones, dando lugar a una multitud de fábulas poéticas.

El año romano original comenzaba con el Equinoccio de Primavera. Julio era al principio llamado Quintilis, o quinto mes, y Agosto Sextilis, o sexto, del mismo modo que Septiembre era el séptimo y Octubre el octavo, y así sucesivamente. Los persas comenzaban su año en el mismo período, y celebraban su gran Fiesta de Neuroz cuando el Sol entraba en Aries y se elevaba la

constelación de Perseo. Perseo, el primero que trajo a la Tierra el fuego celestial consagrado en sus templos; y todas las ceremonias practicadas entonces conmemoraban la renovación de la Naturaleza y el triunfo de Ormuz, el Dios-Luz, sobre los poderes de la oscuridad, y Ahrimán, su príncipe.

El Legislador de los judíos fijó el comienzo de su año en el mes de Nisán, coincidiendo con el Equinoccio de Primavera, momento en que los israelitas partieron de Egipto y se liberaron de su larga esclavitud. Éxodo en cuya conmemoración comían cordero pascual al llegar dicho equinoccio. Y cuando Baco y su ejército marcharon largo tiempo sobre los ardientes desiertos, fueron guiados por un Cordero o Carnero hacia hermosas praderas, y a las fuentes que regaban el Templo de Júpiter Amón. Pues para árabes y etíopes, cuya gran divinidad era Baco, no había Elíseo tan perfecto como una tierra rica en fuentes y riachuelos.

Orión, en el mismo meridiano que las estrellas de Tauro, moría por el aguijonazo del Escorpión celestial, que se eleva cuando Orión se pone; del mismo modo que muere el Toro de Mitra en otoño. Y en las estrellas que se corresponden con el Equinoccio de Otoño encontramos a esos malévolos genios que batallan siempre contra el

Principio del Bien, y que arrebatan del Sol y los Cielos la energía fructificadora que comunican a la tierra.

Con el Equinoccio de Primavera, favorable tanto para el marinero como para el agricultor, llegaban las estrellas que, junto con el Sol, abrían la navegación y dominaban los mares tormentosos. Entonces los Gemelos se precipitaban en los fuegos solares, o desaparecían al atardecer, descendiendo con el Sol en el regazo de las aguas. Y estas divinidades tutelares de los marineros, los Dioscuros o Cabiros de Samotracia, navegaron con Jasón para hacerse con el Carnero de Oro, o Aries, cuya elevación durante la mañana anunciaba la entrada del Sol en Tauro, cuando el Portador de Serpientes Jasón se levantaba al atardecer y, por su semejanza con los Dioscuros, era considerado hermano de estos. Y Orión, hijo de Neptuno y poderoso controlador del tempestuoso océano, que anuncia unas veces calma y otras tempestad, se elevaba tras Tauro, regocijándose ante el Año Nuevo.

El Solsticio de Verano no era menos importante en la marcha del Sol que el Equinoccio de Primavera, especialmente entre los egipcios, para los que no solamente marcaba el punto final del crecimiento de los días, el reinado de la luz y la máxima elevación del Sol; sino que también

anunciaba ese fenómeno recurrente y peculiar de Egipto que era la crecida del Nilo, el cual, acompañando siempre al Sol en su curso, parecía crecer y menguar conforme los días se alargaban o acortaban, alcanzando su punto más bajo en el Solsticio de Invierno, y su crecida en el de verano. De este modo parecía que el Sol regulaba su caudal, y el momento de su llegada al punto solsticial, que coincidía con la crecida del Nilo, fue escogido por los egipcios como inicio de lo que llamaron el Año Divino, así como del Ciclo Sotíaco, o ciclo de Sothis, la Estrella – Perro que, elevándose por la mañana, anunciaba tan importante momento para el pueblo egipcio. Este período era también denominado Año Helíaco, es decir, Año Solar, y también Año Canicular. Constaba de trescientos sesenta y cinco días, de forma que transcurridos cuatro años, o cuatro veces trescientos sesenta y cinco días, lo que totaliza 1460 días, era preciso añadir un día más, para que el total se ajustase a cuatro órbitas completas del Sol. Esta corrección se llevaba a cabo en varias naciones tal y como lo hacemos hoy en día, haciendo cada cuatro años uno de 366 días. Pero los egipcios preferían no añadir nada al año de 365 días, de forma que cada 120 años, o treinta veces 4 años, había un mes completo de retraso, y era preciso añadir un mes más para

completar las 120 órbitas, aunque habían sido contados 120 años. Desde luego, el comienzo del centésimo vigesimoprimer año no se correspondería con el Solsticio de Verano, sino que lo antecedería un mes, de forma que cuando el Sol alcanzase el punto solsticial de donde partía, y al que debía regresar tras 120 años, habría transcurrido ya el primer mes del año 121. Y de este modo, dado que el inicio del año se retrasa 30 días cada 120 años, resultaría que, retrasándose constantemente dicho inicio, una vez transcurridos 12 veces 120 años, o 1460 años, volvería a coincidir con el punto solsticial o primitivo punto de partida del año. El Sol había llevado a cabo 1459 órbitas, aunque se contarían como 1460, lo que obligaría a añadir un año más para arreglar este desfase. De modo que el Sol no había efectuado su órbita 1460 hasta transcurridos 1461 años de 365 días cada uno (empleando cada órbita realmente no 365 días exactos, sino 365¼). Este período de 1461 años de 365 días, que devolvía el comienzo del año solar al punto solsticial con la salida de Sirio tras 1460 revoluciones solares completas, era denominado en Egipto el Período Sotíaco, cuyo punto de partida era el Solsticio de Verano ocupado en primer lugar por Leo, y posteriormente por Cáncer, bajo cuyo signo se halla Sirio, que abre el

período. Era —dice Porfirio— en esta Nueva Luna Solsticial, acompañada por la salida de Seth o la Estrella Perro, cuando estaba fijado el comienzo del año, y de la generación de todas las cosas. Era, en resumen, la hora del nacimiento del Mundo.

No solamente Sirio determinaba el período de crecidas del Nilo. Acuario, su signo, y la corriente que emanaba de él, en oposición al signo del Solsticio de Verano que ocupaba el Sol, abría al atardecer la marcha nocturna, recibiendo la Luna Llena en su seno. Con Acuario y por encima de él se elevaban los pies de Pegaso, azotado por las aguas que manaban y que bebían las Musas. Se creía que el León y el Perro, que eran las señales, causaban la inundación, y por ello eran adorados. Mientras el Sol discurría por Leo, las aguas doblaban su caudal, y las fuentes sagradas derramaban su corriente por las cabezas de los leones. Hidra, elevándose entre Sirio y Leo, se extendía bajo tres signos: su cabeza se levantaba con Cáncer, y su cola con los pies de la Virgen y el comienzo de Libra; y la inundación se prolongaba mientras el Sol pasaba a lo largo de toda su extensión.

La sucesiva lucha de la luz y la oscuridad por la posesión del disco lunar, resultando alternativamente vencedor y vencido, se

asemejaba exactamente a lo que acontecía en la Tierra por medio de la acción del Sol y su itinerario de un solsticio al otro. La órbita lunar presenta los mismos períodos de luz y oscuridad a lo largo del año, y fue por ello objeto de lógicas elucubraciones religiosas. Escribe Plinio que todo lo concerniente a la Luna es puro y lleno de luz eterna. Ahí finaliza el cono de sombra que proyecta la Tierra y que produce la noche; ahí concluye el trayecto de la noche y la oscuridad; hasta ella se extiende el aire y por ella penetramos a la sustancia pura. Los egipcios asignaban a la Luna la fuerza demiúrgica o creativa de Osiris, quien se unía con ella en la Primavera, momento en que el Sol le comunicaba los principios de generación que posteriormente ella diseminaba por el aire y en el resto de elementos. Los persas consideraban que la Luna había sido fecundada por el Toro Celestial, primero de los signos de Primavera. En toda época y lugar se ha atribuido a la Luna una gran influencia sobre la vegetación, así como sobre el nacimiento y crecimiento de los animales. Y hoy en día la creencia en esa influencia, considerada misteriosa e inexplicable, sigue estando tan extendida como siempre. No solo los astrólogos, sino también naturalistas como Plinio, filósofos como Plutarco y Cicerón, teólogos como los

sacerdotes egipcios y metafísicos como Proclo han creído firmemente en estas influencias lunares.

«Los egipcios», dice Diodoro Sículo, «reconocían dos grandes dioses, el Sol y la Luna, u Osiris e Isis, quienes gobernaban el mundo por medio de las estaciones (…) Tal era la naturaleza de estas dos grandes divinidades, a las cuales atribuían la fuerza activa y fecundadora por medio de la cual se generan los seres: el Sol por medio del calor y del principio espiritual que origina los vientos, y la Luna por medio de la humedad y la sequedad. Y ambos por las fuerzas que anidan en el aire y que ambos comparten. Gracias a esta influencia benéfica todo nace, crece y vegeta. De todo ello se deduce que este gran cuerpo en el que reside la naturaleza es mantenido por la acción combinada del Sol y la Luna, y por sus cinco cualidades, el principio espiritual, el ardiente, el seco, el húmedo y el etéreo. Estas cinco potencias, elementos o cualidades primitivas se unen al Sol y la Luna en la teología india: aire, espíritu, fuego, agua y tierra. Y los mismos cinco elementos son reconocidos por los chinos. Los fenicios, como los egipcios, contemplaban el Sol, la Luna y las estrellas como únicas causas de generación y destrucción en este mundo. La Luna, al igual que el Sol, cambiaba constantemente el

sendero por el que se desplazaba en los cielos, moviéndose entre los límites superior e inferior del Zodíaco; y sus distintas ubicaciones, fases y apariencias, así como su relación con el Sol y las constelaciones, han constituido una rica fuente de fábulas mitológicas.

Todos los planetas tenían lo que en Astrología se denominaba sus *casas* del Zodíaco. La casa del Sol se encontraba en Leo, y la de la Luna en Cáncer. Los demás planetas tenían dos signos: Mercurio tenía Géminis y Virgo; Venus, Tauro y Libra; Marte, Aries y Escorpio; Júpiter, Piscis y Sagitario; y Saturno, Acuario y Capricornio. De esta distribución de los signos también se derivan muchos símbolos y fábulas mitológicas, como también muchas leyendas tienen su origen en los lugares de exaltación de los planetas. Diana de Éfeso, la Luna, portaba la imagen de un cangrejo en su regazo, pues en ese signo se encontraba el domicilio de la Luna. Y los leones soportaban el trono de Horus, el Apolo egipcio, el Sol personificado, por una razón semejante, al tiempo que los mismos egipcios consagraban el escarabajo tauriforme a la Luna, dado que la Luna tenía su lugar de exaltación en Tauro; y por ello se dice igualmente que Mercurio se presentó a Isis con un casco que asemejaba una cabeza de toro.

Una división posterior del Zodíaco era la de

cada signo en tres partes de 10º cada una, denominadas Decanos, lo que suponía dividir el Zodíaco en 36 partes, entre las que se distribuían de nuevo los siete planetas. Cada planeta tenía un mismo número de decanos, excepto el primero, que por abrir y cerrar la serie de planetas, que se repetía cinco veces, tenía necesariamente un decano más que el resto. Esta subdivisión no fue inventada hasta que Aries abrió el Equinoccio Vernal; y consiguientemente Marte, que tenía su casa en Aries, abre y cierra la serie de decanos. Los planetas se siguen uno a otro, cinco veces en sucesión, en el siguiente orden: Marte, Sol, Venus, Mercurio, la Luna, Saturno, Júpiter, Marte de nuevo, etc., de forma que a cada signo quedaban asignados tres planetas, cada uno de los cuales ocupaba 10 grados. Se asignó un dios o genio a cada decano, haciendo treinta y seis en total, de los cuales decían los caldeos que cada diez días venía a la tierra uno de entre ellos, permanecía esos diez días, y reascendía a los cielos. Esta división se encuentra en los entornos indio, persa, y en el mundo bárbaro que describe Abén Esdras. Cada genio de los decanos tenía un nombre y características particulares. Participaban y colaboraban en los efectos producidos por el Sol, la Luna, y otros planetas de los que dependía el gobierno del Mundo. Y la doctrina concerniente a

ellos, que se tenía por secreta y majestuosa, era considerada de la mayor importancia. Y Fírmico dice que los antiguos —inspirados como estaban por la Deidad— no quisieron confiar los principios de esta ciencia a nadie que no se contase entre los Iniciados, e incluso en este caso con gran reserva y no sin temor, revistiendo esta sabiduría de un oscuro velo para que no pudiese ser conocida por los profanos.

Con estos decanos estaban relacionados los paranatelon de aquellas estrellas exteriores al Zodíaco que se elevaban y ponían en el mismo momento que las distintas divisiones de 10º de cada signo. Dado que antiguamente solo había cuarenta y ocho constelaciones o figuras celestiales, de las que doce estaban incluidas en el Zodíaco, se sigue que, fuera del mismo, había otros treinta y seis asterismos, paranatelon de los correspondientes treinta y seis decanos. Por ejemplo, dado que cuando Capricornio se ponía, Sirio y Proción, o el Can Mayor y el Can Menor, salían, estos eran los paranatelon de Capricornio, aunque a una gran distancia en el cielo. La salida de Cáncer era tenida por cierta desde la puesta de Corona Borealis y la elevación del Gran Perro y el Pequeño Perro, sus tres paranatelon. Las salidas y puestas de las estrellas siempre fueron consideradas en relación con el Sol, relación que

puede ser de tres tipos: cósmica, acrónica y heliacal, cuya distinción era importante para aquellos versados en las antiguas enseñanzas.

Cuando una estrella sale o se pone en el mismo grado y en el mismo signo del Zodíaco que el Sol ocupa en ese momento, y se eleva y oculta de forma simultánea con él, se dice que sale y se pone *cósmicamente*. Ahora bien, una estrella que se comporta así no puede ser nunca vista porque queda detrás del Sol. Por ello es necesario, si se desea conocer su lugar en el Zodíaco, observar las estrellas que salen justo antes o se ponen justo después del Sol.

Una estrella que se halla en el Este cuando la noche comienza, y en el Oeste cuando la noche termina, se dice que sale y se pone *acrónicamente*. La estrella que se comporta así está en oposición al Sol, saliendo al atardecer y poniéndose al amanecer; pero esto le sucede a cada estrella únicamente una vez al año, dado que el Sol se desplaza de Oeste a Este un grado cada día con respecto a las estrellas.

Cuando una estrella se levanta conforme la noche termina, o se pone en el momento de que la noche comienza, al atardecer, se dice que sale y se pone de forma heliacal, porque el Sol (Helios) parece tocarla con su atmósfera luminosa. De este modo la estrella en cuestión reaparece tras una

desaparición, por lo general, de varios meses, de forma que sale progresivamente antes cada mes, emergiendo gradualmente de los rayos del Sol, hasta que transcurridos tres meses precede al Sol seis horas, y sale a medianoche. Una estrella se pone de forma heliacal cuando ya no es visible sobre el horizonte occidental tras la puesta de Sol, y sale con el día. De este modo permanece invisible hasta que el Sol transcurre tan alejado del Este que no la eclipsa con su luz. Y entonces reaparece, pero en el Este, aproximadamente una hora y media antes de la salida del Sol; y esta es su salida heliacal. En este intervalo han tenido lugar la salida y puesta cósmicas.

Además de las relaciones de las constelaciones y sus paranatelon con las casas y lugares de exaltación de los planetas, y con sus lugares en los respectivos signos y decanos, se suponía que las estrellas produ-cían distintos efectos según salían o se ponían, y también según lo hiciesen cósmicamente, acrónicamente o de manera heliacal; y también según las diferentes estaciones del año en que estos fenómenos aconteciesen. Estas diferencias estaban minuciosamente consignadas en los antiguos calendarios, y muchos elementos de las antiguas alegorías hacen referencia a ellas. Otra importante división de las estrellas consis-tía en buenas o malas, benéficas y

maléficas. Entre los persas las primeras eran de Aries a Virgo, ambas inclusive; y las segundas de Libra a Piscis, siendo este el origen de los ángeles buenos o genios, y los ángeles malos o devas, diablos, ángeles caídos, titanes y gigantes de la mitología. Las treinta y seis constelaciones restantes quedaban divididas en dieciocho a cada lado, o si añadimos las del Zodíaco, veinticuatro a cada lado. Aquí tiene también su origen el huevo simbólico, que salía de la boca del invisible dios egipcio Kneph, y que en el mundo griego era denominado Huevo Órfico. Huevo del que surgió el dios Chumong de los coresianos, el dios egipcio Osiris, y Fanes, dios y principio de la Luz. Huevo del que emergió el mundo una vez que el Toro sagrado de los japoneses lo rompió, y que los griegos pusieron a los pies de Baco Tauricorno. Era el huevo mágico de Ormuz, del que proceden los Ameshas Spentas y los Devas, y que fue dividido en dos mitades, que se correspondían con las constelaciones protectoras y las malignas. Las de Primavera, como por ejemplo Aries y Tauro, Auriga y Capella, eran benéficas; y las de Otoño, como Libra, Escorpio, la Serpiente de Ofiuco y el Dragón de las Hespérides, quedaban bajo el imperio del Principio del Mal, y eran contempladas como causas maléficas de los efectos dañinos del Otoño

y el Invierno. Así se explicaban los misterios de los viajes del alma humana a través de las esferas, cuando desciende a la Tierra a través del signo de la Serpiente, y regresa al dominio de la Luz a través del Cordero o el Toro.

La acción creativa del Cielo se manifestaba, y toda su energía demiúrgica se desarrollaba, principalmente en el Equinoccio de Primavera, al cual se refieren todas las fábulas que narran la victoria de la Luz sobre la Oscuridad por medio de los triunfos de Júpiter, Osiris, Ormuz y Apolo. El dios triunfante siempre adopta la forma de un toro, un carnero o un cordero. Entonces Júpiter derrota a los truenos de Tifón, cuyo maligno poder le ha tenido sometido durante el Invierno. Entonces el Dios de la Luz avasalla a su enemigo, representado como una inmensa serpiente. Y el Invierno finaliza. El Sol sentado sobre el Toro y acompañado por Orión relumbra en los cielos. Toda la naturaleza se regocija ante la victoria, y el orden y la armonía son restablecidos por doquier y sustituyen a la tormentosa confusión que reinaba mientras el lúgubre Tifón dominaba y Ahrimán prevalecía sobre Ormuz.

El Alma Universal del Mundo, potencia motora del Cielo y de las Esferas ejercía su energía creativa a través del instrumento solar durante sus revoluciones a lo largo de los signos del Zodíaco,

a los que se añaden los paranatelon que matizan su influencia y cooperan perfilando los distintos atributos simbólicos de la Gran Luminaria que regula la Naturaleza y es depositaria de sus mayores poderes. La acción del Alma Universal del Mundo se manifiesta en los movimientos de las esferas, especialmente en los del Sol, así como en la sucesión de salidas y puestas de las estrellas y en sus retornos periódicos. En base a esto resultan explicables todas las metamorfosis de dicha Alma, personificada como Júpiter, Baco, Visnú o Buda, así como todos los atributos que le son adscritos, y también el culto que se rendía a los animales consagrados en los antiguos templos por ser representantes en la Tierra de los Signos Celestes, y por ello transmitir los rayos y emanaciones del Alma Universal que fluían en su interior.

Todos los antiguos adoradores de la Naturaleza, teólogos, astrólogos y poetas, así como los más distinguidos filósofos, suponían que las estrellas eran seres inteligentes, cuerpos eternos y causas activas de los efectos de aquí abajo, seres animados por un principio vivo y regidos por una inteligencia que no era en sí misma más que emanación y parte de la vida e inteligencia universal del Mundo. Y en el orden jerárquico y en la distribución de sus Inteligencias divinas y

eternas, conocidas como dioses, ángeles y genios, encontramos las mismas distribuciones y divisiones según las cuales los antiguos dividieron el universo visible y organizaron sus partes. Por ello las famosas divisiones en siete y doce partes, que se corresponden con los planetas y los signos del Zodíaco, aparecen en todas partes como orden jerárquico de los dioses, ángeles y otros ministerios depositarios de la Fuerza Divina que mueve y gobierna el mundo.

Estas, además de otras inteligencias asignadas al resto de estrellas, tenían dominio absoluto sobre todas las partes de la Naturaleza, así como sobre los elementos, los reinos animal y vegetal, el hombre y sus actos, sus virtudes y vicios, y sobre el bien y el mal, entre los que se debaten sus actos. Las pasiones de su alma, las enfermedades de su cuerpo y todo su ser dependían del cielo y los genios que lo habitaban, quienes presidían su nacimiento, controlaban su fortuna a lo largo de la vida y recibían su alma, o parte inteligente y activa, una vez que acudía a reunirse con la pura existencia de las estrellas. Y a través del gran cuerpo del mundo se hallaban diseminadas porciones del Alma Universal, imprimiendo movimiento a todo aquello que aparentemente se movía por sí mismo, otorgando vida a las plantas y árboles, dirigiendo por un plan regular y

establecido sus germinaciones y crecimiento; impartiendo movilidad constante a las aguas de los ríos y manteniéndolas en corriente eterna; desatando los vientos, cambiando su dirección o aplacándolos; agitando el océano, desatando las tormentas, haciendo brotar el fuego de los volcanes, o agitando las raíces de las inmensas montañas y continentes por medio de terremotos. Fuerzas todas que resultaban un misterio para el hombre.

Y todas estas inteligencias invisibles, al igual que las estrellas, quedan divididas en dos grandes feudos, bajo los estandartes de los dos principios del Bien y del Mal, la Luz y la Oscuridad, Ormuz y Ahrimán, Osiris y Tifón. El Principio del Mal era la fuerza motriz de la materia bruta; y, encarnada en Ahrimán y Tifón, contaba con ejércitos de devas y genios, ángeles caídos y espíritus malevolentes, en continua batalla con el Principio el Bien, Principio de Luz Empírea y Esplendor, Osiris, Ormuz, Júpiter y Dionisos, que con sus refulgentes milicias de Ameshas Spentas, Izedas, ángeles y arcángeles, libraba una guerra que se extiende desde el nacimiento hasta después la muerte en el alma de de todo hombre que vive. Anteriormente, en el Grado XXIV, hemos relatado los pormenores de la leyenda de Isis y Osiris, y no queda sino señalar los fenómenos astrológicos

que dicha leyenda ha plasmado como hechos mitológicos. El Sol, en el Equinoccio de Primavera, era la estrella que, con su calidez, imponía la generación y fructificación, derramando sobre el mundo sublunar todas las bendiciones del Cielo. Era el dios benéfico, genio tutelar de la vegetación universal, que comunica a la tierra yerma nueva actividad y estimula su corazón, helado desde tiempo atrás por el Invierno y su escarcha, hasta que de su seno brota todo el verdor y el perfume de la Primavera, que se regocija en los bosques frondosos, verdes pastos, praderas salpicadas de flores y la promesa de abundantes cosechas de fruta, grano y uvas en su temporada.

El Sol era denominado Osiris, Esposo de Isis, Dios de los Cultivos y Benefactor de la Humanidad, que derramaba sobre los hombres y la tierra las más selectas bendiciones de entre los dones de la Divinidad. Se le oponía Tifón, su antagonista en la mitología egipcia, como Ahrimán era el adversario de Ormuz, Principio del Bien en la teología persa.

Los primeros habitantes de Egipto y Etiopía, tal y como nos informa Diodoro Sículo, vieron en los Cielos las dos causas primeras y eternas de las cosas, o grandes Divinidades: una el Sol, a quien denominaban Osiris, y la otra la Luna, a quien

llamaban Isis. Y las consideraron las causas de la generación de la tierra. Esta idea, nos dice Eusebio, era la misma que compartían los fenicios, y de estas dos divinidades dependía la administración del mundo. Todos los cuerpos sublunares recibían de ellos su alimento durante la órbita anual que controlaban, a lo largo de las distintas estaciones en las que estaba dividida.

A Osiris e Isis, se creía, debíamos la civilización, el descubrimiento de la agricultura, la ley, las artes y los oficios, el culto religioso, los templos, la invención de la escritura, la astronomía, la gimnasia y la música. Y por ello eran considerados los benefactores universales. Osiris viajó para civilizar las naciones por las que pasaba, y para comunicarles sus descubrimientos. Construyó ciudades, e instruyó a los hombres en el arte de cultivar la tierra. El trigo y el vino fueron sus primeros presentes a los hombres. Europa, Asia y África participaron de las bendiciones que comunicó, y las más remotas regiones de la India le recuerdan y aclaman como uno de sus mayores dioses.

Sabemos cómo Tifón, su hermano, lo asesinó. Su cuerpo fue cortado en trozos, que fueron encontrados y recogidos por Isis con excepción de sus órganos de generación, que habían sido arrojados a las aguas del río que cada año

fertilizaba a Egipto. Las demás partes fueron enterradas por Isis, que en lo sucesivo permaneció viuda, colmando a sus súbditos de bendiciones. Curaba a los enfermos, devolvía la vista a los ciegos, hacía andar a los paralíticos, e incluso resucitaba a los muertos. Ella enseñó a Horus o Apolo las diversas mancias y la ciencia de la medicina. Por ello los egipcios representaban la acción benéfica de las dos luminarias que, desde el seno de los elementos, producían a todos los animales y hombres, y gracias a las cuales los cuerpos nacen, crecen y mueren en el círculo eterno de generación y destrucción de este mundo.

Cuando el Toro Celestial abría el Año Nuevo en el Equinoccio de Primavera, Osiris, unido a la Luna, le comunicaba las semillas de la fertilidad, que derramaba por el aire, impregnando así a la vegetación universal de los principios generativos. Apis, representado por un Toro, era la imagen viva y material del Sol u Osiris, que en unión con Isis o la Luna en el Equinoccio Vernal llamaba a todo lo vivo a la procreación. Esta conjunción del Sol con la Luna en Tauro durante el Equinoccio de Primavera imponía que el Toro Apis llevase en su hombro una marca semejante al Creciente. Y la influencia fecundadora de estas dos luminarias quedaba expresada por imágenes

que hoy en día resultarían groseras e indecentes, pero que entonces no eran malinterpretadas. Todo lo benéfico de la naturaleza procede de Osiris: el orden, la armonía, y las temperaturas favorables de las estaciones y ciclos celestiales. De Tifón procedían las pasiones desatadas, las enfermedades del cuerpo, la violencia que menoscaba la salud y pone en peligro el orden de la creación, las inclemencias del tiempo y los eclipses. Osiris y Tifón eran Ormuz y Ahrimán entre los persas, principios del bien y del mal, de la luz y la oscuridad, siempre en conflicto en la administración del Universo.

Osiris era la imagen del poder generativo. Esto quedaba expresado en el simbolismo de sus estatuas, y por el signo en el que entraba en el Equinoccio de Primavera. Dispensaba especialmente el principio húmedo de la Naturaleza, elemento generativo de todas las cosas, siendo el Nilo y la humedad contemplados como emanaciones suyas, sin las cuales no podría haber vegetación.

Que Osiris e Isis eran el Sol y la Luna queda atestiguado por muchos autores antiguos: Diógenes Laercio, Plutarco, Luciano, Suidas, Macrobio, Marciano Capella, y otros. Su poder estaba simbolizado por un Ojo sobre un Cetro. El Sol era denominado por los griegos el Ojo de

Júpiter, y el Ojo del Mundo, siendo el Ojo que Todo lo Ve de nuestras Logias. El Oráculo de Claros lo describía como Rey de las Estrellas y del Fuego Eterno, que engendra el año y las estaciones, dispensa la lluvia y el viento, y provoca el día y la noche. Y Osiris era invocado como el Dios que mora en el Sol y queda envuelto por sus rayos, fuerza invisible y eterna que modifica el mundo sublunar por medio del Sol.

Osiris era el mismo dios conocido por Baco, Dionisos y Sérapis. Sérapis es el autor de la regularidad y armonía en el mundo. Baco, junto con Ceres (identificada por Herodoto con Isis) preside sobre la distribución de nuestras bendiciones; y de ambos emana todo lo bueno y bello de la Naturaleza. Uno proporciona el germen y principio de todo lo bueno; el otro lo recibe y lo preserva como depósito. Y esta última es la función de la Luna en la teología persa. Ya sea en la cosmogonía persa o egipcia, la Luna actúa directamente sobre la Tierra; pero es fecundada por el Toro Celestial en el primer caso y por Osiris en el segundo, el cual se une con la Luna en el Equinoccio de Primavera y en el signo de Tauro, su lugar de exaltación o mayor influencia sobre la Tierra. La fuerza de Osiris, dice Plutarco, es ejercida a través de la Luna, que es causa pasiva en relación a Osiris, pero causa

activa en relación a la Tierra, a la que transmite el germen de la fertilidad recibida de él.

En Egipto los movimientos del agua más tempranos comienzan a producirse en el Equinoccio de Primavera, cuando el plenilunio tiene lugar a la entrada del Sol en Tauro; y por ello se creía que el Nilo recibía su poder fertilizante de la acción combinada del Sol equinoccial y la Luna Nueva al encontrarse en Tauro. Osiris era a menudo confundido con el Nilo, e Isis con la Tierra. Y se consideraba que Osiris actuaba sobre la Tierra y le transmitía sus emanaciones a través tanto de la Luna como del Nilo, siendo este el origen de la fábula en que sus órganos generativos son arrojados a este río. Tifón, por otra parte, era el principio de la aridez y lo estéril; y por medio de esta mutilación de Osiris se representaba que él era la fuerza que retiraba al Nilo de su lecho al retraerse en Otoño.

En otra nación que no era Egipto, Osiris era el símbolo de las refrescantes lluvias que caen para fertilizar la tierra, y Tifón representaba a los ardientes vientos de Otoño; las lluvias tormentosas que echan a perder las flores, las plantas y las hojas; los días fríos y cortos, lo perjudicial para la Naturaleza, y todo aquello que produce destrucción y corrupción.

En resumen, Tifón es el principio de la

corrupción, la oscuridad y el inframundo del que surgen los terremotos, las agitadas tempestades, el calor ardiente, el rayo, las plagas y la peste. Tal era el Ahrimán de los persas. Y esta revuelta del Principio del Mal contra el Principio del Bien y la Luz ha sido representada en todas las cosmogonías y de las formas más variadas. Osiris, al contrario, por intermediación de Isis, llena el mundo material de felicidad, pureza y el orden que mantiene la armonía de la Naturaleza. Se decía que moría en el Equinoccio de Otoño, cuando Tauro y las Pléyades salían de noche, y que resucitaba de nuevo en Primavera, cuando la vegetación era llamada de nuevo a la actividad. Desde luego los signos de Tauro y Escorpio tiene un papel preponderante en la historia mitológica de Osiris, dado que ambos marcaban los dos equinoccios 2500 años antes de nuestra era; y ello es extensible para el resto de constelaciones próximas a los equinoccios, que fijaban los límites de la duración de la acción fertilizadora del Sol. Es preciso subrayar también que Venus, la Diosa de la Generación, tenía su domicilio en Tauro, del mismo modo que la Luna tenía en este signo su lugar de exaltación.

Mientras el Sol se encontraba en Escorpio, Osiris perdió su vida, así como esa capacidad de generación que había comunicado a la Tierra a

través de la Luna. Tifón, con sus manos y pies repletas de serpientes, y cuyo dominio en el planisferio egipcio se encuentra en Escorpio, lo confinó en un cofre, arrojándolo al Nilo bajo el decimoséptimo grado de Escorpio. Bajo ese signo perdió su vida y su virilidad, recuperándolas en Primavera, momento en que se encontraba con la Luna. Cuando entraba en Escorpio, su luz disminuía, la Noche reasumía su poder, el Nilo se retiraba de sus bancos, la tierra perdía su verdor y las hojas caían de los árboles. A esto se debe que en los monumentos mitraicos el Escorpión muerda los testículos del Toro Equinoccial, sobre el que se sienta Mitra, el Sol de Primavera y Dios de la Generación; y también que, en los mismos monumentos, puedan verse otros dos árboles: uno cubierto de hojas verdes, a cuyo pie se halla un pequeño toro y una antorcha ardiente; y otro árbol cargado de fruto, a cuyo pie se aparece un escorpión, así como una antorcha invertida y apagada.

Ormuz u Osiris, el Principio Benéfico que otorga luz al mundo, estaba personificado por el Sol, aparente fuente de Luz. La Oscuridad, encarnada en Tifón o Ahrimán, era su enemigo natural. Los Sabios de Egipto describieron la rivalidad u oposición eterna y necesaria entre ambos principios, siempre en persecución mutua y

destronándose el uno al otro durante el desarrollo de las órbitas anuales y en momentos concretos, uno en Primavera, bajo el Toro, y otro en Otoño, bajo el Escorpión, empleando la historia legendaria de Osiris y Tifón, que nos ha llegado a través de Diodoro y Sinesio. Historia en la que fueron personificadas las estrellas y constelaciones de Orión, Capella, Géminis, el Lobo, Sirio y Hércules, cuyas salidas y puestas anunciaban el advenimiento de uno u otro equinoccio.

Plutarco nos ofrece las posiciones en los Cielos del Sol y la Luna en el momento en que Osiris era asesinado por Tifón. El Sol, afirma, se hallaba en Escorpio, signo en el que entraba durante el Equinoccio de Otoño en aquella época. La Luna estaba llena, añade; y consecuentemente, cuando se elevaba a la puesta del Sol, ocupaba Tauro, el cual, opuesto a Escorpio, salía conforme el Sol se ponía, de forma que la Luna aparecía sola en Tauro, donde seis meses antes aparecía en unión o conjunción con Osiris, el Sol, recibiendo de él las semillas de la fertilización universal que este le comunicaba. Tauro era el signo a través del cual Osiris ascendía por primera vez hacia su imperio de luz y bien. Salía con el Sol en el día del Equinoccio de Primavera; permanecía seis meses en el hemisferio luminoso, siempre precedido por

el Sol y sobre el horizonte durante el día. Hasta que en Otoño, cuando el Sol llegaba a Escorpio, Tauro se encontraba en oposición a él, salía cuando él se ponía, y completaba todo su trayecto sobre el horizonte durante la noche; inaugurando, con su reaparición nocturna, el comienzo de las noches largas. Este es el origen de que, en las tristes ceremonias que conmemoran la muerte de Osiris, se sacase en procesión un toro dorado cubierto con un crespón negro, imagen de la oscuridad en la que se adentraba Osiris y que iba a extenderse sobre las regiones septentrionales, mientras que las noches se prolongaban y el Sol se hallaba ausente.

Al salir del signo de Tauro, Isis, como la Luna, partió a buscar a Osiris por los signos superiores, en cada uno de los cuales se encontraba llena durante los meses sucesivos desde el Equinoccio de Otoño al de Primavera, sin encontrarlo en ninguno. Sigámosla en su búsqueda alegórica:

Osiris fue asesinado por Tifón, su adversario, con el que conspiró una Reina de Etiopía que, dice Plutarco, creó los vientos. Los paranatelon de Escorpio, el signo ocupado por el Sol en el momento de la muerte de Osiris, eran las Serpientes, reptiles que proporcionan los atributos de los Genios del Mal y de Tifón, el cual adoptó por sí mismo la forma de una serpiente en

el planisferio egipcio. Y en el sector de Escorpio aparece también Casiopea, Reina de Etiopía, cuya puesta trae vientos tormentosos.

Osiris descendió a las sombras o regiones infernales. Allí tomó el nombre de Sérapis, idéntico a Plutón, y asumió su naturaleza. Entonces estaba en conjunción con Serpentario, al igual que Esculapio, cuya forma adoptó en su paso por los signos inferiores, en los que asumió los nombres de Plutón y Ades. Entonces Isis lloraba la muerte de Osiris, y el toro dorado cubierto de crespones era llevado en procesión. La Naturaleza lamentaba la inminente pérdida de sus glorias de verano, la llegada del imperio de la noche, la retirada de las aguas, fructífera gracias al Toro en Primavera, el cese de los vientos que traían las lluvias que desbordaban el Nilo, el acortamiento de los días y el expolio de la tierra. Entonces Tauro, directamente opuesto al Sol, entraba en el cono de sombra que proyecta la Tierra, por el cual la Luna es eclipsada en su totalidad, y gracias al cual, de noche, el Toro parece elevarse y descender como si estuviese cubierto por un velo, mientras permanece sobre nuestro horizonte.

El cuerpo de Osiris, confinado en un cofre o ataúd, fue arrojado al Nilo. Pan y los sátiros, cerca de Chemmis, fueron los primeros en

descubrir su muerte, la anunciaron con sus gritos, y crearon pesar y alarma por doquier. Tauro, con la Luna Llena, entraba entonces en el cono de sombra, y bajo él se hallaba el Río Celestial, más correctamente denominado el Nilo, y por debajo, Perseo, el Dios de Chemmis, y Auriga, conduciendo una cabra hembra idéntica a la de Pan, cuya esposa Aiga era llamada la Cabra.

Entonces Isis partió a la búsqueda del cuerpo. Primero encontró a ciertos niños que lo habían visto, recibió de ellos su información, y en agradecimiento les otorgó el don de la adivinación. La segunda Luna llena acontece en Géminis, los Gemelos, que presidían sobre los oráculos de Dídimo, siendo uno de ellos Apolo, dios de la adivinación. Isis descubrió que Osiris, por error, había tenido relación con su hermana Neftis, lo que descubrió gracias a una corona de hojas de trébol oloroso que había dejado tras él. Fruto de esta relación nació un niño, al que Isis, asistida por sus perros, buscó, encontró, crió y asoció consigo misma bajo el nombre de Anubis, su leal guardián. La tercera Luna llena tiene lugar en Cáncer, domicilio de la Luna. Los paranatelon de ese signo son la corona de Ariadna o Proserpina, hecha de hojas de trébol, Proción y el Can Mayor, estrella que fue llamada la Estrella de Isis, mientras Sirio fue honrado en Egipto bajo el

nombre de Anubis. Isis se retiró a Biblos, donde se sentó junto a una fuente, lugar en el que fue encontrada por una mujer de la Corte Real. Fue invitada a visitar la corte, convirtiéndose en nodriza de su hijo. La cuarta Luna llena tiene lugar en Leo, domicilio del Sol, o de Adonis, a la sazón Rey de Biblos. Los paranatelon de este signo son las aguas de Acuario, y también Cefeo, Rey de Etiopía, llamado Régulo, o sencillamente El Rey. Tras él se elevaban Casiopea, su esposa, Reina de Etiopía; Andrómeda, su hija, y Perseo, su yerno, todos paranatelon de este signo, y en parte de Virgo.

Isis amamantó al niño, no con su pecho, sino con el extremo de su dedo y por la noche. Quemó todas las partes mortales de su cuerpo, tras lo cual, adoptando la forma de una golondrina, voló hacia la gran columna del palacio, hecha del tamarisco que creció en torno al ataúd que contenía el cuerpo de Osiris, y en el cual todavía continuaba encerrado.

La quinta Luna llena acontecía en Virgo, verdadera imagen de Isis, a quien Eratóstenes llamaba por ese nombre. Describía a una mujer amamantando a un niño, el hijo de Isis, nacido próximo al Solsticio de Invierno. Este signo tenía por paranatelon el mástil del Navío Celestial, y el pez con cola de golondrina o la golondrina sobre

él, así como una parte de Perseo, yerno del Rey de Etiopía.

Isis, tras haber recuperado el ataúd sagrado, navegó acompañada por el primogénito del Rey en una nave desde Biblos hacia Buto, donde se encontraba Anubis, a cargo de su hijo Horus. Y por la mañana desecó un río, lo que provocó un fuerte viento. Tras atracar, escondió el féretro en un bosque. Tifón, que se encontraba cazando un jabalí salvaje a la luz de la Luna, reconoció el cuerpo de su rival, y lo cortó en catorce trozos (el número de días entre la Luna llena y la Luna nueva, en cada uno de los cuales la Luna pierde una parte de la luz que al principio llenaba su disco.

La sexta Luna llena sucedía en Libra, en los sectores que separan a Virgo (nodriza de Horus) de la Nave Celestial, Perseo (Hijo del Rey de Etiopía) y Boötes. El río de Orión que se pone por la mañana es también paranatelon de Libra, como también lo son la Osa Mayor, el Gran Oso o Jabalí salvaje de Erimanto, y el Dragón del Polo Norte, celebrada Pitón de la cual Tifón tomó prestados sus atributos.

Todas estas estrellas rodeaban la Luna llena de Libra, último de los Signos Superiores y que precede a la Luna llena de Primavera, a punto de reproducirse en Tauro durante su conjunción con

el Sol.

Isis recoge los fragmentos dispersos del cuerpo de Osiris, los entierra y consagra el falo, llevado con pompa en las Pamilias, o fiestas del Equinoccio de Primavera, momento en que se celebraban las nupcias de Osiris y la Luna. Entonces Osiris regresa de las sombras para ayudar a Horus, su hijo, y a Isis, su esposa, en la batalla contra las fuerzas de Tifón. Aparecía entonces bajo la forma de un lobo, según unos, o de un caballo, según otros. La Luna, catorce días tras su plenitud en Libra, llega a Tauro y se une con el Sol, cuyo fuego acumula progresivamente durante los siguientes catorce días que marcan su paso de Luna nueva a Luna llena. Entonces aparece plena, en orden y armonía, mes tras mes y en esa porción superior del mundo donde la Luz siempre reina, tomando de ella la fuerza para destruir las semillas del mal que Tifón ha plantado por toda la Naturaleza durante el Invierno. Esta entrada del Sol en Tauro, cuyos atributos asume en su regreso desde el hemisferio de las sombras, queda marcada por la salida vespertina del Lobo y el Centauro, y por la puesta heliacal de Orión, denominada la Estrella de Horus, y que acompañará al Sol de Primavera en su triunfo sobre la oscuridad de Tifón.

Isis, durante la ausencia de Osiris, y una vez que

había escondido el sarcófago en el lugar donde Tifón lo halló, se había unido de nuevo a ese enemigo maligno. Ante lo cual su hijo Horus, indignado, le arrebató su antigua diadema cuando volvía a unirse con Osiris en el preciso instante de atacar a Tifón. Pero Mercurio le ofreció en su lugar un casco con forma de cabeza de toro. Entonces Horus, como poderoso guerrero –tal como Orión era descrita- combatió y derrotó a Tifón; el cual, bajo la forma de serpiente o dragón enrollado en un poste, había atacado a su padre. Por ello, en Ovidio, Apolo destruye a la misma Pitón cuando Io, fascinado por Júpiter, es metamorfoseado en una vaca y ubicado en el signo del Toro Celestial, donde se convierte en Isis. El año equinoccial finaliza en el momento en que el Sol y la Luna, durante el Equinoccio de Primavera, se unen con Orión, la Estrella de Horus, situada en los Cielos bajo Tauro. La Luna llena rejuvenece de nuevo en Tauro, mostrándose por primera vez como creciente en el siguiente signo, Géminis, domicilio de Mercurio. Entonces Orión, en conjunción con el Sol, con quien sale, arroja al Escorpión a las sombras de la noche, forzándole a desaparecer siempre que asoma por el horizonte oriental con el Sol. Los días se alargan y las semillas del mal son paulatinamente erradicadas. Y Horus (de *Aur*, Luz) reina

triunfante, simbolizando la eterna renovación del Sol joven y el vigor creativo del Equinoccio de Primavera.

Tales son las coincidencias de los fenómenos astronómicos con la leyenda de Osiris e Isis. Baste con mostrar el origen de la leyenda, que se recargó posteriormente con los adornos poéticos y figurativos de los genios orientales.

No solo en esta leyenda, sino también en las de muchas otras naciones antiguas, aparecen el Toro, el Cordero, el León y el Escorpión o Serpiente. Y toda-vía se mantienen muchos rasgos de este culto al Sol en todas las religiones modernas. Por todas partes, incluso en nuestra Orden, sobreviven en las fiestas solsticiales y equinocciales. Nuestros techos todavía brillan con las luminarias mayores y menores; y nuestras luces refieren a la Astronomía en número y disposición. En las iglesias y capillas, al igual que en todos los templos paganos y en las pagodas, el altar es situado en el Oriente; y la hiedra que aparece sobre las ventanas que dan al Este en las antiguas iglesias no es sino la *Hedera Helix* de Baco. Incluso la cruz tiene un origen astronómico, y nuestras Logias se hallan repletas de símbolos antiguos.

El ilustrado autor de los Misterios sabeos,

Landseer, aventura otra teoría referente a la leyenda de Osiris, en la que hace a Boötes desempeñar un rol principal. Landseer observa que, dado que ninguna de las estrellas era visible al mismo tiempo que el Sol, su verdadera localización en el Zodíaco en un momento dado únicamente podía ser calculada por los astrónomos sabeos a través de las observaciones de las estrellas, así como por sus salidas y puestas heliacales y acrónicas. Había numerosos festivales solares entre los sabeos, también de naturaleza agrícola. Y los signos correspondientes a esos festivales eran las salidas y puestas de las estrellas de el Esposo o el Cazador, Boötes. Entre los hierofantes, sus estrellas eran el índice nocturno que denotaba la posición del Sol en la eclíptica durante las sucesivas estaciones, y los nombres de los festivales eran uno, el del afanismo o desaparición; y otro, el de Zetesis, o la búsqueda de Osiris o Adonis, es decir, de Boötes.

El retorno de ciertas estrellas, asociado como estaba a la siembra o la cosecha, pareció a los antiguos, que no habían descubierto aún el cambio gradual, que respondía al movimiento aparente de las estrellas en la longitud y que había sido denominado «precesión» de los equinoccios. Y esos ciclos periódicos eran para el iniciado, aún

más que para el vulgo, oráculos celestiales que anunciaban la inminencia de cambios importantes, de los que dependía la prosperidad, e incluso la misma existencia del hombre. Y las más antiguas de las constelaciones sabeas parecían ser un Sacerdote astronómico, un Rey, una Reina, un Esposo y un Guerrero, que aparecen en los cilindros sabeos más que cualesquiera otras constelaciones. El Rey era Cefeo de Etiopía. El Esposo era Osiris, Baco, Sabazios, Noé o Boötes. Hacia este último signo los egipcios se sentían, como nación, tradicional y especialmente agradecidos, pues creían que a Osiris se debían todos los placeres terrenales. Las estrellas del Esposo señalaban las sucesivas tareas de las que dependía la producción agrícola, y en consecuencia fueron contempladas y saludadas, tanto en Egipto como en Etiopía, como estrellas geniales de la productividad agraria, a las que los piadosos sabeos ofrecían regularmente sacrificios, oraciones y votos.

Landseer afirma que las estrellas de Boötes, contando hasta las de quinta magnitud inclusive, son veintiséis, las cuales parecen desaparecer acrónicamente en sucesión, siendo la causa de la fábula en que Tifón corta a Osiris en veintiséis trozos. Realmente hay más estrellas que estas en la constelación, pero incluso en la atmósfera

sabea más límpida no podrían contemplarse sin la ayuda de telescopios.

Plutarco dice que Osiris fue cortado en catorce partes. Diodoro, que lo fue en veintiséis, con lo que el conjunto de la leyenda conforme a Landseer queda de la siguiente manera: Tifón —opina Landseer— era el Océano, que los antiguos creían que rodeaba la Tierra, y en el cual todas las estrellas se sumían cuando les llegaba su momento (quizá era la Oscuridad personificada, a quien los antiguos denominaban Tifón, y que se hallaba cazando a la luz de la Luna cuando encontró a Osiris).

La antigua Saba debe haber estado en una latitud próxima a 15º Norte. Axoum se encuentra casi a 14º, y Saba Occidental o Meroe se ubica al Norte de esta. Hace cuarenta y ocho siglos, Aldebarán, primera estrella del año, había alcanzado, durante el Equinoccio Vernal, y durante la luz de la mañana, una elevación de aproximadamente 14º, suficiente para emerger de entre los rayos del Sol y ser visible. Los antiguos concedían doce días para que una estrella de primera magnitud saliese de entre los rayos solares, habiendo además crepúsculos más breves conforme nos desplazamos hacia el Sur.

En el mismo período, Cinosura (Polaris) no era la estrella polar, sino que lo era Alfa Draconis; y

las estrellas salían y se ponían con unos grados de oblicuidad muy distintos de los actuales. Tras haber construido un globo con polos móviles, susceptibles de ajustarse con respecto a los coluros, el Sr. Landseer aseguró que, en ese remoto período, en la latitud de 15º Norte, las veintiséis estrellas de Boötes (o 27 si incluimos a Arturo), no se ponían acrónicamente en sucesión, sino que lo hacían simultáneamente por parejas, y seis en dos grupos de tres, de forma que había catorce desapariciones o puestas por separado, que se corresponderían a los catorce trozos en que Osiris fue cortado, según consta en Plutarco. Kappa, Iota y Theta en la mano occidental levantada, desaparecían de forma conjunta en último lugar. Realmente bordeaban el horizonte, pero resultaban invisibles en esas bajas latitudes durante los tres o cuatro días mencionados en algunas de las versiones. Mientras que la Zetesis o búsqueda le seguía, y las mujeres de Fenicia y Jerusalén se sentaban llorando y suplicando por el hallazgo de Tamuz, tras lo cual reaparecía inmediatamente, por debajo y al oriente de α-Draconis.

Y, al despuntar el alba tras la salida acrónica de la última estrella del Esposo, Aldebarán se elevaba de manera heliacal, haciéndose visible en el Este antes de que amaneciese el día.

Y precisamente en el momento de la salida heliacal de Arturo, también se levantaba Spica Virginis. Una está cerca del centro del Esposo, y la otra próxima a la Virgen; y Arturo puede haber sido la parte de Osiris que Isis no puedo recuperar con las demás partes del cuerpo.

En Dedán y Saba transcurrían treinta y seis días desde el afanismo, es decir, la desaparición de estas estrellas, hasta la salida heliacal de Aldebarán.

Durante estos días, que eran cuarenta en Medina, o algunos más en Babilonia y Biblos, las estrellas del Esposo se sumergían sucesivamente fuera de la vista, durante el crepúsculo o efímera aurora matutina del clima del Sur. Desaparecían durante el comienzo del amanecer, momento en que los antiguos observaban el Cielo.

Es decir, los cuarenta días de luto que guarda Isis quedan establecidos por el período de desviación de sus estrellas. Una vez que la última se había hundido tras el horizonte, el Verano quedaba anunciado. Y el Sol salía con la espléndida Aldebarán, jefe táurico de las Huestes Celestiales. Y todo el Oriente se regocijaba y celebraba fiestas.

Con excepción de las estrellas χ, ι y δ, Boötes no comenzaba a reaparecer en el sector oriental

de los cielos hasta transcurridos aproximadamente cuatro meses. Entonces las estrellas de Tauro se habían desplazado hacia Occidente, y Virgo salía de modo heliacal. En esa latitud se ponían también las estrellas de la Osa Mayor (antiguamente denominadas el Arca de Osiris). Y Benetnash, la última de ellas, regresaba al horizonte oriental, con las estrellas de la cabeza de Leo, poco antes del Solsticio de Verano. Poco más de un mes después le seguían las estrellas del Esposo, estando las principales, Ras, Mirach y Arturo, muy próximas a su salida heliacal. De este modo las estrellas de Boötes salían por el Este inmediatamente después de Vindemiatrix, como si bajo su influencia genial llevase a cabo su recorrido de prosperidad. Permanecía en el Oriente durante una estación, alcanzando su meridiano con Virgo; tras lo cual, conforme las estrellas de la Urna de Agua se levantaban, y Acuario comenzaba a derramar su diluvio anual, declinaba hacia el Oeste, precedida por el Arca de Osiris. En el Este, Boötes era el signo de esa felicidad en que la Naturaleza, la gran diosa de la producción pasiva, se regocijaba. Ahora, en el Oeste, conforme declinaba hacia el horizonte noroeste, su vigor generativo se debilitaba gradualmente. El Año Solar envejecía, y conforme sus estrellas descendían tras la

despedida por Occidente, Osiris moría, y el mundo sollozaba.

Los antiguos astrónomos vieron todos los símbolos de la Masonería en las estrellas. Sirio todavía brilla en nuestras Logias como la Estrella Flamígera. El Sol es aún simbolizado como el punto dentro del círculo; y, junto con la Luna y Mercurio o Anubis, es representado en las tres Grandes Luces de la Logia. Pero no solo a estas, sino también a las figuras y números exhibidos por las estrellas se adscribieron poderes divinos y peculiares. La veneración rendida a los números tiene aquí su número. Los Tres Reyes se encuentran en línea recta y equidistantes unos de otros, estando las estrellas de los extremos desviadas 3º, y encontrándose los tres distantes del más próximo 1º 30'. Y dado que el número tres corresponde a los Aprendices, la línea recta es el principio de la Geometría, teniendo longitud pero no anchura, y no siendo más que la extensión de un punto y emblema de la Unidad, y por ello del Bien, mientras que la línea dividida o interrumpida es símbolo de la Dualidad o el Mal. Cerca de estas estrellas se encuentran las Híades, cinco en número, apropiadas para el Compañero. Y próximas a estas observamos las Pléyades, que son siete, y de ahí el número de Maestro. Y de aquí surgen estos tres números sagrados,

consagrados en la Masonería como provenientes de la filosofía pitagórica, que siempre aparecen juntos en los Cielos cuando el Toro, emblema de fertilidad y producción, brilla entre las estrellas, y Aldebarán guía a las Huestes del Cielo (*Tsbauth*).

Algenib en Perseo, así como Almaac y Algol en Andrómeda forman un triángulo rectángulo que sirve para ilustrar el problema nº 47, desplegando la escuadra del Gran Maestro sobre los cielos. Denébola en Leo, Arturo en Boötes y Spica en Virgo forman un triángulo equilátero, emblema universal de perfección y de la Deidad. Los Tres Reyes forman, junto con Rigel en Orión, dos triángulos incluidos en uno. Y Capella y Menkalina en Auriga, junto con Bellatrix y Betelgeuse en Orión, forman dos triángulos isósceles con β-Tauri, que es equidistante de ambas parejas. Al tiempo que las primeras cuatro forman un paralelogramo de ángulos rectos: el Cuadrado Oblongo tan mencionado en nuestros grados.

Julio Fírmico, en su descripción de los Misterios, dice: «Pero en esos funerales y lamentos que se celebran en honor a Osiris, sus defensores argumentan una razón física. Consideran que Osiris es la semilla del fruto; Isis la tierra; y el calor natural, Tifón. Y dado que los

frutos maduran por el calor natural, y son recolectados para alimentar al hombre, y separados de su unión a la tierra, y sembrados de nuevo cuando el Invierno se aproxima, necesariamente debían tener la siembra por la muerte de Osiris. Mas cuando los frutos, gracias al acogimiento de la tierra, comenzaban a ser generados en una nueva procreación, esto debía ser entendido como el hallazgo de Osiris».

No hay duda de que la merma de la vegetación y la caída de las hojas, evidencia de esa fuerza que torna la Vida en Muerte para volver a extraer la Vida, eran contempladas como signos de la Muerte que se cierne sobre toda la Naturaleza. Del mismo modo que el brotar de las hojas y los capullos de las flores en primavera eran signo de la restauración de la Vida. Pero en este caso eran símbolos secundarios, siempre referidos al Sol como causa primera. Era su muerte figurada la que se lloraba, y no la de la vegetación. Y eran numerosas las estrellas asociadas tanto a su muerte como a su vuelta a la vida.

Ya hemos hecho alusión a la relación existente entre los doce signos del Zodíaco y la leyenda del grado de Maestro Masón. Hay algunas otras coincidencias que merecen ser mencionadas.

Hiram fue asaltado en las puertas Este, Oeste y Sur del Templo. Los dos equinoccios eran

denominados por los antiguos, como hemos visto, las Puertas del Cielo, y tanto sirios como egipcios consideraban al Pez (constelación próxima a Acuario, y de la que forma parte Fomalhaut) como portadora de violencia y muerte.

Hiram yació durante varios días en la tumba; y, durante el Solsticio de Invierno, a lo largo de cinco o seis días, la longitud de los días no se incrementa de forma perceptible. Tras lo cual, el Sol comienza de nuevo a elevarse hacia el Norte, de la misma forma que se dice que Osiris se levantaba de entre los muertos, y al igual que era Hiram era levantado por la poderosa atracción de Leo, que le aguardaba en el Solsticio de Verano, y le arrastraba hacía él.

Los nombres de los tres asesinos pueden haber sido extraídos de las tres estrellas que hemos mencionado. Los nombres *Jubelo*, *Jubela* y *Jubelum* sencillamente no aparecen en las lenguas hebrea y árabe, como tampoco aparecen los nombres *Gibs*, *Gravelot*, *Hobhen* y otros similares y propios del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, que no pertenecen a ninguna lengua antigua. Pero cuando, debido a la precesión de los equinoccios, el Sol se hallaba en Libra en el momento del Equinoccio de Verano, se encontraban en ese signo, en el que el reino de Tifón comenzaba, tres estrellas que formaban un

triángulo, *Zuben-es Chamali* en el Oeste, *Zuben-Hak-Rabi* en el Este, y *Zuben-El-Gubi* en el Sur, esta última inmediatamente por debajo del Trópico de Capricornio, y por ello dentro del reino de la Oscuridad. De estos nombres, corrompidos por el paso del tiempo, surgen los de los asesinos de Hiram. En Zuben-Hak-Rabi encontramos el original de Jubelum Abiram; en Zube-El-Gubi, el de Jubelo Gibs. Y el tiempo y la ignorancia han transformado las palabras Es Chamali en Gravelot.

También se representa a Isis, la Luna personificada, buscando desconsoladamente a su esposo: nueve o doce Compañeros (los rituales difieren en lo referente a este número), con mandiles blancos, fueron enviados en busca de Hiram en la leyenda del Tercer Grado; o, en nuestro Rito, los Nueve Caballeros Elegidos. A lo largo del itinerario que realiza la Luna hay nueve estrellas visibles y que servían a los marinos para determinar su longitud en el mar: Arietis, Aldebarán, Pólux, Régulo, la Espiga, Antares, Altair, Fomalhaut, y Markab. Bien pudiese ser que estas nueve estrellas acompañasen a Isis en su búsqueda.

En el Rito de York, doce compañeros fueron enviados a buscar el cuerpo de Hiram y a sus asesinos. Su número se corresponde con el de las

Pléyades y las Híades en Tauro, entre las cuales se encontraba el Sol cuando la Luz comenzaba a vencer a la Oscuridad y se celebraban los Misterios. Como hemos visto, estas estrellas fueron contempladas con particular atención por parte de astrónomos y poetas. Las Pléyades eran las estrellas del océano para el marino envuelto en la oscuridad de la noche. Los romanos las denominaban las Vírgenes de Primavera, pues anunciaban la estación de las flores. Dado que ahora únicamente se aprecian seis estrellas, es probable que el número doce se hubiese obtenido añadiéndoles Aldebarán y otras cinco estrellas mucho más brillantes pero pertenecientes a las Híades, que se hallan en la misma región del cielo, y que siempre se han relacionado con las Pléyades: los Tres Reyes del cinturón de Orión, así como Bellatrix y Betelgeuse en sus hombros. «¿Puedes tú» —dice Job— «atar las cadenas de las Pléyades, o desatar las cuerdas de Orión?». Y en el Libro de Amós aparecen estas estrellas relacionadas con la victoria de la Luz sobre la Oscuridad: «Buscad al que creó las Siete Estrellas (nombre coloquial de las Pléyades) y Orión, y transformad las tinieblas de la muerte en luz de la mañana».

Una vieja leyenda masónica narra cómo un perro dirigió a los Nueve a la caverna donde Hiram se

hallaba escondido. Boötes era denominada antiguamente Caleb Anubach, el Perro Ladrador, y era personificado en Anubis, que lucía la cabeza de un perro, y ayudaba a Isis en su búsqueda. Arturo, una de sus estrellas, de intenso color rojo, como si fuese ferviente y celosa, también está relacionada por Job con las Pléyades y Orión. Cuando Tauro abría el año, Arturo salía tras el Sol en la época del Solsticio de Invierno, de forma que parecía que lo buscaba a través de la oscuridad hasta que, sesenta días más tarde, se elevaba a la misma hora. Entonces Orión, en el Solsticio de Invierno, salía a mediodía, mientras que durante la noche parecía ir en busca del Sol.

Así, volviendo de nuevo al momento en que el Sol entraba en el Equinoccio de Otoño, resulta que hay nueve estrellas reseñables que alcanzan su meridiano en el mismo período, levantándose conforme Libra se pone, y que por ello parecen perseguir y acosar a esa constelación. Estas estrellas son Capella, Menkalinan en El Cochero, Aldebarán en Tauro, Bellatrix, Betelgeuse, y los Tres Reyes, junto con Rigel, en Orión. Aldebarán pasa primero el meridiano, marcando con ello el derecho a su particular título de *Directriz*. En ninguna parte de los cielos aparecen, próximas al mismo meridiano, tantas estrellas de tal esplendor. Y próximas tras ellas, pero más hacia

el Sur, aparece Sirio, la Estrella Perro, que mostró a los nueve Elegidos el sendero a la cueva del asesino.

Además de la división de los signos en una serie ascendente y otra descendente (que marcan el ascenso y la caída del alma), la primera de Capricornio a Cáncer, y la segunda de Cáncer a Capricornio, había otra división de los signos no menos importante: la de seis signos superiores y seis inferiores: los primeros, en 2455 a.C., de Tauro a Escorpio, y en 300 a.C., de Aries a Libra; y los segundos, en 2455 a.C., de Escorpio a Tauro, y en 300 a.C., de Libra a Aries. Ya nos hemos referido a ellos como los dos Hemisferios, o Reinos del Bien y del Mal, de la Luz y la Oscuridad, de Ormuz y Ahrimán entre los persas, o de Osiris y Tifón entre los egipcios.

Entre los persas, los primeros seis Genios, creados por Ormuz, regían sobre los seis primeros signos: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo y Virgo. Y los seis Genios maléficos o Devas, creados por Ahrimán, regían sobre los otros seis: Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. El alma era afortunada y feliz hallándose bajo el imperio de los seis primeros, y comenzaba a sentir la iniquidad cuando atravesaba la Balanza o Libra, el séptimo signo. De este modo entraba en el

dominio del Mal y la Oscuridad conforme atravesaba el Equinoccio de Otoño y los signos que le suceden. Y retornaba al reino del Bien y de la Luz cuando llegaba, en su regreso, al Equinoccio de Primavera. Perdía la felicidad por medio de Libra, y la recobraba por medio del Cordero. Esta es una consecuencia necesaria de lo previamente expuesto, que queda confirmada por los autores y los símbolos que han perdurado.

Salustio el Filósofo, refiriéndose a las Fiestas de la Alegría que conmemoraban el Equinoccio de Primavera, así como las Fiestas del Pesar en memoria del rapto de Proserpina, dice que las primeras celebraban el retorno de las almas a los Dioses; y que ese momento en que el principio de la Luz recuperaba su hegemonía sobre el principio de la Oscuridad, o el día triunfaba sobre la noche, era el más favorable para las almas que tendían a retornar a su Origen. E igualmente afirma que, cuando la Oscuridad y la noche resultan victoriosas, era el momento más indicado para el descenso de las almas a las regiones infernales. Por esa razón, los antiguos astrólogos, como narra Fírmico, fijaron la ubicación de la laguna Estigia en el octavo grado de Libra, considerando además que representaba alegóricamente a la Tierra.

El Emperador Juliano ofrece la misma

explicación, pero desarrollada con mayor detalle. Da como razón por la que los Misterios de Ceres y Proserpina eran celebrados que, en el Equinoccio de Otoño, los hombres temían que el impío y oscuro poder del Principio del Mal, que entonces comenzaba a imponerse, causase mal a sus almas si no lo festejaban así. Se tomaban las precauciones y medidas de seguridad que se creían necesarias para el momento en que el Dios de la Luz pasase por la región opuesta del mundo, mientras que en el Equinoccio de Primavera había menos que temer, porque entonces ese Dios, presente en una porción del mundo, *reclamaba las almas hacía sí* y *se mostraba a Sí Mismo como su Salvador*. Juliano ha-bía desarrollado poco antes la idea teológica de que el Sol ejerce una fuerza magnética sobre las almas, atrayéndolas hacía él y elevándolas a su esfera luminosa. Le atribuye este efecto a raíz de las Fiestas de Atis, muerto y restaurado a la vida, o de las Fiestas de la Alegría, precedidas por tres días de duelo causado por dicha muerte, y se pregunta por qué esos Misterios se celebraban en el Equinoccio de Primavera. La razón, a su parecer, es evidente: conforme el Sol se aproxima al punto equinoccial de la Primavera, se aproxima hacia nosotros y aumenta la duración de los días, momento que parece el más apropiado para esas ceremonias.

Pues, si además de la gran afinidad que hay entre la sustancia de la Luz y la naturaleza divina, el Sol posee esa fuerza oculta de atracción por la que atrae la materia hacia él gracias a su calor, haciendo que las plantas germinen y crezcan, ¿por qué no po-dría, por medio de la misma acción pura y divina, atraer hacia sí mismo a las almas afortunadas? De este modo, dado que la Luz es análoga a la naturaleza divina, y favorable a las almas que luchan por retornar a su Principio Primero, y puesto que la luz aumenta en el Equinoccio Vernal, la duración de los días es superior a la de las noches, y el Sol posee esa fuerza atractiva aparte de la energía visible de sus rayos, se deduce que las almas son atraídas por la Luz Solar. Juliano no profundiza más en la explicación, pues —dice Él— corresponde a una doctrina misteriosa, más allá del alcance del vulgo y conocida únicamente por aquellos versados en el modo de acción de la Deidad, como el autor caldeo al que cita y que trató sobre los Misterios de la Luz, o el Dios de Siete Rayos. Según los antiguos, las almas habían emanado del Principio de Luz, y siendo partícipes de su destino en este mundo terreno, no pueden ser indiferentes ni permanecer impasibles ante las revoluciones de la Gran Luminaria, alternativamente vencedora y vencida en el

devenir del año. Esto aparece confirmado por el examen de algunos de los símbolos empleados en los Misterios. Uno de los más famosos era la Serpiente, que también es el símbolo distintivo de este grado. La cosmogonía de hebreos y gnósticos atribuía a este reptil el ser responsable del destino de las almas, y era consagrado en los Misterios de Baco y de Eleusis. Plutón venció a la virtud de Proserpina bajo la forma de una serpiente; y, al igual que al dios egipcio Serapis, siempre se le representaba sentado sobre una serpiente, o con este reptil enrollado sobre él. Aparece en los monumentos mitraicos, y entre los egipcios configurado con los atributos de Tifón. El sagrado basilisco, en forma de espiral pero con la cabeza y cuellos erectos, era la real enseña de los faraones. Dos de ellos aparecían enrollados y pendían del globo alado en los monumentos egipcios. En una tablilla encontrada en una tumba de Tebas, un dios con una lanza atraviesa la cabeza de una serpiente. En otra tablilla aparecida en un Templo de Osiris en Filae, figura un árbol con un hombre a su lado, y una mujer al otro, y frente a la mujer se erige un basilisco con cuernos y un disco entre los mismos. La cabeza de Medusa estaba envuelta en serpientes aladas que, una vez decapitadas, mostraban el hierograma o clave sagrada de los

Ofitas o adoradores de serpientes. Y este reptil, junto con el globo o círculo, aparece en los monumentos de todas las naciones antiguas. Sobre Libra, el signo a través del cual se creía que las almas descen-dían o caían, aparece, en el Globo Celestial, la serpiente, agarrada por Serpentario, su Portador. La cabeza del reptil se encuentra bajo Corona Borealis, la Corona del Norte, denominada por Ovidio *Libera* o *Proserpina*; y las dos constelaciones salen, junto con Libra, tras la Virgen (o Isis), cuyos pies descansan sobre el horizonte oriental en el momento de la salida del Sol en el día del Equinoccio. Conforme la Serpiente se extiende sobre Libra y Escorpio, marcando ambos signos en sucesión el Equinoccio de Otoño, es el momento en que las almas descienden a través de la puerta. A esto aludía la Serpiente, la cual, en los Misterios de Baco Sabazios, era arrojada al regazo del iniciado.

Y aquí tiene su origen la enigmática expresión «la Serpiente engendra el Toro, y el Toro la Serpiente», que alude a las dos constelaciones opuestas que se corresponden con los dos equinoccios, de los cuales uno se eleva conforme el otro se pone, y que se encontraba en los dos puntos del cielo a través de los cuales pasaban las almas tanto en su ascenso como en su descenso.

Por la Serpiente de Otoño las almas caían, siendo de nuevo regeneradas por el Toro sobre el cual se sentaba Mitra, y cuyos atributos fueron asumidos por Baco Zagreo y Osiris en sus Misterios, en los que se representaba la caída y regeneración de las almas por medio del Toro asesinado y restaurado a la vida.

Posteriormente, el Sol regenerador asumió los atributos de Aries o el Cordero y, en los Misterios de Amón, las almas eran regeneradas a través del paso por dicho símbolo, una vez que se habían precipitado a través de la Serpiente. El Portador de la Serpiente, u Ofiuco, era Esculapio, el Dios Sanador. En los Misterios de Eleusis, esta constelación era ubicada en el octavo Cielo, del mismo modo que las fiestas de Esculapio eran celebradas en el octavo días de dichos Misterios. También era denominado Epidauro, o Fiesta de la Serpiente de Epidauro. La Serpiente era sagrada para Esculapio, y estaba conectada de diversas maneras con las aventuras mitológicas de Ceres. Este es el origen de las libaciones por las Almas, derramando vino sobre el suelo y contemplando las dos puertas del Cielo, las del Día y la Noche, como referencia al ascenso y descenso de las Almas.

Tanto Ceres y la Serpiente, como Júpiter Amón y el Toro, aparecen en los Misterios de Baco.

Supongamos a Aries, o Júpiter Amón, ocupado por el Sol que se pone en el Oeste; Virgo (Ceres) se hallará en el horizonte oriental, y en su séquito la Corona o Proserpina. Imaginemos ahora a Tauro poniéndose; entonces la Serpiente se encontrará en el Este, y a la inversa. De forma que Júpiter Amón, o el Sol en Aries, originará que la Corona se eleve tras Virgo, en cuyo séquito viene la Serpiente. Del mismo modo, ubiquemos al Sol en el otro equinoccio, con Libra en el oeste, en conjunción con la Serpiente bajo la Corona, y contemplaremos al Toro y las Pléyades elevarse por el Este. Así quedan explicadas todas las leyendas referentes a la generación del Toro por la Serpiente y de la Serpiente por el Toro, el mordisco de Escorpio en los testículos del Toro que figura en los monumentos mitraicos, y a Júpiter dejando encinta a Ceres al arrojar en su regazo los testículos de un Carnero. En los Misterios de Baco Tauricorno, los oficiantes sostenían serpientes en sus manos, las cuales elevaban sobre sus cabezas mientras gritaban «¡Eva!», el nombre genérico oriental para la Serpiente, y nombre particular de la constelación en que los persas situaron a Eva y la serpiente. Los árabes la llamaban *Hevan*, el mismo Ofiuco la denominaba *Hawa*, y la brillante estrella de su cabeza, *Ras-al-Hawa*. El empleo de esta palabra,

Eva o *Evoé*, provocó que Clemente de Alejandría afirmase que los sacerdotes de los Misterios invocaban a *Eva*, por la cual el mal fue traído al mundo. El aventador místico rodeado de serpientes era empleado en los festejos de Baco. En los Misterios Isíacos aparecía un basilisco enroscado en el asa de la vasija mística. Los ofitas alimentaban una serpiente en una misteriosa arca, de donde la sacaban en el momento de celebrar los Misterios, permitiéndole deslizarse entre el pan sagrado. Los romanos mantenían serpientes en los Templos de Bona Dea y Esculapio. En los Misterios de Apolo se representaba la persecución de Letona por parte de la serpiente Pitón. En los Misterios egipcios, el dragón Tifón perseguía a Isis. Según Sanchoniaton, Taaut, el intérprete del cielo ante los hombres, atribuía divinidad a la naturaleza del dragón y las serpientes, creencia en la que fue seguido por fenicios y egipcios. Poseían más vitalidad, mayor fuerza espiritual que cualquier otra criatura, y una feroz naturaleza, demostrada por la rapidez de sus movimientos sin las extremidades de otros animales. Asumen muchas formas y actitudes, y saetean con extraordinaria velocidad y fuerza. Una vez que han alcanzado la vejez, se despojan de su edad y rejuvenecen de nuevo, creciendo en tamaño y fuerza durante un

cierto número de años.

Los sacerdotes egipcios alimentaban serpientes sagradas en el Templo de Tebas. El mismo Taaut comentó estos misterios en clave de serpiente. En otro texto, Sanchoniaton afirmaba que la serpiente era inmortal y reentraba en sí misma; lo que, conforme a algunos teósofos antiguos, particularmente los indios, era un atributo de la Deidad. Del mismo modo que indicaba que la serpiente nunca moría, salvo que fuese de muerte violenta. Los fenicios denominaban a la serpiente *Agathodemon* (El Buen Espíritu), y para los egipcios Kneph era el Dios-Serpiente.

Los egipcios, escribe Sanchoniaton, representaban a la serpiente con la cabeza de un halcón, debido al veloz vuelo de esa ave. Y el Hierofante principal, el intérprete sagrado, ofrecia explicaciones sumamente misteriosas de dicho símbolo, afirmando que la serpiente era una criatura de gran divinidad que, al abrir sus ojos, iluminaba con sus rayos todo el espacio creado, mientras que al cerrarlos traía de nuevo la oscuridad. En realidad, la serpiente con cabeza de halcón, genio de luz, o buen genio, era el símbolo del Sol.

En caracteres jeroglíficos, la serpiente era la letra T o DJ. Aparece numerosas veces en la Piedra de Rosetta. La serpiente astada era el

hieroglifo para la palabra «Dios». Según Eusebio, los egipcios representaban el Mundo por medio de un círculo azul rodeado de llamas, dentro del cual aparecía una serpiente con cabeza de halcón. Proclo dice que representaban las cuatro esquinas del mundo por medio de una cruz, y el alma del mundo, o Kneph, por una serpiente enrollada en ella. Leemos en Anaxágoras que Orfeo afirmó que el agua, así como el recipiente que la producía, eran los principios primitivos de las cosas, y de forma conjunta otorgaban existencia a un ser animado que era la serpiente con dos cabezas, una de león y la otra de toro, entre las cuales se hallaba la figura de un Dios cuyo nombre era Hércules o Cronos; y que de Hércules procedía el huevo del mundo, el cual produjo Cielo y Tierra al dividirse en dos hemisferios. Y que el Dios Fanes, que surgió de dicho huevo, tenía forma de serpiente. La diosa egipcia *Ken*, a la que se representa desnuda sobre un león, sostenía dos serpientes en su mano. Es la misma que la *Astarté* o *Astaroth* de los asirios. Hera, adorada en el Gran Templo de Babilonia, sostenía con su mano derecha una serpiente cogida por la cabeza; y próximas a Khea, también adorada en la misma metrópoli, se representaban dos largas serpientes de plata. En una escultura de Nínive, dos serpientes enrolladas en postes aparecen junto a

un altar del fuego donde figuran dos eunucos. Sobre el altar se halla el fuego sagrado, y una figura barbada lleva una cabra salvaje al sacrificio.

La serpiente del Templo de Epidauro era sagrada para Esculapio, Dios de la Medicina, y 462 años *ab urbe condita*, fue llevada a Roma ante un brote de peste. Los fenicios representaban al dios *Nomu* (*Kneph* o *Amón-Kneph*) como una serpiente. En Egipto, un Sol sostenido por dos áspides era emblema de *Horhat*, el genio benéfico; y la serpiente con el globo alado era ubicada sobre las puertas y ventanas de los templos como dioses tutelares.

Antípatro de Sidón llama a Amón «la Serpiente Renovada», y el Cerastes aparece con frecuencia en las momias de la Tebaida.

En las antiguas monedas tirias e indias se representaba una serpiente enrollada en el tronco de un árbol. Pitón, la diosa serpiente, era reverenciada como oráculo; y el trípode de Delfos consistía en una serpiente de oro con tres cabezas.

Los portales de todos los templos egipcios eran ornados con el hierograma del Círculo y la Serpiente. También aparece sobre el templo de Naki-Rustán en Persia; en el arco de triunfo de

Pekín, en China; sobre las puertas del Gran Templo de Chaundi Teeva, en Java; sobre los muros de Atenas y en el templo de Minerva en Tegea. El hierograma mexicano era formado por la intersección de dos grandes serpientes, que describían el círculo con sus cuerpos, teniendo ambas una cabeza humana en su boca. Todas las cruces budistas de Irlanda mostraban serpientes grabadas sobre ellas, del mismo modo que aparecen coronas de serpientes en las columnas del antiguo templo hindú de Burwah-Sangor. Entre los egipcios era símbolo de Sabiduría Divina, que derramaba por doquier, y con la cola dentro de su propia boca, era símbolo de eternidad.

En el ritual zoroastrista, la Serpiente era símbolo del Universo. En China, el anillo entre dos serpientes era símbolo del mundo gobernado por el poder y sabiduría del Creador. Las Bacantes llevaban serpientes en sus manos o alrededor de sus cabezas.

La serpiente enrollada alrededor de un huevo era un símbolo cotidiano para indios, egipcios y druidas, que hacía referencia a la creación del Universo. La Serpiente con un huevo en su boca era símbolo del Universo que contiene dentro de sí mismo el germen de todas las cosas que el Sol desarrolla. La característica de la serpiente de

mudar de piel, renovando así aparentemente su juventud, la hizo emblema de eternidad e inmortalidad. Las mujeres sirias todavía las emplean como amuleto contra la esterilidad, como también lo hacían las devotas de Mitra y Sabazios. Los civilizadores del mundo primigenio nacidos de la tierra, Fohi, Cécrope y Erecteo, eran mitad hombres, mitad serpientes. La serpiente era la custodia de la Acrópolis de Atenas. Nakhustán, serpiente en espiral del páramo, quedó incorporada a la cultura hebrea como símbolo del poder sanador. «Sed sabios como las serpientes e inofensivos como las Palomas», dijo Cristo.

La serpiente era también con frecuencia símbolo de malevolencia y enemistad. Aparece entre los emblemas de Siva-Rudra, el poder de desolación y muerte. Es la pesadilla de Idom, Arquemoro y Filoctetes: roe las raíces del árbol de la vida en los Eddas, y muerde el talón de la infortunada Eurídice. Para los autores hebreos es generalmente una clase de mal, del mismo modo que lo es en las mitologías persa e india. Cuando el Mar es generado por el Monte Mandar rotando en el interior de la Serpiente Cósmica Vasuki para producir el Amrita o agua de la inmortalidad, la serpiente vomita un veneno maléfico que se derrama por todo el universo, infectándolo, pero

Visnú vuelve inofensivo el veneno al tragarlo.

Ahrimán, bajo la forma de una serpiente, invade el reino de Ormuz; y el Toro, emblema de vida, resulta herido por ella y muere. Por ello resultaba una obligación religiosa de todo devoto seguidor del zoroastrismo el exterminar reptiles, así como cualquier otro animal impuro, especialmente serpientes. Los significados astronómico y moral de la serpiente iban así de la mano. Se convirtió en una máxima del Zend-Avesta que Ahrimán, Principio del Mal, engendró la Gran Serpiente de Invierno, la cual asaltó la creación de Ormuz.

La serpiente en forma de anillo era un símbolo del tiempo bien conocido. Y para expresar dramáticamente cómo el tiempo se consume a sí mismo, los sacerdotes egipcios, en una cámara subterránea que representaba la morada invernal del Sol, alimentaban víboras con grasa de toro, que representaba la época de abundancia. El dragón de Invierno persigue a Amón, el carnero dorado, hasta el Monte Casio. La Virgen del Zodíaco resulta mordida en el talón por la Serpiente, la cual, con Escorpio, se eleva inmediatamente tras ella. Y dado que la miel, símbolo de pureza y salvación, se creía antídoto del mordisco de la serpiente, las abejas de Aristeo –emblema de la abundancia de la naturaleza- son destruidas por obra de la

serpiente, y regeneradas dentro de las entrañas del Toro Vernal.

El Dios-Sol resulta finalmente victorioso. Krisna aplasta la cabeza de la serpiente Calyia. Apolo destruye a Pitón, y Hércules aniquila la bestia Lernaea, cuyo veneno había infectado el pie de Filoctetes, Mopso, Quirón o Sagitario. El niño Hércules destruye las perniciosas serpientes detestadas por los dioses, y secularmente, tanto San Jorge como San Miguel Arcángel han batallado contra hidras y dragones.

Los orientales creían que los eclipses del Sol y Luna eran causados por los ataques de un demonio bajo la forma de un dragón, de manera que intentaron ahuyentar al intruso por medio de gritos y amenazas. Este era el Leviatán original, o la Serpiente Enrollada de los antiguos, petrificada en tiempos pretéritos por el poder de Jehová y suspendida como trofeo relumbrante en el cielo; aunque se consideró que el Poder de la Oscuridad perseguiría por siempre al Sol y la Luna. Cuando finalmente venciese, se enrollaría alrededor de ellos para impedir que brillasen. En el último Avatara indio, como en los Edas, se espera que una serpiente que vomita llamas destruya el mundo. La Serpiente preside sobre el cierre del año, donde vigila la aproximación del vellocino de oro de Aries, así como de las tres manzanas o

estaciones de las Hespérides, presentando un obstáculo formidable en el devenir del Dios-Sol.

El Gran Destructor de serpientes se casa ocasionalmente con ellas: Hércules, apareado con el dragón del norte, engendra los tres ancestros de Escitia; pues el Sol en un momento dado parece salir victorioso de su lucha con la oscuridad, mientras que en otro parece sumergirse en sus brazos. La constelación septentrional Draco, cuyas ondulaciones se pliegan como un rio a través del oso invernal, fue convertida en el cinto del Universo, del mismo modo que la serpiente circunscribe el huevo del mundo en los jeroglíficos egipcios. El persa Ahrimán era denominado «la vieja serpiente, el mentiroso desde el principio, el Príncipe de la Oscuridad, y el trotamundos errante». El dragón era un símbolo extendido de las aguas y los grandes ríos; y era natural que entre las tribus trashumantes asiáticas, poderosas naciones de las llanuras aluviales y vecinos de los persas, fuesen simbolizadas bajo la forma de dragones; y vencidas por el poder superior del Dios hebreo, como monstruosos leviatanes mutilados y destruidos por Él. Ofioneo, en la antigua teología griega, batalló contra Cronos, siendo derrotado y arrojado a su propio elemento, el agua. Allí fue instalado como el Dios del Mar Oannes o Dragón, Leviatán de la mitad

acuática de la creación, el dragón que vomitó una inundación de agua tras la mujer perseguida en el Apocalipsis, el monstruo que amenazó con devorar a Hesión y Andrómeda, y que por un tiempo fue tumba de Hércules y Jonás. Y se corresponde con el nombre de Rahab, de quien se dice en Job que fue petrificada por Jehová y derrotada. Y en primavera, el año o Dios-Sol aparece como Mitra o Europa cabalgando el Toro; pero en la mitad opuesta del Zodíaco monta el símbolo de las aguas, el caballo alado de Néstor o Poseidón. Y la Serpiente, elevándose de forma heliacal en el Equinoccio de Otoño, y acosando con su venenosa influencia a la fría constelación de Sagitario, queda explicada como el reptil en el sendero que «muerde los talones del caballo para que su jinete caiga hacia atrás». La misma serpiente, el Oannes Afrenos o Musaro o Sincelo, era la Serpiente de Midgard que Odín hundió bajo el mar, pero que creció hasta tal punto que pudo envolver a toda la Tierra. Pues estos símbolos asiáticos de la lucha entre el Dios-Sol y el Dragón de la oscuridad e invierno no solo fueron incorporados al Zodíaco, sino también a las leyendas europeas más cotidianas. Y tanto Thor como Odín lucharon con dragones, como Apolo lo hizo con Pitón, la gran serpiente escamosa, o Aquiles contra Escamandro, o Belerofonte con la

Quimera. En el libro apócrifo de Esther, los dragones anunciaban «un día de oscuridad y tinieblas», del mismo modo que San Jorge, temerario príncipe capadocio, no era en su origen más que una variación de Mitra. Se dice que Jehová «cortó a Rahab e hirió al dragón». Este último no es únicamente símbolo de la desolación terrena, ni el dragón de las aguas profundas, sino también el jefe de la banda de conspiradores del cielo, de las estrellas rebeldes que, según Enoc, «no llegaron en el momento adecuado»; y su cola derribó a un tercio de las Huestes Celestiales, y los arrojó a la Tierra. Jehová «dividió el mar con su fuerza, y rompió las cabezas de los Dragones de las aguas». Y conforme a la creencia hebrea y persa, el Dragón disfrutaría de un corto período de impunidad en los últimos días, durante el tiempo de invierno, que sería época del mayor sufrimiento para el pueblo de la tierra. Pero sería finalmente sometido o destruido en la gran batalla del Mesías; o, de forma semejante a la Comunión, y al igual que Ahrimán y Vasuki, finalmente absorbido y fusionado con el Principio del Bien.

Próxima a la imagen de Rea, en el Templo de Bel en Babilonia, se hallaban dos largas serpientes de plata, según Diodoro, que pesaban treinta talentos cada una. Y en el mismo templo aparece una imagen de Juno, sosteniendo en su

mano derecha la cabeza de una serpiente. Los griegos llamaban a Bel Beliar; y Hesiquio interpreta que esta palabra significa «dragón» o «gran serpiente». Sabemos por el libro de Bel y el Dragón que en Babilonia se mantenía viva a una gran serpiente, a la cual el pueblo rendía culto.

Los asirios, los emperadores de Constantinopla, los partos, escitas, sajones, chinos y daneses, todos llevaban la serpiente en su estandarte, y entre los botines tomados por Aureliano a Zenobia se hallaban tales estandartes, *Persici Dragones*. Los persas representaban a Ormuz y Ahrimán por medio de dos serpientes que luchaban por el Huevo del Mundo. Mitra es representado con cabeza de león y cuerpo humano, rodeado por una serpiente. En el Siddur puede leerse este precepto: «Cuando matas serpientes, repetirás el Zend-Avesta, y por ello obtendrás gran mérito, pues es igual que si hubieses matado infinidad de diablos».

Las serpientes rodeando anillos y globos terráqueos, así como saliendo de estos globos, son habituales en monumentos persas, egipcios, chinos e indios. Visnú es representado reposando sobre una serpiente enrollada, cuyos pliegues formaban un dosel sobre él. Mahadeva es representado con una serpiente alrededor de su

cuello, otra en torno a su pelo, y brazaletes de serpientes en ambos brazos. Bhairava se sienta sobre las dobleces de una serpiente, cuya cabeza se yergue por encima de la suya. Parvati tiene serpientes en torno a su cuello y cintura. Visnú es el Espíritu Guardián, Mahadeva es Siva, el Principio del Mal, Bhairava es su hijo, y Parvati su consorte. El Rey de los Demonios del Mal era denominado en la mitología hindú *Naga*, el Rey de las Serpientes, palabra en la que reconocemos el término hebreo *Nachash*, serpiente.

En Cachemira había setecientos lugares donde se rendía culto a imágenes talladas de serpientes; y en el Tíbet el gran Dragón Chino ornaba los Templos del Gran Lama. En China, el dragón era sello y símbolo de la realeza, esculpido en todos los templos, blasonado en el mobiliario de las casas, y entretejido en las vestimentas de los grandes de la nación. El Emperador lo portaba como su escudo de armas; aparece grabado en su cetro y su diadema, así como sobre todas las vasijas del palacio imperial. Los chinos creían que había un dragón de fuerza extraordinaria y poder soberano en el Cielo, en el aire, en las aguas y en las montañas. Se dice que el dios Fohi tenía forma de hombre, pero terminando en una cola de serpiente, combinación que será explicada con mayor detalle en un grado

posterior. El dragón y la serpiente son el quinto y sexto signos del Zodíaco chino; y los hin-dúes y chinos creían que, en cada eclipse, el Sol o la Luna eran tomados por una gran serpiente o dragón, la serpiente Asutí de los hindúes, que envuelve el globo y la constelación Draco, a la que también se refiere «la batalla del Cielo, cuando Miguel y sus Ángeles lucharon contra el dragón».

Sanchoniaton dice que Taaut era el autor del culto a las serpientes entre los fenicios. «Él consagró», dice, «las especies de dragones y serpientes; y los fenicios y egipcios le siguieron en esta superstición». Él era «el primero que hizo una imagen de Cielo», es decir, que representó el Ejército Celestial de estrellas por medio de símbolos visibles, siendo Cielo probablemente el dios egipcio Thoth. En las monedas tirias de la época de Alejandro, las serpientes aparecen en numerosas posiciones y actitudes, enrolladas en árboles, erectas ante altares, y aplastadas por el Hércules sirio.

La séptima letra del alfabeto egipcio, llamada Zeuta o Vida, era sagrada para Thoth, y era representada por una serpiente que se sostiene sobre su cola; y esa deidad, el dios de las curaciones, como Esculapio, al que la serpiente era consagrada, se apoyaba en un bastón con

nudos en torno al cual se enrollaba una serpiente. La tableta isíaca que describe los Misterios de Isis está llena de serpientes por todas partes como emblema de la diosa. El áspid estaba especialmente dedicado a ella, y aparece en las cabezas de sus estatuas, en los bonetes de sus sacerdotes y en las tiaras de los reyes de Egipto. Sérapis era representado en ocasiones con cabeza humana y cola de serpiente. Y en un grabado dos dioses menores aparecen con él, uno como una serpiente con cabeza de toro, y el otro como una serpiente con cabeza de león.

En una antigua vasija sacrificial encontrada en Dinamarca, que contaba con distintos compartimentos, se representa a una serpiente atacando a un niño arrodillado, persiguiéndole, retirándose ante él, suplicando implorante ante él, y conversando con él. Se nos recuerda de nuevo al Sol en el Año Nuevo, que es representado como un niño sobre un loto, y la relación del Sol de Primavera con la Serpiente Otoñal, perseguida, perseguidora, y en conjunción con él. Otras figuras de esta vasija pertenecen al Zodíaco.

La base del trípode de la Sacerdotisa Pitia es una serpiente de latón con tres cabezas, cuyo cuerpo, plegado en círculos cada vez más amplios conforme se aproxima al suelo, forma una

columna cónica, mientras las tres cabezas, dispuestas triangularmente, sostienen el trípode de oro. Una columna semejante fue situada sobre un pilar en el Hipódromo de Constantinopla por el fundador de la ciudad, una de cuyas cabezas se dice que fue arrancada por Mohammed II, golpeándola con su maza de hierro.

El dios britano Hu era llamado «el Dios Dragón del Mundo», siendo su carro tirado por serpientes. Sus ministros eran denominados «víboras». En el poema de Taliesin puede leerse «Soy un druida, un arquitecto, un profeta, una serpiente (*gnadi*)». El carro de la diosa Ceridwen también estaba tirado por serpientes.

En la elegía de Uther Pendragon, el siguiente pasaje aparece en una descripción de los ritos religiosos de los druidas: «Mientras el Santuario invoca con devoción al Rey Planeador, el Justo se retira para que llegue el mal que cubre las altas piedras, al tiempo que el Dragón se desplaza sobre los lugares donde hay dispuestas vasijas con ofrenda de bebida; bebida contenida en los Cuernos Dorados». Y rápidamente descubrimos la mística y oscura alusión a la Serpiente Otoñal que persigue al Sol a lo largo del círculo del Zodíaco, hacia la copa celestial o cráter, y los cuernos dorados del Toro albino de Virgilio. Y, una línea o dos más tarde, encontramos al sacerdote

implorando al victorioso *Beli*, el Dios-Sol de los babilonios.

En los monumentos antiguos, la serpiente aparece asociada a la cruz con mucha frecuencia. La Serpiente sobre la Cruz era un estandarte egipcio. Aparece repetidas veces sobre la Gran Escalera del Templo de Osiris en Filae. Y en la pirámide de Giza se hallan representadas dos figuras arrodilladas que levantan una cruz, sobre cuyo extremo superior figura una serpiente erecta. La Cruz Ansata era una cruz con una serpiente enrollada sobre ella, siendo quizá el más común de todos los símbolos egipcios, y apareciendo en la mano de casi toda figura divina o sacerdotal. Era, como sabemos por los documentos, la forma de las piquetas empleadas para anclar rápidamente al suelo los cordajes que confinaban a los animales; y al ser empleados por los pastores, se convirtieron en emblema de la realeza de los Reyes Pastores. La cruz teutónica o maltesa, formada por cuatro líneas curvas dentro de un círculo, es también común en los monumentos. Representaba los trópicos y los coluros.

El Caduceo, portado por Hermes o Mercurio, y también por Cibeles, Minerva, Anubis y Hércules Ogmio –dios de los celtas- era un bastón alado con dos serpientes enrolladas. Originalmente era

una sencilla cruz que simbolizaba el Ecuador y el Coluro Equinoccial, procediendo los cuatro elementos de un centro común. Esta cruz, rematada por un círculo, y el círculo por el creciente, se convirtió en emblema de la Deidad Suprema (o del poder activo de generación unido al poder pasivo de producción) y resultaba apropiado para Thoth o Mercurio. Entonces adoptó una forma mejorada, al transformarse los brazos de la cruz en alas, y siendo el círculo y el creciente formado por dos serpientes que surgían del bastón y que se entrecruzaban, para con sus cabezas formar finalmente el creciente; en cuya forma se quieren ver las manos de Anubis.

La triple Tau, en el centro de un círculo y un triángulo, tipifica el Sagrado Nombre y representa la Tríada Sagrada, las Potencias Creadora, Preservadora y Destructora, así como las tres Grandes Luces de la Masonería. Si al antiguo punto masónico inscrito en un círculo, junto con las dos líneas paralelas, le añadimos la cruz Tau sencilla, obtenemos la antigua triple Tau egipcia.

Una columna en forma de cruz, con un círculo sobre ella, era empleada por los egipcios para medir el incremento de las inundaciones del Nilo. La Tau y la triple Tau aparecen en numerosos alfabetos antiguos.

La Cruz Ansata aparece en las esculturas de

Korsabad; en los marfiles de Nimrod, del mismo período, llevados por un monarca asirio; y en los cilindros del último período asirio. Del mismo modo que la Tau sencilla representa al Dios único, la Triple Tau, cuyo origen no puede ser trazado, representaba la trinidad de sus atributos, los tres pilares masónicos, Sabiduría, Fuerza y Armonía. El profeta Ezequiel, en el cuarto versículo del capítulo noveno, dice: «Y el Señor le dijo: "Ve al interior de la ciudad, al mismo interior de Jerusalén, y marca la letra Tau sobre las frentes de aquellos que sollozan y se lamentan por todas las abominaciones cometidas allí"». E igualmente la Vulgata latina, así como las copias más tempranas de la Septuaginta, traducen el pasaje. Esta Tau tenía la forma de la cruz de este Grado, y era emblema de vida y salvación. La cruz samaritana y la tavvi etíope son la precursora de la tau griega; y sabemos por Tertuliano, Orígenes y San Jerónimo, que la tau hebrea se trazaba antiguamente con la forma de una cruz. En los tiempos antiguos se ponía la marca Tau sobre aquellos que habían sido absueltos por sus jueces, como símbolo de inocencia. Los jefes militares la ponían sobre aquellos de sus soldados que habían resultado ilesos en el campo de batalla, como signo de su seguridad bajo el Amparo Divino. Era también un símbolo sagrado entre los druidas.

Despojando a un árbol de parte de sus ramas, lo dejaban en forma de cruz tau, lo cuidaban con esmero y lo consagraban en solemnes ceremonias. Sobre el árbol grababan profundamente la palabra Tau, con la que querían decir Dios. En el brazo derecho de la cruz inscribían la palabra *Hesuls*, en el izquierdo *Belen* o *Belenus*, y en medio del tronco la palabra *Tharamis*. Así representaban la tríada sagrada.

Es cierto que los indios, egipcios y árabes prestaban veneración al signo de la Cruz miles de años antes de la llegada de Cristo. Por todas partes era considerada un símbolo sagrado. Los hindúes y los druidas celtas construyeron muchos de sus templos en forma de cruz, tal y como demuestran claramente las ruinas que perduran, especialmente el antiguo templo druídico de Classerniss, en la Isla de Lewis, en Escocia. El círculo consta de 12 rocas verticales. A cada uno de los lados Este, Oeste, y Sur, se encuentran otras tres. En el centro se halla la imagen de la Deidad, y en el norte se extiende una avenida de dos veces diecinueve rocas, más una a la entrada. La Pagoda Divina de Benarés tiene forma de cruz, como también lo tiene la gruta subterránea de los druidas en New Grange, Irlanda.

La estatua de Osiris en Roma tiene el mismo emblema. Isis y Ceres también la portaban; y las

cavernas de Iniciación fueron construidas en esta forma, ostentando una pirámide sobre el *sacellum*.

Se grabaron cruces en las piedras del Templo de Sérapis en Alejandría, y también se aprecian cruces tau en las esculturas de Alabastión y Esné, en Egipto. En las monedas, el símbolo del dios egipcio Kneph consistía en una cruz dentro de un círculo.

La Cruz Ansata era el emblema particular de Osiris, y su cetro estaba rematado con esta figura. Era también el emblema de Hermes, y era considerado un hieroglifo sublime, poseedor de misteriosos poderes y virtudes, y como un amuleto maravilloso.

La tau sagrada aparece en las manos de las figuras con forma de momia que aparecen entre las patas delanteras de la hilera de esfinges, en la gran avenida que lleva de Luxor a Karnak. Por medio de la tau los cabalistas expresaban el número 10, número perfecto, que representaba el Cielo; y el Tetractys pitagórico representaba el inefable nombre de Dios. La tau aparece también en las piedras delante de la puerta del Templo de Amenhotep III, en Tebas, quien reinó aproximadamente en el tiempo en que los israelitas tomaron posesión de Canaán. Y los sacerdotes egipcios la portaban en todas sus

procesiones sagradas.

Tertuliano, que fue iniciado, nos narra que la tau era inscrita en la frente de todo aquel que había sido admitido en los Misterios de Mitra. Si la tau simple representaba la Vida, inscrita en el Círculo (símbolo de eternidad), representaba la Vida Eterna.

Cuando se trataba de la Iniciación de un Rey, la tau, en tanto que emblema de vida y clave de los Misterios, era trazada sobre sus labios.

En los Misterios indios, la cruz tau, bajo el nombre de Tiluk, era marcada sobre el cuerpo del candidato como signo de que había sido destinado a los Sagrados Misterios. En el cenotafio del rey descubierto en Nemrod aparecen los nombres de los trece grandes dioses (entre los que figuran Yav y Bel); y el último carácter a la izquierda de cada nombre consiste en una cruz compuesta de dos caracteres cuneiformes. La cruz aparece sobre una antigua medalla fenicia encontrada en las ruinas de Citium, y en el antiquísimo obelisco budista ubicado cerca de Ferns, en Rosshire; y en las torres budistas de Irlanda, así como sobre el espléndido obelisco del mismo período hallado en Forres, Escocia.

Sobre la fachada del templo de Kalabche, en Nubia, aparecen tres figuras regias, cada una de

las cuales porta una cruz ansata.

Al igual que el templo mitraico subterráneo de New Grange en Escocia, las pagodas de Benarés y Mathura tenían forma de cruz. Hallamos magníficas cruces budistas, todavía en pie, en Clonmacnoise, Finglas y Kilcullen, en Irlanda. Donde quiera que aparezcan monumentos budistas, ya sea en India, Ceilán, o Irlanda, aparece la cruz; pues se representaba a Buda como si hubiese sido crucificado.

Todos los planetas conocidos por los antiguos fueron distinguidos con la Cruz Mística, en conjunción con los símbolos solar y lunar: Saturno por una cruz sobre un creciente; Júpiter por una cruz bajo el creciente; Marte por una cruz descansando de forma oblicua sobre un círculo; Venus por una cruz bajo un círculo, y Mercurio por medio de una cruz rematada por un círculo, y el círculo por un creciente.

Los solsticios, Cáncer y Capricornio, las dos Puertas del Cielo, son las dos Columnas de Hércules, más allá de las cuales el Sol nunca se aventuraba. Y todavía aparecen en nuestras Logias como las dos grandes columnas, Jakin y Boaz, así como bajo la forma de las dos líneas paralelas que limitan el círculo con un punto en el centro, emblema del Sol entre los trópicos de Cáncer y Capricornio.

La Estrella Flamígera de nuestra Logias, hemos dicho, representa a Sirio, Anubis o Mercurio, guardián y guía de las almas. Nuestro antiguos Hermanos ingleses la consideraban también emblema del Sol. En las antiguas lecturas decían: «la Estrella Flamígera o Gloria del Centro nos refiere a esa Gran Luminaria que es el Sol, que ilumina la Tierra, y que por su influencia genial dispensa bendiciones a la Humanidad». También se decía en las lecturas que era un emblema de Prudencia. La palabra *Prudentia* significa, en su acepción original y más plena de significado, *Previsión*. Y consecuentemente, la Estrella Flamígera ha sido contemplada como símbolo de Omnisciencia, del Ojo que Todo lo Ve, que para los antiguos era el Sol.

Incluso la daga del Elegido de los Nueve es la que ya fuese empleada en los Misterios Mitraicos; la cual, con su hoja negra y empuñadura blanca, era símbolo de los dos principios, la Luz y la Oscuridad.

Isis, al igual que Ceres, era, como sabemos por Eratóstenes, la constelación de Virgo, representada por una mujer que porta una espiga de trigo. Los diferentes emblemas que le acompañan en la descripción ofrecida por Apuleyo, una serpiente a cada lado, una vasija dorada con una serpiente enrollada en el asa, y

los animales que marchan en procesión (el Oso, el Mono y Pegaso), representaban las constelaciones que, elevándose con Virgo mientras esta permanecía en la puerta oriental del cielo en el momento del Equinoccio de Primavera, parecían marchar en su séquito.

La copa, consagrada en los Misterios tanto de Isis como de Eleusis, era la constelación del Cráter o la Copa. La vasija sagrada de la ceremonia isíaca halla su contrapartida en los Cielos. La toga olímpica presentada al Iniciado, un manto magnífico, cubierto de figuras de serpientes y animales, y bajo el cual había otras doce vestimentas sagradas con las cuales era engalanado en el santuario, aludían al cielo estrellado y a los doce signos; mientras que las siete inmersiones preparatorias en el mar aludían a las siete esferas a través de las cuales el alma se precipitaba en su descenso hasta alcanzar su morada en el cuerpo.

La Virgen celestial ocupó el horóscopo o punto oriental durante los tres siglos que precedieron a la era cristiana, puerta del Cielo a través de la cual el Sol y la Luna ascendían sobre el horizonte en ambos equinoccios. Lo ocupaba de nuevo a medianoche en el Solsticio de Invierno, momento en que el año comenzaba. Esto estaba especialmente relacionado con la marcha del

tiempo y los períodos del Sol, la Luna, el día, la noche, y las estaciones del año. En los equinoccios se celebraban los Misterios Mayores y los Misterios Menores de Ceres. Cuando las almas descendían una vez pasada Libra, en el momento en que el Sol ocupaba ese punto, la Virgen se elevaba antes que él, permaneciendo en las puertas del día, que a-bría para el Sol. Su brillante estrella, Spica Virginis, así como Arturo al noroeste, anunciaba su llegada. Cuando el Sol había regresado al Equinoccio de Primavera, momento en que las almas eran regeneradas, la Virgen Celestial lideraba la procesión nocturna de los signos, y entre sus estrellas aparecía la hermosa Luna Llena de ese mes. Ella marcaba la sucesión del día y la noche cuando ambos comenzaban a acortarse. Y las almas, antes de llegar a las puertas del infierno, eran también guidadas por ella. Al atravesar estos signos, atravesaban la Laguna Estigia en el octavo grado de Libra. Ella era la famosa Sibila que inició a Eneas, abriéndole el camino a las regiones infernales.

Esta peculiar situación de la constelación Virgo ha originado que protagonizase todo tipo de fábulas concernientes a la Naturaleza bajo diferentes nombres y las más variadas formas. A menudo toma el nombre de Isis o la Luna, la cual,

cuando está llena en el Equinoccio de Primavera, aparecía justamente bajo sus pies. Mercurio (o Anubis), que tiene su casa y punto de exaltación en Virgo, era, tanto en las fábulas sagradas como en los santuarios, el inseparable compañero de Isis, sin cuyo consejo no hacía nada. Esta relación entre los símbolos y los misteriosos relatos de las iniciaciones con respecto a los cuerpos celestiales y el orden del mundo aparecía con mayor claridad aún en los Misterios de Mitra, adorado como el Sol el Asia Menor, Capadocia, Armenia y Persia, cuyos misterios fueron adoptados en Roma en tiempos de Sila. Esto está ampliamente demostrado por las descripciones que conservamos de la cueva mitraica, en la que figuraban los dos movimientos de los Cielos, el de las estrellas fijas y el de los planetas, las constelaciones, las ocho puertas místicas de las esferas, y los símbolos de los elementos. De este modo, sobre un celebrado monumento de esta religión, encontrado en Roma, aparecen grabadas la Serpiente o Hidra bajo Leo (tal y como aparece en los cielos), el Perro, Tauro, Escorpio, los siete planetas (representados por siete altares), el Sol, la Luna, símbolos referentes a la Luz y la Oscuridad, y a su sucesión a lo largo del año, donde triunfaban alternativamente cada seis meses.

Los Misterios de Atis eran celebrados cuando el Sol entraba en Aries; y entre sus símbolos aparecía un carnero al pie de un árbol que estaba siendo abatido.

Aunque no es totalmente cierto, sí se aproxima bastante a la verdad afirmar que el panteón pagano, con su infinita diversidad de nombres y personificaciones, no era sino una multitudinaria –aunque en su origen inconsciente- alegoría que representaba los diferentes fenómenos físicos, y principalmente los elementos celestes.

Teniendo en cuenta las gloriosas imágenes de la Divinidad que formó el Ejército Celestial de Jehová, el cual constituyó la Dinastía Divina o teocracia real que gobernó el mundo primigenio, y que los hombres de la edad dorada vivían pendientes del cielo y observaban a sus luminosos gobernantes traerles el Invierno y el Verano, puede afirmarse con cierto sentido poético que vivían en comunión con el Cielo y que, al igual que los patriarcas hebreos, veían a Dios cara a cara. Entonces los dioses introdujeron su propio culto entre la humanidad, y Oannes, Oé o Acuario surgió del Mar Rojo para impartir la ciencia a los babilonios. Y el brillante Tauro legisló para la India y Creta. Y las Luces del Cielo, personificadas como Líber y Ceres, otorgaron sus viñedos a los beocios y las gavillas doradas a

Eleusis. En cierto sentido, los hijos de los hombres estaban unidos o casados a los hijos de los dioses. Y la cúpula celestial, con sus incontables estrellas, que la imaginación del caldeo errante concibió como inteligencias animadas, podía ser comparada de forma natural con una gigantesca escalera sobre la cual, en su salida o puesta, las luminarias angélicas parecían estar ascendiendo y descendiendo entre el Cielo y la Tierra. Esta revelación original se desvaneció de la memoria de los hombres, y comenzaron a adorar a la criatura en lugar de al Creador, y considerando todas las cosas terrenas como relacionadas con los cuerpos celestiales por medio de enlaces eternos de armonía y concordia, fusionaron en una única doctrina astronomía, astrología y religión. Pero tras caminar durante largo tiempo en el sendero de este error, cesaron de contemplar las estrellas y los fenómenos naturales como dioses; y, dirigiendo su mirada al microcosmos o mundo más reducido de su interior, se familiarizaron de nuevo con el Verdadero Gobernante y Guía del Universo, y emplearon las viejas fábulas y supersticiones como símbolos y alegorías para transmitir y guardar las grandes verdades que la memoria del mundo ya no recordaba.

En las Escrituras Hebreas, la perífrasis

«Huestes Celestiales» incluía no solo a los consejeros y emisarios de Jehová, sino también a las luminarias celestes. Y las estrellas, que en Oriente consideraban inteligencias animadas que presidían el destino humano tanto en la fortuna como en la adversidad, fueron identificadas con los ángeles o mensajeros más distintivos, quienes ejecutaban los designios divinos, y cuya predominancia en el cielo se hallaba en misteriosa correspondencia y relación con los poderes y dominios terrenos. En Job, las Estrellas de la Mañana son identificadas con los Hijos de Dios, que se unen en coro para ensalzar al Todopoderoso. Ambas pueden sentir gozo, caminan en la Luz, y son culpables de impureza e imperfección ante los ojos del Hacedor.

Originalmente, el Elohim no solo incluía formas de superstición extranjeras, sino también todos aquellos miembros de las Huestes Celestiales revelados por los poetas a los pastores del desierto, ora como ejército de guerreros, ora como carros de fuego a la carrera, y finalmente como mensajeros alados, ascendiendo y descendiendo la cúpula celeste para comunicar la voluntad de Dios a los hombres.

«El eterno», dice Bereshith Rabba refiriéndose al Génesis, «llamó a su presencia a Abraham y su descendencia de entre las estrellas. Por

naturaleza, el israelita era adorador de las estrellas, y nacido bajo su influencia, como los paganos. Pero en virtud de la Ley dada en el Monte Sinaí se liberó de su degradante servidumbre. Los árabes tenían una leyenda similar. El profeta Amós afirma explícitamente que los israelitas, en el desierto, no adoraban a Jehová, sino a Moloch, o Estrella-Dios, equivalente a Saturno. Los dioses El o Jehová no eran únicamente planetarios o solares. Su simbolismo, al igual que el de cualquier otra deidad, debe entenderse en función de la naturaleza y de la mente del hombre. Pero con todo, se asigna carácter astrológico a Jehová, que es descrito como sentado sobre el pináculo del Universo, guiando a las Huestes Celestiales, y distinguiéndolas sin error por su nombre y número. Estas estrellas son Sus hijos y Sus ojos, que recorren el mundo entero observando las obras de los hombres. Las estrellas y planetas eran en propiedad los ángeles. En la tradición farisaica, así como en la fraseología del Nuevo Testamento, la Hueste Celestial aparece como un Ejército Angélico, dividido en regimientos y brigadas, bajo las órdenes de comandantes imaginarios tales como Massaloth Gistra, Legión Gistra, Kartor Gistra, etc. – siendo cada Gistra capitán de 365.000 miríadas de estrellas. Los

Siete Espíritus que se hallan ante el trono, descritos por diversos autores hebreos, y que se suponían un trasunto de los Ameshas Spentas persas, eran en última instancia las siete inteligencias planetarias, que sirvieron también como modelo a la menorá dorada mostrada a Moisés en la Montaña de Dios. Se creía que las estrellas habían combatido en su curso contra Sisera. Se afirmaba que los Cielos tenían predominancia sobre la Tierra, como si la gobernasen por medio de signos y ordenanzas, y como si contuviesen los elementos de esa sabiduría astrológica, especialmente cultivada por babilonios y egipcios.

Los hebreos suponían que cada nación tenía su propio Ángel de la Guardia, así como su propia estrella. Uno de los jefes de las Potencias Celestiales, inicialmente el Mismo Jehová personificado en el Sol, que permanecía en las alturas del Cielo para supervisar y gobernar todas las cosas, y posteriormente uno de los ángeles o un genio planetario subordinado de la mitología babilónica o persa, era el patrón y protector de su propia nación, «el Príncipe que mira por los hijos de Su pueblo». Las discordias terrenas iban acompañadas de una batalla en los Cielos. Y ningún pueblo era visitado por el Todopoderoso sin la correspondiente expiación exigida por su

ángel tutelar.

Los ángeles caídos eran también estrellas caídas. Y la primera alusión de la mitología hebrea a tal circunstancia entre los poderes espirituales, donde son Rahab y sus aliados derrotados, al igual que los titanes en su batalla contra los dioses, parece identificar a los espíritus rebeldes con parte de los cielos visibles, donde los «grandes entre los grandes» son encadenados y castigados como señal y prueba del poder y justicia de Dios. Se dice que Dios «mueve los mares con Su poder por medio de Su entendimiento. Él golpeó a Rahab. Su respiración limpia el rostro del Cielo. Su mano atravesó la serpiente enrollada (…) Dios no retira Su ira; ante Él se inclinan los aliados de Rahab». Rahab significa siempre un monstruo marino, probablemente algún tipo de dragón monstruoso legendario, que como en casi todas las mitologías es el adversario del Cielo, y en cuyo vientre, significativamente denominado el vientre del Infierno, Hércules, al igual que Jonás, pasó tres días, escapando finalmente con la pérdida de su pelo (o rayos de Sol). Chesil, el gigante rebelde Orión, representado en Job como unido al cielo, era comparado con Nino o Nimrod, el fundador mítico de Nínive (Ciudad del Pez), el cazador poderoso, que abatía leones y panteras ante el

Señor. Los partidarios de Rahab eran probablemente los «grandes entre los grandes», los Chesilim o constelaciones de Isaías, las Huestes Celestiales, las Potencias del Cielo entre las que se contaban aquellos que se hundieron en la locura y la desobediencia. «Contemplo», reza el Pseudo-Enoc, «siete estrellas como las grandes y deslumbrantes montañas, y como Espíritus, rogándome. Y el ángel dijo: "Este lugar, hasta la consumación de Cielo y Tierra, será la prisión de las Estrellas y de los Ejércitos Celestiales". Estas son las estrellas que desobedecieron la orden de Dios antes de que llegase su tiempo; y no llegaron en su período adecuado, por lo que Él estaba ofendido con ellas, y las mantiene encadenadas hasta que llegue el tiempo de expiación de sus crímenes, en el año secreto». Y añade: «Estas Siete Estrellas son aquellas que han desobedecido el mandamiento del Altísimo, y que se hallan aquí encadenadas hasta que el número de días por sus crímenes quede completo».

Los primeros autores cristianos y hebreos contemplaron el culto al Sol y a los elementos con relativa indulgencia. Justino mártir y Clemente de Alejandría admiten que Dios había designado a las estrellas como legítimos objetos de culto pagano con el fin de preservar en el mundo unas nociones tolerables de religión natural. Eran

consideradas como un punto medio entre el mundo pagano y el cristianismo, y a esa tradición se refieren ciertos símbolos y hábitos que hallamos en el cristianismo actual. El Adviento de Cristo fue anunciado por una Estrella que venía de Oriente, y Su Natividad era celebrada en el día más corto del calendario juliano, el día en que, en las celebraciones persas y egipcias, Mitras u Osiris eran nuevamente encontrados. Y entonces tenían lugar las aclamaciones de las Huestes Celestiales, siervos leales del Sol que en el día del amanecer de la creación rodeaban la cuna en Su lugar de nacimiento, donde, en palabras de Ignacio, «una estrella, de luz inexpresable, brilló en la lejanía de los cielos para destruir el poder de la magia y las ataduras de la maldad; pues el Mismo Dios ha aparecido, bajo la forma de un hombre, para la renovación de la vida eterna». Pero por infinitos que sean los elementos que cooperaron en el desarrollo de la noción de la Deidad, o que temporalmente ocuparon su lugar, sustituyendo el culto al creador por el culto a lo creado; o por numerosas que fuesen las partes del cuerpo, del alma, o del Universo, la noción que permanecía era esencialmente la de una Unidad. La idea de un Dios, de una unidad creativa, productiva y regidora, acompaña a este primer ejercicio de pensamiento.

En todos los antiguos credos encontramos la idea una Deidad suprema y rectora. Amón u Osiris preside sobre los incontables dioses de Egipto; Pan, con la música de su flauta, dirige el coro de constelaciones, del mismo modo que Zeus lidera la solemne procesión de las tropas celestiales en la teología astronómica de los pitagóricos. «Entre una infinita diversidad de opiniones en todas las demás materias», dice Máximo Tirio, «el mundo entero es unánime en la creencia de un único y todopoderoso Rey y Padre de todo». Siempre hay un Poder Soberano, un Zeus o Deus, Mahadeva o Adideva, a quien corresponde la manutención del orden del universo. Entre los miles de dioses de la India, la doctrina de la Unidad Divina siempre permanece en el horizonte, y el etéreo Jove, adorado por los persas en una época muy anterior a Jenófanes o Anaxágoras, aparece ajeno a subdivisiones planetarias o de los elementos, al igual que «el Vasto» o «la Gran Alma» de los Vedas. No obstante, la simplicidad de creencias de los patriarcas no excluía el empleo de representaciones simbólicas. La mente nunca se queda satisfecha con un mero sentimiento. Ese sentimiento lucha siempre por garantizarse perdurabilidad como idea por medio de una plasmación externa. Incluso las ideas que están

por encima y más allá de los sentidos, como lo son todas las ideas concernientes a Dios, precisan de la ayuda de los sentidos para su expresión y comunicación. Por ello surgen las formas y símbolos representativos que constituyen la imaginería externa de toda religión. Imaginería que intenta expresar un sentimiento religioso que es esencialmente uno, y que intenta en vano ofrecer una formulación externa capaz de comunicar a un hombre, de *describirle*, una idea existente en la mente de otro, y que por su esencia no es susceptible de formulación o descripción en un idioma en que las palabras hacen referencias a conceptos sensitivos. Por ello, pese a que el concepto es seguramente el mismo en todas las religiones, sus manifestaciones y representaciones externas son en extremo variadas, dando origen a un sinnúmero de credos y sectas. Toda expresión religiosa es simbolismo, dado que únicamente podemos describir lo que vemos, mientras que los verdaderos objetos de la religión nos son ocultos. Los más tempranos instrumentos de educación eran símbolos, y tanto ellos como el resto de formas religiosas diferían, y difieren todavía, en el aspecto externo e imaginería, y según las diferencias de conocimiento y cultura.

Presentar un símbolo visible al ojo del prójimo no es informarle del significado de ese símbolo

tiene para *ti*. Por ello los filósofos pronto revistieron a estos símbolos de explicaciones dirigidas al oído, susceptibles de mayor precisión, pero menos efectivas, inmediatas e impresionantes que las formas pintadas o esculpidas que les resultaron insuficientes. En torno a estas explicaciones se gestó una amplia variedad narrativa, cuyo auténtico objeto y significado fue siendo gradualmente olvidado. Y cuando estas narraciones cayeron en el olvido, y la filosofía se ciñó a definiciones y fórmulas, su lenguaje no fue sino un simbolismo más refinado, que pretendía atrapar y describir unas ideas imposibles de ser expresadas. Pues la expresión más abstracta de la Deidad que el lenguaje puede proporcionar no es sino un signo o símbolo referido a un objeto desconocido, no más veraz y adecuado que las palabras Osiris y Visnú, salvo por el hecho de que no es tan sensitivo ni explícito. Decir que Él es un Espíritu no es sino decir que Él no es materia. Lo que es el Espíritu únicamente puede ser definido a la manera de los antiguos, recurriendo, en nuestra desesperanza, a algunas especies de materia sublimada, como la Luz, el Fuego o el Éter. Ningún símbolo de la Deidad puede ser apropiado o perdurable salvo en un sentido relativo o moral. No podemos exaltar palabras que únicamente tienen un

significado referente a los sentidos. Referirse a Dios como *Poder* o *Fuerza* es únicamente engañarnos a nosotros mismos creyendo que empleamos palabras que tienen un significado para nosotros, cuando en realidad no lo tienen, o al menos no más que los antiguos símbolos visibles. Denominarlo Soberano, Padre, Gran Arquitecto del Universo, Alfa y Omega, Eternidad, Aquel cuyos rostros observan todos los lados, o la Fuente de la Vida y la Muerte, no es sino ofrecer a nuestros semejantes unas imágenes a través de las cuales nos esforzamos en vano por transmitir las mismas vagas ideas que los hombres de todos los tiempos se han esforzado por expresar. Y es legítimo poner en duda que hayamos logrado nuestro propósito de comunicar, o formar en nuestras propias mentes, alguna idea de la Deidad más definida, precisa, verdadera y adecuada, a pesar de nuestro orgullo filosófico y sutilezas lógicas, que las de los antiguos, que intentaron simbolizar y expresar Sus atributos por medio del Fuego, la Luz, el Sol y las Estrellas, el loto y el escarabajo; imágenes de lo que, salvo a través de imágenes más o menos suficientes, no podía ser expresado en absoluto.

El hombre primitivo reconoció la Presencia Divina bajo una diversidad de apariencias, pero sin perder la fe en esta unidad y supremacía. El

Dios invisible, aun manifestado en una de sus muchas caras visibles, no dejaba de ser Dios para él. Le reconocía en la fresca brisa del Edén, en los remolinos del Sinaí, en la Piedra de Beth-El, y Le identificaban con el fuego o el trueno bajo la roca inamovible adorada en la antigua Arabia. Para el hombre antiguo la imagen de la Deidad quedaba reflejada en todo aquello que era preeminente en excelencia. Vio a Jehová, como a Osiris y Bel, en el Sol, así como en las Estrellas, que eran Sus hijos, Sus ojos «que corren a través de todo el mundo, y velan sobre el Óleo Sagrado de Palestina desde el comienzo del año hasta que se cierra». Él era el fuego sagrado del Monte Sinaí, el de la zarza en llamas, y el de los persas, auténticos puritanos del paganismo. De forma natural pronto se siguió que el simbolismo se volviese más complicado, y todos los poderes del Cielo fueron reproducidos en la Tierra, hasta que se tejió una red de ficciones y alegorías que el ingenio del hombre, con sus limitados medios, nunca sería capaz de desentrañar. El teísmo hebreo se vio inmerso en el simbolismo y culto a las imágenes al que toda religión tiende. Ya hemos estudiado el simbolismo del Tabernáculo, el Templo y el Arca. El clero hebreo no solo toleraba el uso de vasijas y vestimentas simbólicas, columnas, serafines y querubines,

sino que también autorizaba las representaciones simbólicas del mismo Jehová, no siempre confinadas al lenguaje poético o ilustrativo. «Entre los Adityas», dice Krishna, en el Bhagavad Ghita, «yo soy Visnú, el Sol radiante entre las estrellas. Entre las aguas, yo soy Océano. Entre las montañas, el Himalaya; y entre las cimas de las montañas, Meru». Los Salmos e Isaías están llenos de intentos semejantes de plasmar las ideas de Dios adscribiéndole proporciones sensitivas. Cabalga las nubes, y se sienta en las alas del viento. El Cielo es Su pabellón, y de Su boca surgen rayos. Los hombres no pueden adorar una mera abstracción. Necesitan alguna forma externa en la que revestir sus concepciones y encarnar sus simpatías. Si no tallan o pintan imágenes visibles, las crean invisibles, pero quizá igualmente inconvenientes y engañosas para sus propias mentes. Las monstruosas y quiméricas imágenes orientales tienen su origen en el deseo de encarnar lo Infinito y ofrecer al intelecto humano —por medio de símbolos complejos, dada la limitación de los símbolos individuales—, una noción de los atributos divinos. Quizá debiéramos apreciar que nosotros hacemos lo mismo, aunque mentalmente, y formamos imágenes igual de incongruentes en nuestro intelecto, asignando a la Deidad una masa

de infinitos atributos. Podemos afirmar en propiedad, empleando el lenguaje de Máximo Tirio: «Si, deseando obtener alguna débil idea del Padre Universal, el Legislador Sin Nombre, los hombres han recurrido a palabras y términos, al oro o la plata, a animales y plantas, a cimas de montaña y a ríos, y adjudicado a las cosas más hermosas los nombres de la Deidad con la misma dedicación con que una amante se entrega a cualquier reminiscencia trivial de su ser amado, ¿por qué deberíamos reducir esta práctica universal de simbolismo que resulta, sin duda, necesaria, dado que la mente necesita a menudo el estímulo de la imaginación para ponerse en actividad, más que un monótono esquema de escrupulosidad formal? Basta con permitir a la imagen que desempeñe debidamente su función para que muestre la idea divina con viveza y veracidad ante el ojo mental. Si esto sucede, ya sea a través del arte de Fidias, la poesía de Homero, los jeroglíficos egipcios o los elementos persas, no necesitamos considerar las diferencias externas, ni lamentar la presencia de credos distintos, en tanto en cuanto sirvan para alcanzar lo esencial: que los hombres han sido hechos para recordar, comprender y amar.

Sin duda, cuando los hombres contemplaban la Luz y el Fuego como algo espiritual, poniéndolos

por encima de toda corrupción y eximiéndolos de la degeneración de la materia; cuando contemplaban el Sol, las estrellas y los planetas como compuestos por dichos elementos, a la vez que como grandes y misteriosas inteligencias, infinitamente superiores al hombre, y creyéndoles existencias vivas dotadas de amplias potencias y portadoras de influencias, tales astros y elementos se convertían, al ser empleados como símbolos de la Deidad, en una idea mucho más adecuada de lo que puede ser para nosotros, o de lo que somos capaces de comprender, pues hoy en día el Fuego y la Luz resultan tan familiares para nosotros como el agua y el aire, y las luminarias celestes no son sino mundos sin vida propia. Quizá les atribuyeron ideas tan ajustadas como hacemos nosotros con los epítetos por los que intentamos simbolizar y referir los inefables misterios e infinitos atributos de Dios.

Sin duda, el simbolismo entraña algunos peligros inseparables que devalúan sus ventajas, y que ofrecen una gran enseñanza referente a similares riesgos que se desprenden del uso del lenguaje. La imaginación, invitada a colaborar con la razón, usurpa en realidad su lugar, o deja a su aliada atrapada en su propia red. Los nombres que significan cosas son confundidos con ellas, los medios se confunden con el fin, el instrumento

de interpretación es tomado por el objeto; y de este modo el símbolo llega a usurpar el lugar de lo simbolizado y adquiere carácter de verdad entre las personas. Aunque el símbolo quizá sea el sendero necesario, no deja de ser un sendero arriesgado para aproximarse a la Deidad; camino en el que «Muchos,», dice Plutarco, «confundiendo el signo con la cosa significada, caen en la ridícula superstición; mientras que otros, al evitar un extremo, se precipitan en el no menos horrendo abismo de la irreligiosidad y el impiedad».

Todos los grandes reformadores lucharon enérgicamente contra este mal, pues fueron muy conscientes del extravío intelectual al que conducía una idea desvirtuada del Ser Supremo, y proclamaron como su propio Dios una existencia o personalidad distinta de los objetos de las antiguas supersticiones, repudiando en Su Nombre los símbolos e imágenes que habían profanado Su Templo. Pero no percibieron que a lo más que puede alcanzar el esfuerzo humano es a poner impresiones relativamente correctas en lugar de otras cuya falsedad ha sido detectada, y a sustituir un simbolismo grosero por otro más puro. Todo hombre, sin ser consciente de ello, venera una concepción de su propia mente; pues todo lo simbólico, al igual que el lenguaje, comparte el

carácter subjetivo de las ideas que representa. Los epítetos que adscribimos a Dios únicamente recuerdan símbolos visibles para el ojo o ideas inteligibles por la mente. Los modos o formas de manifestación de las pulsiones reverenciales que constituyen el sentimiento religioso son incompletos y progresivos. Cada vocablo y cada símbolo predican una verdad parcial, siempre susceptible de mejora o modificación, y de ser sustituida por otras más precisas y amplias.

La idolatría consiste en confundir el símbolo con la cosa simbolizada, sustituyendo así el objeto intelectual de culto por otro material; una preferencia errónea del símbolo inferior ante el superior, y una concepción inadecuada y sensitiva de la Deidad. Y toda religión, y toda concepción de Dios, son idólatras, en tanto que imperfectas, y como tales no ofrecen sino una idea débil y temporal de ese Ser Incognoscible que únicamente puede ser conocido en parte, y que por ello solo puede ser adorado –incluso por Sus devotos más iluminados- en proporción a sus limitadas capacidades para imaginar y comprender sus perfecciones.

Al igual que la creencia en una Deidad, la creencia en la inmortalidad del alma es un sentimiento natural, inseparable de la propia conciencia, más que un dogma propio de una

época o cultura concreta. Proporciona eternidad a la naturaleza del hombre, concilia sus aparentes anomalías y contradicciones, le fortalece en la debilidad y le hace perfectible en su imperfección. Y solo esta creencia le ofrece un objeto adecuado para sus esperanzas y energías, así como otorga valor y dignidad a sus búsquedas. La creencia en un Espíritu infinito y eterno y la creencia en la inmortalidad van de la mano, pues es principalmente a través de la conciencia de lo divino en nosotros como aprendemos a apreciar las evidencias de Dios en el Universo. Fortalecer y, en la medida de lo posible, comunicar esta esperanza, era el gran objetivo de la antigua sabiduría, ya estuviese expresada bajo la forma de filosofía o de poesía. Y lo era también de los Misterios, como lo es de la Masonería. La Vida surgiendo de la muerte era el gran misterio, misterio que era representado bajo las más ingeniosas formas. La Naturaleza derramaba pruebas de la gran verdad que parece trascender a todos los demás dones de la imaginación, o que es más bien su esencia y consumación. Tales evidencias podían percibirse con facilidad. Aparecían en el olivo y en el loto, en la hierba, siempre verde, del Mystae y en la tumba de Polidoro; en la serpiente, mortal pero que se renovaba, en la maravillosa polilla que emergía

del capullo de seda; en el fenómeno de la germinación, en las salidas y puestas del Sol y las estrellas, en las fases de la Luna, y en el sueño, que es «el misterio menor de la muerte».

Las historias del parto en que Letona da vida a Apolo, así como las de los héroes muertos que resucitan en cuevas, como Glauco, eran alegorías de la alternancia natural de la vida y la muerte en la naturaleza, cambios precisos para mantener inviolable su virginidad y pureza en el marasmo de acontecimientos, cuya suma ofrece como único resultado final una calma majestuosa. La típica muerte del Dios-Naturaleza, Osiris, Atis, Adonis o Irma, resultaba un misterio tan profundo como consolador. Los cálidos encantos de Orfeo eran asociados con su destrucción; y sus huesos, garantía de fertilidad y victoria, eran, en una hermosa analogía, enterrados dentro del recinto de su equivalente inmortal.

En sus doctrinas referentes a la inmortalidad del alma, los filósofos griegos se limitaron a exponer con más precisión ideas existentes desde mucho antes que ellos bajo la forma de sugerencia simbólica. En tales ciencias, Egipto y Etiopía aprendieron de la India, donde —como en cualquier otra parte— el origen de tales doctrinas resulta tan remoto y poco discernible como el origen del hombre mismo. Su expresión natural

aparece en el lenguaje de Krisna, en el Baghavad Gita: «Yo mismo nunca no-existí, ni tú, ni estos príncipes de la Tierra; ni cesaremos de existir… El alma no es algo de lo que el hombre pueda decir que ha sido, o que está a punto de ser, o que será en lo sucesivo; pues es algo sin nacimiento. Es preexistente, inmutable, eterna, y no susceptible de ser destruida como su envoltorio mortal».

Conforme al dogma de la antigüedad, las incontables formas de vida constituyen una serie de migraciones purificadoras a través de las cuales el Principio Divino reasciende para unirse con su fuente. Embriagada por la copa de Dionisos, y deslumbrada por el espejo de la existencia, las almas, fragmentos o chispas de la Inteligencia Universal, olvidaron su dignidad de nacimiento, y pasaron a los cuerpos terrestres que ansiaban. La forma de descenso espiritual más usual quedaba plasmada en el hundimiento del Sol y las Estrellas desde el hemisferio superior al inferior. Cuando se aproximaba a las puertas del imperio de Dionisos, dios de este mundo de engaño y cambio, la individualidad de las almas se revestía de forma material; y del mismo modo que los cuerpos individuales eran comparados a un ropaje harapiento, el mundo se convertía en el revestimiento del Espíritu Universal. De nuevo, el

cuerpo era comparado con una vasija o una urna, el recipiente del alma, siendo el mundo la poderosa copa donde era recibida la Deidad en su caída. En otra imagen, antigua como las grutas de los Magos y los textos de Ezequiel, el mundo era como una caverna tenuemente iluminada, donde las sombras parecían realidades y donde el alma olvidaba su origen celestial de forma proporcional a su tendencia a la materia y sus embelesos. Y en otra, el período de corporeidad progresiva del alma queda plasmado en exhalaciones que se van condensando, y donde el vapor asume la forma, más espesa, del agua.

Pero si el vapor se transforma en agua, se sostenía, el agua es nuevamente la matriz de la que nacen los vapores, que ascienden para ornar los Cielos. Si nuestra existencia mortal supone la muerte de espíritu, nuestra muerte puede ser la renovadora de esta vida. Del mismo modo los cuerpos físicos son exaltados de la Tierra al Agua, del Agua al Aire y del Aire al Fuego, el hombre puede exaltarse a la condición de héroe, y el héroe en dios. En el curso de la Naturaleza, el alma, para recuperar su estado perdido, debe atravesar una serie de pruebas y migraciones. La representación de estas pruebas es el Gran Santuario de las Iniciaciones, el Mundo. Sus agentes primarios son los elementos. Y Dionisos,

como Soberano de la Naturaleza, o mundo sensual personificado, es el Árbitro Oficial de los Misterios y guía del alma, a la que introduce en el cuerpo y libera de él. Él es el Sol, liberador de los elementos, y su mediación espiritual queda reflejada en la misma imaginería que convierte el Zodíaco en el supuesto sendero de las almas en su descenso y regreso, siendo Cáncer y Capricornio las puertas por las que habían de pasar. Dionisos no es únicamente el Creador del Mundo, sino su guardián, liberador, y el Salvador de las Almas. Aparecido en el mundo entre rayos y truenos, se convirtió en el Liberador celebrado por los Misterios de Tebas, desatando a la Tierra de las cadenas del invierno, y guiando el coro nocturno de estrellas y la órbita celestial de cada año. Su simbolismo ocupaba la inagotable simbología empleada para rellenar la maquinaria estelar del Zo-díaco: era el Toro vernal, el León, el Carnero, la Cabra otoñal y la Serpiente. En resumen, la Deidad en sus distintas advocaciones, su manifestación final personificada, muchos en uno, y la vida en su itinerario por las innumerables formas; esencialmente no inferior a ninguna, pero variando con las estaciones y sufriendo su declive periódico. Media e intercede por el Hombre, reconciliando la Mente Universal Invisible con el espíritu individual al que perfecciona en su

plenitud. Una consumación que él lleva a cabo, en primer lugar, a través de las vicisitudes de la ordalía elemental, el fuego de Verano y las lluvias del Invierno, «pruebas de una Naturaleza inmortal»; y en segundo lugar, y simbólicamente, a través de los Misterios. No sostiene únicamente la copa de la generación, sino también la de la sabiduría o Iniciación, cuya influencia es contraria a la primera, pues provoca que el alma abjure de sus lazos materiales y ansíe su regreso. La primera era la Copa del Olvido, mientras la segunda es la Urna de Acuario, bebida por el espíritu en su regreso y símbolo de la sustitución de las impresiones mundanas por las gloriosas visiones y gozos de su preexistencia. El agua nutre y purifica; y la vasija de la que fluye fue considerada digna de ser símbolo de la Deidad, como Osiris-Canope, que irrigaba con agua de vida el suelo de Egipto, y también digna de ser símbolo de la esperanza que alegraba las moradas de los muertos.

El segundo nacimiento de Dionisos, al igual que la resurrección de Osiris y Atis de entre los muertos, y la vuelta a la vida de Irma, constituyen una forma de regeneración espiritual del hombre. Psique (el Alma), al igual que Ariadna, tenía dos amantes, uno terrenal y otro inmortal. El pretendiente inmortal es Dionisos, el Eros-Fanes

de los órficos, el cual, conforme progresaba el pensamiento, dejaba de ser exaltado como símbolo de sensualidad y pasaba a ser portaantorcha de las Nupcias de los Dioses; divina influencia que llamaba al mundo a la existencia y que despertaba a las almas de su trance estigio para devolverlas al Cielo.

Por todo esto las teorías científicas de los antiguos, enseñadas en los Misterios, y referentes al origen del alma, su descenso, su estancia aquí abajo y su retorno, no eran meras contemplaciones estériles acerca de la naturaleza del mundo y de los seres inteligentes que aquí existían. No eran una vana especulación en lo concerniente al orden de la creación y acerca del espíritu, sino un estudio de los métodos para alcanzar el gran objetivo perseguido: el perfeccionamiento del alma; y como consecuencia de ello, el perfeccionamiento de la moral y la sociedad. Para ellos, esta Tierra no era el hogar del alma, sino su lugar de exilio. El cielo era su hogar, y allí se hallaba su lugar de nacimiento. Hacia ese lugar el alma volvía incesantemente su mirada. El hombre no era una planta terrestre. Sus raíces se encontraban en el Cielo. El alma había perdido sus alas, atrapada en la viscosidad de la materia, y las recuperaría una vez que se hubiese liberado a sí misma de ella, comenzando así su

vuelo. Siendo la materia, en su opinión, como lo era también en la de San Pablo, la causa de todas las pasiones que turban la razón, confunden la inteligencia y mancillan la pureza del alma, los Misterios enseñaron al hombre cómo debilitar el efecto de la materia sobre el alma para restaurar esta a su dominio natural. Y, para que las manchas así contraídas no permaneciesen tras la muerte, se emplearon purificaciones, expiaciones, maceraciones, continencia y, sobre todo, iniciaciones. Muchas de estas prácticas eran al principio meramente simbólicas, signos materiales que indicaban la pureza moral que se requería a los iniciados; pero posteriormente pasaron a ser contempladas como las verdaderas causas de esa pureza.

La Iniciación perseguía el mismo objetivo: purificar el alma de sus pasiones, debilitando el imperio del cuerpo sobre la porción divina del alma, y ofreciéndole de manera anticipada la felicidad de que un día gozaría, así como la visión de su futuro entre los Seres Divinos. Y por ello Proclo y el resto de platónicos consideraban «que los Misterios y la Iniciación apartaban al alma de esta vida mortal y material para reunirla con los dioses, y disipaba en los adeptos las sombras de ignorancia al mostrarles los esplendores de la Deidad». Tales eran los

preciosos frutos del último Grado de la Ciencia Mística: ver la Naturaleza en sus manantiales y fuentes y familiarizarse con las causas de las cosas y las existencias reales.

Dice Cicerón que el alma debe ejercitarse en la práctica de las virtudes si desea regresar con rapidez a su lugar de origen. Mientras se halla cautiva en el cuerpo, debería liberarse de él por medio de la contemplación de los seres superiores, separándose en cierta manera del mundo los sentidos. Aquellos que permanecen esclavos y sojuzgados por sus pasiones, y violan las sagradas leyes de la religión y la sociedad, ascenderán al Cielo únicamente cuando se hayan purificado a lo largo de una extensa serie de etapas.

Se exigía al Iniciado que se emancipase de sus pasiones, y que se liberara de la rémora de los sentidos y la materia, para así poder elevarse a la contemplación de la Deidad, o de esa Luz incorpórea e inmutable en la que viven y subsisten las causas de las cosas creadas. «Debemos» —dice Porfirio—«huir de todo lo sensual para que el hombre pueda reunirse fácilmente con Dios y vivir feliz en Él». «Esta es la gran labor de la Iniciación» —dice Hierocles de Alejandría —«devolver el alma a lo que es verdaderamente bueno y hermoso, y familiarizarla y hacerla una

con ello; liberarla de los dolores y pesares de aquí abajo, donde permanece encadenada a la materia como en una oscura prisión; facilitarle su regreso a los esplendores celestiales, y establecerla en las Islas Afortunadas, devolviéndola a su estado primigenio. Para que así, cuando la hora de la muerte llegue, el alma, liberada de su ropaje mortal, que abandona como un legado a la tierra, se eleve ligera hacia su hogar en las Estrellas, para retomar su antigua condición, aproximándose a la naturaleza divina tanto como sea posible para un hombre». Plutarco compara a Isis con el conocimiento y a Tifón con la ignorancia que oscurece la luz de la sagrada doctrina cuyo resplandor alumbra el alma del iniciado. Ningún don de los dioses, sostiene, es tan precioso como el conocimiento de la Verdad y la naturaleza de los dioses, en la medida en que nuestras limitadas capacidades nos permitan elevarnos hacia ellos. Los valentinianos llamaron a la Iniciación LUZ. El iniciado, dice Miguel Psellos, se convierte en epopte cuando es admitido a ver la Luz Divina. Clemente de Alejandría, imitando el lenguaje de un iniciado en los Misterios de Baco, e invitando a este iniciado —al que tilda de ciego como Tiresias— a ver a Cristo, el cual deslumbrará sus ojos con una gloria mayor que la del Sol, exclama: «¡Oh,

Misterios más verdaderamente sagrados! ¡Oh pura Luz! ¡Cuando la antorcha del Dadoukos brilla, el Cielo y la Deidad se revelan ante mis ojos! ¡Soy un Iniciado, y me convierto en santo!». Este era el verdadero objeto de la Iniciación: ser santificado, y VER, es decir, tener un adecuado y fidedigno concepto de la Deidad, y el conocimiento de Aquel que es la Luz de los Misterios. En Samotracia se prometía al Iniciado que se convertiría en puro y justo. Clemente afirma que por el bautismo las almas son iluminadas y conducidas a la pura luz con la que ninguna oscuridad se mezcla, ni tampoco nada material. El Iniciado se convierte en epopte, y es llamado *vidente*. «¡Ave, Luz recién nacida!», gritaban los Iniciados en los Misterios de Baco.

Tales se sostenían que eran los efectos de la completa Iniciación. Iluminaba al alma con rayos de la Divinidad, y alcanzaba, tal y como decían los pitagóricos, la visión del campo de la Verdad. En sus abstracciones místicas, donde el alma se eleva por encima del cuerpo, lo anula durante esa experiencia, para volver a entrar en el mismo y ocuparlo con la visión de la Divinidad, y con los medios para llegar a parecerse a ella. Debilitando así el dominio de los sentidos y las pasiones sobre el alma, y liberándola de este modo de una sórdida esclavitud por medio de la práctica

resuelta de las virtudes, tanto activas como contemplativas, nuestros antiguos hermanos se esforzaron por encontrarse en condiciones de retornar al seno de la Deidad. Que nuestro objetivo como Masones no se halle por debajo del suyo. Empleamos los símbolos que ellos empleaban, y enseñamos las mismas grandes doctrinas cardinales referentes a la existencia de un Dios omnisciente y la inmortalidad del alma del hombre. Si los pormenores de sus doctrinas en lo concerniente al alma nos parecen absurdos, parémonos a compararlas con las creencias habituales de hoy en día, y guardemos silencio. Si nos parece que, en ciertos casos, confundían el símbolo con la cosa simbolizada, y adoraban al signo como si fuese la Deidad misma, reflexionemos respecto a cuán insuficiente son nuestras ideas acerca de la Deidad, y cómo veneramos esas ideas e imágenes formadas y fabricadas en nuestras propias mentes en lugar de a la Deidad misma. Y si sentimos la tentación de sonreír ante la importancia que concedían a las purificaciones y ayunos, preguntémonos si acaso la mismas debilidades de la naturaleza humana no existen hoy en día, siendo origen de ritos y ceremonias que tenemos por eficaces para la salvación de las almas. Y tengamos siempre presentes las palabras de un antiguo autor, con el

que concluiremos este capítulo: «Es un placer permanecer en la costa y divisar los barcos que zozobran en el mar. Es un placer asomarse a la ventana del castillo y contemplar la batalla. Pero no hay placer comparable a permanecer en el terreno salvo de la Verdad (colina que no debe ser gobernada, donde el aire es siempre limpio y sereno) y ver los errores y peripecias, nieblas y tempestades que acontecen en el valle a nuestros pies. *Que esta búsqueda sea siempre piadosa, y nunca con orgullo y soberbia*. Sin duda supone el Cielo en la Tierra que la mente del hombre actúe con caridad, confíe en la Providencia y busque incesantemente los polos de la Verdad».

XXVI

Príncipe de Merced

o

Escocés Trinitario

Mientras estabas velado por la oscuridad, escuchaste repetidas veces la Voz del Gran Pasado enunciar sus más antiguas doctrinas. Nadie tiene nada que objetar si el Masón cristiano ve anticipada en Krisna y Sosiosch, o en Mitras y Osiris, la Divina Palabra que, tal y como cree, se

hizo Hombre y murió en la Cruz para redimir a una raza caída. Ni tampoco puede este último objetar nada si aprecia que otros ven en la Palabra del Discípulo Amado, que era al comienzo en Dios, y que era Dios, y por el que todo fue hecho, únicamente el Logos de Platón, o el Pensamiento Pronunciado, o la Primera Emanación de Luz, o la Perfecta Razón de la Infinita, Silenciosa, Suprema y No Creada Deidad en la que todos creemos y a la que todos adoramos.

No menospreciamos la importancia de ninguna Verdad. No pronunciamos palabra alguna que pueda ser considerada irreverente por una u otra fe. No decimos al musulmán que sólo es importante para él creer que no hay más que un Dios, ni que sea irrelevante el hecho de que Mahoma fuese su profeta. No decimos al hebreo que el Mesías que aguarda ya nació en Belén hace casi dos mil años, ni que sea hereje por no compartir esa creencia. Ni tampoco decimos al cristiano sincero que Jesús de Nazaret no era sino un hombre como nosotros, ni que Su historia fue una ilusoria actualización de leyendas anteriores. Todo esto queda fuera de nuestra jurisdicción. La Masonería es atemporal, pertenece a todas las épocas, y no encuentra sus grandes verdades en ninguna religión en particular, sino en todas.

Para el Masón existe un Dios Uno, Supremo, de infinita Bondad, Sabiduría, Omnisciencia, Justicia y Misericordia. Creador y Preservador de todas las cosas. Cómo, o por medio de qué intermediarios, Él crea y opera, o de qué modo Se muestra o manifiesta, es algo que corresponde disponer a las distintas religiones y credos.

Para el Masón el alma del hombre es inmortal. Si emana de Dios para retornar a él, o cual será su modo de existencia en lo sucesivo, es algo que cada uno juzga por sí mismo. La Masonería no tiene nada que dictaminar en ello.

Para todo Masón, la Sabiduría o Inteligencia, la Fuerza o Potencia, y la Armonía o Belleza, constituyen la Trinidad de atributos de Dios. Pero la Masonería no se inmiscuye en las sutilezas filosóficas al respecto, ni juzga la realidad de las supuestas existencias en que se personifican, ni si la Trinidad cristiana es sencillamente una de tales personificaciones, o por el contrario una Realidad de la mayor importancia y del más tremendo contenido.

Para el Masón, la infinita Justicia y Benevolencia de Dios es garantía de que el Mal será finalmente destronado, y de que el Bien, la Verdad y la Belleza reinarán triunfantes y eternos. La Masonería enseña y sabe que el mal, el dolor y el pesar existen como partes de un plan sabio y

benéfico, cuyas partes trabajan conjuntamente bajo el ojo de Dios para alcanzar como resultado la perfección. Pero queda más allá de su dominio indagar o pronunciarse sobre si la existencia del mal está convenientemente explicada en uno u otro credo por medio de la Gran Serpiente Tifón, Ahrimán y su ejército de espíritus perversos, por los gigantes y titanes que militan contra el Cielo, por los dos principios coexistentes del Bien y el Mal, por la tentación de Satán y la Caída del Hombre o por Lok y la Serpiente Fenris. Del mismo modo que queda fuera de su esfera determinar cómo se logrará la victoria final de la Luz, la Verdad y el Bien sobre la Oscuridad, el Error y el Mal; o si el Redentor aguardado y ansiado por todas las naciones apareció ya en Judea, o está aún por venir.

La Masonería contempla con reverencia a todos los grandes reformadores. Ve en Moisés, Confucio, Zaratustra, Buda, en Jesús de Nazaret y en el Iconoclasta Árabe grandes maestros de moralidad, así como eminentes reformadores, si no más, y permite que cada hermano y miembro de la Orden les asigne un carácter tan divino y elevado como su Credo requiera.

De este modo, la Masonería no niega ninguna fe, ni enseña a no creer en esta o aquella, salvo que tal credo menoscabase lo sublime de la Deidad,

la degradase al nivel de las pasiones humanas, negase el elevado destino del hombre, impugnase la bondad y benevolencia del Dios Supremo, atacase esos grandes pilares de la Masonería que son la Fe, la Esperanza y la Caridad, incitase a la inmoralidad o fuese contraria a los nobles deberes que inculca la Orden.

La Masonería es un culto; pero un culto en el que pueden unirse todos los hombres civilizados, pues no pretende explicar o dogmatizar sobre esos grandes misterios que se encuentran por encima de la débil comprensión de nuestro intelecto humano. Confía en Dios con Esperanza; y cree como creen los niños, con humildad. No desenvaina la espada para obligar a otros a adoptar su fe o ser felices con sus esperanzas. Y aguarda pacientemente para, en el futuro, comprender los misterios de la Naturaleza y la naturaleza de Dios.

Los mayores misterios del Universo son aquellos que están siempre rodeándonos, aquellos tan cotidianos y comunes para nosotros que nunca nos percatamos de ellos ni reflexionamos al respecto. Los sabios nos hablan de las leyes que regulan el movimiento de las esferas, las cuales, refulgiendo en amplios círculos y girando sobre sus propios ejes, son lanzadas de forma perpetua a una velocidad inconcebible a través de las

infinitas distancias del espacio; mientras nosotros, pequeños átomos, nos sentamos aquí, soñando con todo lo que ha sido creado para nosotros. Nos explican con suficiencia las fuerzas centrífuga y centrípeta, la gravedad y la atracción, y otros términos pomposos inventados para esconder su falta de significado. Hay otras fuerzas en el Universo aparte de las mecánicas.

Tomemos dos semillas diminutas y otras dos de mayor tamaño. Entreguémoselas al experto entendido, al químico, que nos explicará cómo se desarrolla la combustión en el interior de los pulmones, y cómo las plantas son alimentadas con fósforo y carbono, y los álcalis y el silicio. Permitamos que se descompongan, analicémoslas y torturémoslas de todas las maneras que conocemos. El resultado neto de cada una será un poco de azúcar, algo de fibra, algo de agua y carbono, potasio, sodio y otros elementos semejantes. Enterrémoslas en la tierra. Y basta con que la más tenue lluvia las humedezca y el Sol brille sobre ellas para que pequeños brotes surjan y crezcan. ¡Y qué milagro es el simple crecimiento! La fuerza, el poder, la capacidad por la que el pequeño brote, que un pequeño gusano puede arrancar con un leve movimiento de sus mandíbulas, es capaz de extraer de la tierra, el aire y el agua los diferentes elementos, tan

concienzudamente catalogados, que le permitirán crecer en estatura y dirigirse de forma imperceptible hacia el cielo. Una semilla crece para ser un fino y frágil tallo, de suave textura, como una hierba; mientras que otra crece para ser un duro arbusto, de rama dura y fibrosa, armada de espinas y lo suficientemente robusta para ofrecer resistencia a los vientos. La tercera se transforma en un árbol quebradizo, susceptible de ser arruinado por el rocío y menospreciado por el resto del bosque; mientras que otra extiende sus brazos toscos y resistentes, insensibles a la escarcha, el hielo y las nieves que rodean sus raíces durante meses. Pero, ¡oh!, de la tierra oscura y burda, y del aire invisible e incoloro, y de la pura agua de lluvia, la química de las semillas ha extraído colores, cuatro diferentes tonalidades de verde que pintan las hojas de estas plantas en primavera, igual que nuestros arbustos y árboles. Más tarde llegarán las flores, los vívidos colores de la rosa, el hermoso brillo del clavel, el modesto rosado de la manzana, y el blanco espléndido del azahar. ¿De dónde proceden los colores de las hojas y las flores? ¿Por medio de qué proceso químico son estos colores extraídos del carbono, el fósforo y la cal? ¿Acaso hay mayor milagro de obtener algo a partir de la nada?

Deshoja las flores. Inhala sus deliciosos perfumes, perfectos y deliciosos. ¿De dónde proceden? ¿Por medio de qué combinación de ácidos y álcalis podría el laboratorio de un químico producirlos? Estudia la fruta, la rojiza manzana y la naranja dorada. Abre una y desgaja la otra. ¡Cuán diferente textura y fábrica! ¡Cuán distinto sabor! La misma tierra, el mismo aire y la misma agua han sido transformadas en una fruta distinta y en un sabor distinto, con un perfume particular para la flor de cada fruta.

¿No es aún más intrigante de dónde proceden el pensamiento, la voluntad, la percepción y todos los fenómenos de la mente, que no de dónde proceden los colores, los perfumes y sabores de las frutas y las flores?

Pero ¡ay!, en cada fruta hay nuevas semillas, cada una de las cuales está dotada del mismo maravilloso poder de reproducción, de las mismas fuerzas asombrosas contenidas en ella para desarrollarse a su vez. Fuerzas que han vivido durante tres mil años en los granos de trigo encontrados entre las envolturas de una momia egipcia; fuerzas acerca de las cuales la ciencia y la sabiduría no entienden más que las leyes de la naturaleza o de la acción de Dios. ¿Qué podemos conocer de la naturaleza, y cómo podemos comprender los poderes y modus operandi del

alma humana, cuando las brillantes hojas, la flor blanca y el dorado fruto del naranjo son milagros más allá de nuestra comprensión?

No hacemos más que camuflar nuestra ignorancia en una nube de palabras, palabras que demasiado a menudo no son más que meras combinaciones de sonidos sin significado. ¿Qué es la fuerza centrífuga? Una *tendencia* a ir en una dirección concreta. Pero ¿qué fuerza, entonces, produce esa tendencia?

¿Qué fuerza dirige la aguja hacia el Norte? ¿Qué fuerza mueve el músculo que levanta el brazo, y cuándo determina la voluntad que se levantará? ¿De dónde procede la misma Voluntad? ¿Es espontánea, una primera causa, o es un efecto? También esto son milagros, inexplicables como la Creación o la existencia de Dios.

¿Quién nos explicará la pasión, el enojo, la ira, la memoria y los afectos de un pequeño ratoncillo, o la conciencia de identidad y los sueños de un perro? ¿O la capacidad de razonar de un elefante? ¿O los inexplicables instintos, pasiones, así como gobierno social y los modos de comunicación de ideas de hormigas y abejas? ¿Quién nos hará comprender, con sus palabras académicas, cómo nos llega el calor del Sol y la luz de las remotas estrellas, que se puso en marcha en su trayecto hacia nuestros ojos en la

época en que los caldeos comenzaron a construir la Torre de Babel? ¿O cómo la imagen de un objeto externo llega y se fija en la retina del ojo, donde esa imagen meramente vacía e insustancial se transmuta en el maravilloso fenómeno que denominamos Visión? ¿O cómo las invisibles ondas transmitidas por la atmósfera, al golpear en el tímpano producen el igualmente fabuloso fenómeno del Sonido, y se convierten en el rugido del tornado, el impacto del trueno, la poderosa voz del océano, el tintineo del cricket, las delicadas notas del ruiseñor o la mágica melodía del instrumento de Paganini?

Nuestros sentidos son misterios para nosotros, y nosotros mismos también resultamos misteriosos. La Filosofía no nos ha enseñado nada referente a la naturaleza de nuestras sensaciones, nuestras percepciones, nuestros actos cognitivos, ni el origen de nuestros pensamientos, y no nos ha ofrecido nada más que palabras. Ningún esfuerzo o grado de reflexión, por prolongado que sea, puede hacer que el hombre sea consciente de la existencia en sí mismo de una identidad personal esencialmente separada de su cuerpo y cerebro. Nos torturamos esforzándonos por tener una idea de nosotros mismos, acabando exhaustos en la labor. ¿Quién ha podido hacernos entender cómo se produce la sensación nerviosa que crea la

percepción en la mente del animal o del hombre a partir de la onda sonora percutiendo en el oído, o las partículas adentrándose en las fosas nasales, o tomando contacto con el paladar?

¿Qué sabemos de la Sustancia? Los hombres incluso dudan de que exista. Los filósofos nos dicen que nuestros sentidos nos permiten conocer únicamente los atributos de la sustancia: su extensión dureza, color, etc.; pero no la cosa en sí misma, que aparenta ser sólida, blanca o negra. Igualmente, lo que conocemos acerca de los atributos del Alma son sus pensamientos y percepciones, pero no la naturaleza del Alma misma que percibe y piensa. ¡Qué maravilloso misterio existe en el calor y la luz, cuya verdadera naturaleza desconocemos, y que existe dentro de unos estrechos límites en comparación con la infinitud, más allá de la cual se extiende el infinito espacio, la negritud de la oscuridad más inimaginable y el frío más inconcebible! Pensad tan sólo en el vigoroso Poder necesario para mantener la calidez y la luz en el Punto Central de semejante infinitud, para la cual la oscuridad de la Medianoche y el frío de la última isla del Ártico no significan nada. Y a pesar de todo esto, Dios se halla omnipresente.

¡Cuán misteriosos son los efectos del calor y el frío sobre el asombroso fluido que denominamos

agua! ¡Qué misterios yacen escondidos en cada copo de nieve y en cada cristal de hielo, y en su transformación final en el invisible vapor que se eleva desde el océano o la tierra y flota sobre la cumbre de las montañas!

¡Qué multitud de maravillas, sin duda, nos ha desvelado la química ante nuestros ojos! Piensa tan sólo si alguna ley enunciada por Dios fue en alguna ocasión transgredida. Consideremos la de la atracción o afinidad o cohesión, por ejemplo. La totalidad del mundo material, con su sólido granito, sus vetas de oro y plata, sus minas de pórfido y sus lechos de carbón se tornarían instantáneamente, junto con todos los soles y estrellas y mundos a lo largo y ancho de todo el universo, un tenue vapor invisible o una infinidad de partículas o átomos difusos por el espacio infinito. Y con ellos desaparecerían la luz y el calor, salvo que la misma Deidad fuese, como creían los antiguos persas, la Luz Eterna y el Fuego Inmortal.

¡Los misterios del Gran Universo de Dios! ¡Cómo podríamos, con nuestra limitada visión mental, aspirar a comprenderlos y alcanzarlos! El espacio infinito, alejándose de nosotros día tras día. El tiempo infinito, sin principio ni fin. ¡Y nosotros, aquí y ahora, en el centro de ambos! Una infinidad de soles, de los cuales el más próximo

se ve minúsculo incluso con el telescopio más poderoso, teniendo cada uno a su vez su corte de planetas. Un infinito número de soles tan alejados de nosotros que su luz, en el momento de alcanzarnos, ha empleado en su viaje cinco siglos. Nuestro mundo girando sobre su eje, y apresurándose en su itinerario alrededor del Sol; y el Sol, y todo nuestro sistema girando en torno a algún gran punto central; y los soles y estrellas y mundos lanzados con increíble rapidez a través del espacio sin límites. Y sin embargo, en cada gota de agua que bebemos, en cada migaja de nuestra comida, en el aire, en la tierra, en el mar, hay una multitud de criaturas invisibles a simple vista, de una pequeñez casi increíble, pero organizadas, vivas, que quizá tengan conciencia de identidad, memoria e instinto.

Tales son algunos de los misterios del gran Universo de Dios. Y de nosotros mismos, pues el mundo en que vivimos no es más que un punto en el centro de la infinitud del tiempo. De buen grado aprenderíamos cómo creó Dios este Universo, y comprenderíamos Sus Poderes, Atributos, Emanaciones, Su modo de existencia y de actuar. Con gusto conoceríamos el plan por el que todos los acontecimientos suceden; el plan maestro, profundo como Dios Mismo, y las leyes por medio de las cuales controla Su Universo. De

buen grado Lo veríamos y hablaríamos con Él cara a cara, como el hombre habla con el hombre. Pero intentamos no creer, porque no comprendemos.

El Creador dispone que nos amemos los unos a los otros, y amemos al prójimo como a nosotros mismos. Pero discutimos y reñimos, y odiamos y asesinamos al otro porque no tenemos la mismo opinión respecto a la esencia de Su Naturaleza, o de Sus Atributos, o porque discrepamos respecto a si fue nacido de mujer y fue crucificado; o si el Espíritu Santo es de la misma sustancia que el Padre, o solo de una sustancia similar; o por si un débil anciano es el Vicerregente de Dios; o por si hay unos destinados a ser salvos, mientras que otros están condenados al infierno; o por si el castigo de los perversos tras la muerte será o no eterno; o por si esta doctrina o la otra es herejía o verdad. Y de este modo regamos la tierra de sangre, despoblamos reinos y convertimos fértiles tierras en desierto; hasta que, víctima de la guerra religiosa, la persecución y el derramamiento de sangre, la tierra se ha convertido en un osario que ha girado durante siglos en torno al Sol, humeando y hediendo mientras derramaba sangre, la sangre del hermano asesinado por el hermano en razón de sus diferentes opiniones, y convirtiéndose en el horror del resto de planetas.

Pero si todos los hombres fuesen masones, y obedeciesen de todo corazón las suaves y gentiles enseñanzas de la Masonería, el mundo sería un paraíso, mientras que la intolerancia y la persecución la convertirían en un infierno. Pues este es el Credo Masónico: Ten FE, en la infinita Beneficencia de Dios, en Su Sabiduría y Justicia. Ten ESPERANZA en el triunfo final del Bien sobre el Mal, y en la perfecta armonía como resultado final de las concordias y discordias del Universo. Y practica la CARIDAD, como Dios la ejerce, con el incrédulo, el errado, el insensato y el pecador. Pues todos formamos una gran hermandad.

Instrucción

P#V# Hermano Segundo Vigilante, ¿sois Príncipe de Merced?

S#V# He visto el Delta y los Santos Nombres sobre él, y soy un Ameth, como Vos, en la Triple Alianza, de la cual llevo la marca.

Preg.: ¿Cuál es la primera Palabra sobre el Delta?

Resp.: El inefable nombre de la Deidad, el verdadero Misterio únicamente conocido por el Ameth.

Preg.: ¿Qué representan los tres lados del Delta para nosotros?

Resp.: Para nosotros, y para todos los Masones, los tres Grandes Atributos o Desarrollos de la Esencia de la Deidad: SABIDURÍA, o Poder Reflexivo y de Ideación, en el cual, cuando no existía nada a excepción de Dios, el Plan e Idea del Universo ya estaba formado y perfilado. FUERZA, o Poder Ejecutivo y Creador, que actuando de forma instantánea llevó a cabo el modelo e idea concebido por la Sabiduría, creando así el Universo y todas las estrellas y mundos, y la luz y la vida. Y

ARMONÍA, que sostiene y preserva. He aquí la Trinidad Masónica, Tres Potencias y Una Esencia. Las tres columnas que sostienen los universos Físico, Intelectual y Espiritual, de los que cada Logia masónica es un trasunto y símbolo. Al tiempo que para el Masón cristiano representan los Tres que son Uno: el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo.

Preg.: ¿Qué representan las tres letras sobre el Delta, I#H#Σ (Iota, Eta y Sigma)?

Resp.: Tres de los Nombres de la Deidad Suprema entre los sirios, fenicios y hebreos: YAHVEH (Autoexistencia); AL (Naturaleza-Dios, o Alma del Universo), SHADAI (Poder Supremo). Igualmente tres de los seis atributos principales de Dios entre los cabalistas: SABIDURÍA, el Intelecto (Nouς), la Palabra (Λόγος) de los platónicos, y la Sofía (Σοφία) de los gnósticos; MAGNIFICENCIA, símbolo de lo que era la Cabeza del León; y VICTORIA Y GLORIA (Tsa-baoth), que son las dos columnas Jakin y Boaz que se yerguen en el pórtico del Templo de la Masonería. Para el Masón cristiano son las tres primeras letras del nombre del Hijo de Dios, Quien murió en la Cruz para

redimir a la humanidad.

Preg.: ¿Cuál es la primera de las Tres Alianzas, de la cual llevamos la marca?

Resp.: La que Dios hizo con Noé, cuando Él dijo «Nunca más volveré a maldecir la tierra por causa del hombre, ni volveré a destruir todo ser viviente como lo he hecho. Mientras la tierra permanezca, la siembra y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche, nunca cesarán. He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros, y con toda criatura viviente. Y la Humanidad no será exterminada por las aguas de las inundaciones, ni habrá más diluvios para destruir la tierra. Esta es la señal de Mi pacto: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal de la alianza entre la Tierra y Yo; una alianza eterna entre toda criatura viviente sobre la Tierra y Su Creador».

Preg.: ¿Cuál es la segunda de las Tres Alianzas?

Resp.: La que Dios hizo con Abraham, cuando Él dijo «Yo soy el Dios Absoluto y No Creado. Haré mi Alianza entre tú y Yo, y serás Padre de Muchas Naciones, y Reyes

saldrán de tus lomos. Estableceré mi pacto entre tú y Yo, y con la descendencia que venga después de ti, hasta la más remota de las generaciones, en una Alianza Eterna. Y seré tu Dios y su Dios, y te entregaré la Tierra de Canaán para una posesión imperecedera».

Preg.: ¿Cuál es la tercera de las Tres Alianzas?

Resp.: La que Dios hizo con todos los hombres por medio de Sus profetas, cuando dijo «Juntaré a todas las naciones y lenguas, y vendrán y verán Mi gloria. Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y una nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni vendrá más al pensamiento. El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará; sino que el Señor te será por luz perpetua. Su Espíritu y Su Palabra permanecerán por siempre con los hombres. Los cielos se desvanecerán como vapor, y la tierra se gastará como un vestido, y de la misma manera perecerán sus moradores; pero mi salvación será para siempre, y mi justicia no perecerá. Y habrá luz entre los gentiles, y salvación hasta el fin de la tierra. Los redimidos por el Señor regresarán, y una alegría eterna coronará sus cabezas, y el

dolor y el pesar se desvanecerán».

Preg.: ¿Cuál es el símbolo de la Triple Alianza?

Resp.: El Triple Triángulo.

Preg.: ¿De qué más es símbolo para nosotros?

Resp.: de la trinidad de atributos de la Deidad, y de la triple esencia del Hombre: el Principio de Vida, el Poder Intelectual, y el Alma o Emanación Inmortal de la Deidad.

Preg.: ¿Cuál es la primera gran Verdad de los Sagrados Misterios?

Resp.: Que ningún hombre ha visto a Dios en ningún momento. Él es Uno, Eterno, Todopoderoso, Omnisciente, Infinitamente Justo, Piadoso, Benevolente y Compasivo, Creador y Preservador de todas las cosas, Fuente de Luz y Vida, coextensivo con el Tiempo y el Espacio. Aquel que piensa, y que con el Pensamiento creó el Universo y todos los seres vivientes, y las almas de los hombres. Esto es lo que es: lo Inmutable, mientras todo lo demás se halla en una génesis perpetua.

Preg.: ¿Cuál es la segunda gran Verdad de los Sagrados Misterios?

Resp.: Que el Alma del Hombre es inmortal, que

no es el resultado de organización o agregado de materia, ni sucesión de fenómenos y percepciones. Sino una Existencia, una e idéntica, espíritu vivo, centella de la Gran Luz Central que entró y mora en el cuerpo, y que lo abandonará en el momento de la muerte para retornar a Dios, su Creador. No se desvanece ni se dispersa con la muerte, como vaho o humo, ni puede ser aniquilada, sino que continúa existiendo y posee actividad e inteligencia, y existía en Dios antes de ser revestida por el cuerpo.

Preg.: ¿Cuál es la tercera gran Verdad de los Sagrados Misterios?

Resp.: Que el impulso que incita a obrar correctamente y disuade del crimen no solo es más antiguo que las naciones y las ciudades, sino coetáneo con ese Ser Divino que ve y dispone tanto en el Cielo como en la Tierra. Pues Tarquinio no infringió con menor gravedad esa ley eterna por el mero hecho de que en su reino no existiese una ley escrita contra tal violencia, dado que el principio que nos empuja a obrar el bien, y nos previene contra la culpa, emana de la naturaleza de las cosas. No comenzó a ser ley cuando

fue escrito, ni tiene un principio; sino que es coetáneo con la misma Inteligencia Divina. La consecuencia de la virtud no es el fin de la misma. Las obras dignas de alabanza deben tener raíces y motivos más profundos para otorgarles el sello de virtuosas.

Preg.: ¿Cuál es la cuarta gran Verdad de la Masonería?

Resp.: Que las verdades morales son tan absolutas como las verdades metafísicas. Incluso la Deidad no puede hacer que haya efectos sin una causa, o fenómenos sin substancia. Como tampoco podría hacer que fuese pecaminoso o malvado respetar la palabra dada, amar la verdad o moderar nuestras pasiones. Los principios de la Moral son axiomas, como los principios de la Geometría. Las leyes morales describen la relaciones necesarias que fluyen de la naturaleza de las cosas, y no son creadas, sino que existen eternamente en Dios. Su existencia continuada no depende del ejercicio de Su Voluntad. La Verdad y la Justicia son Su Esencia. Nuestra obligación de obedecer Su ley no se debe a que nosotros seamos débiles y Dios omnipotente. El poderoso nos puede

forzar, pero ello no implica obligación. Dios es el principio de la Moralidad, pero no por Su mera voluntad que, separada de todos sus otros atributos, no sería justa ni injusta. Dios es la expresión de Su Voluntad en tanto en cuanto esa voluntad es en sí misma expresión de la justicia eterna, absoluta y no creada que se encuentra en Dios, y que Su Voluntad no creó, pero sí ejecuta y promulga, del mismo modo que nuestra voluntad proclama, divulga y lleva a cabo la idea del bien que hay en nosotros. Dios nos ha dado la ley de la Verdad y la Justicia, pero no ha instituido arbitrariamente esa ley. La Justicia es inherente a su Voluntad, porque está contenida en Su inteligencia y sabiduría; es Su mismísima naturaleza y en Su esencia más íntima.

Preg.: ¿Cuál es la quinta gran Verdad de la Masonería?

Resp.: Que hay una distinción esencial entre el Bien y el Mal, entre lo que es justo y lo que es injusto. Y que esta distinción conlleva, para toda criatura inteligente y libre, la obligación absoluta de convenirse a lo que es bueno y justo. El hombre es un ser libre e inteligente. Libre, porque es

consciente de que su deber es obedecer los dictados de la verdad y la justicia, y por ello debe tener la capacidad de obrar así, lo que implica también tener la capacidad de no hacerlo. E inteligente, porque es capaz de comprender la diferencia entre el Bien y el Mal, lo justo y lo injusto, así como la obligación que entraña, estando en su mano adherirse a esa obligación al margen de cualquier contrato o ley positiva; siendo capaz de resistir las tentaciones que le empujan al mal y a la iniquidad para así cumplir la ley sagrada de la justicia eterna. El hombre no está gobernado por un Destino inexorable o un Hado irresistible, sino que es libre de elegir entre el mal y el bien. Esa Justicia y Derecho, el Bien y la Belleza, son la esencia de la Divinidad, al igual que su infinitud. Y por ello existen leyes para el hombre. Y somos conscientes de nuestra libertad de obrar, del mismo modo que somos conscientes de nuestra identidad, así como de la continuidad de nuestra existencia; y tenemos la misma evidencia de una cosa que de la otra; y si podemos poner una en duda, entonces tampoco tendremos certeza de la otra, y todo será

irreal. Entonces podríamos negar nuestro libre albedrío y nuestra libertad de obrar únicamente sobre la base de que están entre las cosas imposibles. Lo que sería negar la Omnipotencia de Dios.

Preg.: ¿Cuál es la sexta gran Verdad de la Masone-ría?

Resp.: Que la necesidad de practicar las verdades morales es una obligación. Las verdades morales, necesarias ante el ojo de la razón, son obligatorias para la voluntad. La obligación moral, al igual que la verdad, que es su cimiento, es absoluta. Del mismo modo que las verdades necesarias no son más o menos necesarias, así la obligación no es más o menos obligatoria. Hay grados de importancia entre las distintas obligaciones, pero no los hay en la obligación misma. No podemos estar *casi* obligados. Lo estamos por completo, o no lo estamos en absoluto. Si hubiese un lugar o refugio en el que pudiésemos escaparnos de ella, cesaría de existir. Si la obligación es absoluta, también es inmutable y universal. Pues si lo que hoy debe ser mañana pudiera no deber serlo, si lo que es obligatorio para mí puede no ser obligatorio para ti, la

obligación diferiría de sí mismo, y sería variable y contingente. Este hecho es el principio de toda moralidad. Y por ello todo acto contrario a derecho y justicia merece ser reprimido por la fuerza, y castigado cuando sea cometido. Pues todo hombre reconoce de forma natural la distinción entre justicia e injusticia, lo honesto y lo deshonesto; y siente, sin que se lo enseñen, que aunque no haya ley escrita, está mal que el vicio sea recompensado o no castigado, o que la virtud sea perseguida o ignorada. Y siendo Dios infinitamente justo y bueno, se sigue necesaria e inflexiblemente que el castigo es el resultado del pecado, su corolario inevitable y natural, y no una venganza arbitraria.

Preg.: ¿Cuál es la séptima gran Verdad de la Masonería?

Resp.: Que la inmutable ley de Dios exige que, además de respetar escrupulosamente los derechos de los otros y ser justos, debemos ser buenos y caritativos, y obedecer el dictado de los generosos y nobles sentimientos del alma. La caridad es una ley, pues nuestra alma no está satisfecha ni cómoda si no hemos aliviado

al pobre, al que sufre y al afligido. La caridad consiste en dar aquello que aquel a quien das no tiene derecho a cogerte o pedirte. Ser caritativo es una obligación. Somos los Limosneros del tesoro de Dios. Pero la obligación no es tan precisa e inflexible como la obligación de ser justo. La caridad no conoce regla ni límite. Está más allá de cualquier obligación. Su libertad es su belleza. «Aquel que no ama no conoce a Dios; pues Dios es Amor. Si nos amamos los unos a los otros, Dios mora en nosotros, y Su amor es perfeccionado en nosotros. Dios es amor, y aquel que mora en el amor, vive en Dios, y Dios en él». Ser amable y fraternalmente afectuoso con el Hermano; socorrer la necesidad del desposeído y ser generoso, liberal y hospitalario; no devolver a ningún hombre mal por mal; alegrarse ante la buena fortuna de otros y simpatizar con ellos en sus adversidades y pesares; vivir pacíficamente con todos los hombres, y pagar las ofensas con amabilidad y generosidad, estos son los sublimes dictados de la Ley Moral, enseñada por la Masonería desde el amanecer de los tiempos.

Preg.: ¿Cuál es la octava gran Verdad de la Masonería?

Resp.: Que las leyes que controlan y regulan el Universo de Dios son las del movimiento y la armonía. Vemos únicamente los sucesos aislados, y con nuestra débil y limitada capacidad y visión no podemos discernir su conexión, ni tampoco los poderosos acordes que hacen armonía a partir de la discordancia aparente. El mal es únicamente aparente, y en realidad todo es bueno y perfecto. Pues el dolor y el desconsuelo, la persecución y las tribulaciones, la aflicción y la pobreza, la enfermedad y la muerte no son sino los medios a través de los cuales se desarrollan las más nobles virtudes. Sin ellos, sin el pecado y el error, el mal y las atrocidades, dado que no puede haber efecto sin causa, no podría haber ni paciencia ante el sufrimiento y las penurias; ni prudencia ante la dificultad; ni templanza para evitar el exceso; ni valentía ante el peligro; ni verdad, cuando hablar la verdad es arriesgado; ni amor, cuando es recompensado con la ingratitud; ni caridad para el necesitado y el desposeído; ni perdón de las ofensas; ni

tolerancia ante las opiniones erróneas; ni caridad en la justicia ni comprensión ante las motivaciones de las acciones de los hombres; ni patriotismo, ni heroísmo, ni honor, ni autonegación, ni generosidad. Estas y muchas otras virtudes y excelencias no existirían, e incluso sus nombres serían desconocidos. Y las pobres virtudes que aún existiesen, a duras penas merecerían ese nombre. Pues la vida sería plana, anodina, muerta, un erial sobre el que ninguno de los elevados elementos de la naturaleza humana sobresaldría. Y el hombre yacería en la indolencia y el ocio, en lugar de ser un bravo soldado militando contra las sombrías legiones del Mal y las ásperas dificultades.

Preg.: ¿Cuál es la novena gran Verdad de la Masonería?

Resp.: La gran enseñanza principal de este Grado: que la Justicia, la Sabiduría y la Piedad de Dios son igualmente infinitas, pese a lo cual no entran en conflicto unas con otras, sino que forman una gran y perfecta Trinidad de atributos, trina pero aún así una. Que, siendo absoluto el principio de mérito y demérito, y mereciendo toda buena acción su

recompensa, y toda mala acción su castigo, y siendo Dios justo porque es bueno; y a pesar de todas las situaciones recurrentes en este mundo en que el crimen, la crueldad, la opresión, la tiranía y la injusticia prosperan y son afortunadas y celebradas, y gobiernan y reinan, y disfrutan de las bendiciones de la beneficencia de Dios, al tiempo que los virtuosos y puros son desgraciados, y padecen infortunio y miseria, o son arrojados a las mazmorras donde perecen de frío y hambre, o son esclavos de la opresión e instrumentos y víctimas de los descreídos que gobiernan, de no haber otro mundo más allá de este, esta tierra no sería más que un gran teatro de error e injusticia, lo que demostraría que Dios incumple por completo Sus propias y necesarias leyes de mérito y demérito. De lo que se deduce que debe haber otra vida en la que todas estas injusticias sean reparadas.

Grado también enseña que las potencias del alma humana tienden al infinito, y que su indómito instinto de inmortalidad, así como la esperanza universal en otra vida, testificada por todos los credos, poetas y

tradiciones, da fe de ella. Pues el hombre no es un huérfano, sino que tiene un Padre próximo y cercano. Y llegará un día en que la Luz y la Verdad, y la Justicia y el Bien resultarán victoriosos, y la Oscuridad, el Error y el Mal serán aniquilados para no ser jamás recordados. Y también enseña que el Universo es una gran Armonía en la cual, según la fe de todas las naciones, la Luz prevalecerá sobre la Oscuridad y el Principio del Bien sobre el del Mal. Y las miríadas de almas que emanaron de la Divinidad, una vez purificadas y ennoblecidas por la lucha aquí abajo, retornarán a la dicha absoluta en el seno de Dios, llegado el día en que ya no sea posible ofender Sus Leyes.

Preg.: ¿Cuál es, pues, la lección grande y una que se nos enseña, como Masones, en este Grado?

Resp.: Que todos los hombres buenos tienden a ese estado y reino de Luz, Verdad y Perfección, que es absolutamente cierto. Y que si hay una ley a la que todos estamos sujetos que implica que nuestros cuerpos físicos estén inexorablemente condenados a la oscuridad y el polvo, hay otra no menos cierta ni menos poderosa que

conduce nuestros espíritus al estado de Felicidad y Esplendor y Perfección en el seno de Dios Padre. Las ruedas de la naturaleza no están hechas para girar hacia atrás. Todo empuja hacia la Eternidad. Desde el origen de los tiempos ha existido una impetuosa corriente que arrastra a todos los hijos de los hombres hacia ese océano interminable. Mientras tanto, el Cielo atrae hacia sí a todo aquello que es de su misma naturaleza, enriqueciéndose con lo que obtiene de la Tierra, y recogiendo en su seno a todo aquello que es puro, permanente y divino, no dejando nada por consumir al último fuego excepto la bruta materia que crea concupiscencia; mientras que todo lo digno de alcanzar esa buena fortuna será seleccionado y recogido de entre las ruinas del mundo para adornar esa Ciudad Eterna.

cada Masón obedezca la voz que le llama hacia allí. Busquemos las cosas del cielo, y no nos contentemos con un mundo que debe pronto perecer y que abandonaremos rápidamente, mientras descuidamos nuestra preparación para la morada en la que estamos invitados a habitar para siempre. Mientras todo en nosotros y

alrededor de nosotros nos recuerda la cercanía de la muerte, y nos muestra que este no es nuestro reposo, apresurémonos a prepararnos para el otro mundo, e imploremos con la mayor devoción el auxilio y la fuerza de nuestro Padre, el Único que puede poner fin a esa guerra aciaga que nuestros deseos han llevado a cabo contra nuestro destino. Cuando estos se muevan en la misma dirección, y cuando lo que Dios dispone como inexcusable se haya convertido en nuestra propia elección, todo será nuestro. La vida habrá sido despojada de su vanidad, y la muerte desarmada de sus terrores.

Preg.: ¿Cuáles son los símbolos de purificación necesarios para hacernos Masones perfectos?

Resp.: El Lavatorio con agua pura, o Bautismo, pues purificar el cuerpo es símbolo de purificar el alma, y conduce a la salud corporal, del mismo modo que la virtud es la salud del alma, como el vicio y el pecado son su enfermedad y padecimiento.

Jnción o el Óleo, porque de este modo somos apartados y dedicados al servicio y sacerdocio de lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno.

; Vestiduras Blancas, emblemas de candor, pureza y verdad.

Preg.: ¿Cuál es para nosotros el símbolo principal de la Redención y regeneración final del hombre?

Resp.: La cena fraternal, compuesta del pan que alimenta y del vino que refresca y llena de estimulante júbilo, que representa el tiempo por llegar, cuando toda la Humanidad sea una gran y armoniosa hermandad.

Y este Grado nos proporciona también la siguientes grandes enseñanzas: que si tenemos en cuenta que la materia siempre se encuentra en cambio, pero que ni un solo átomo es destruido, no es racional suponer que el alma, mucho más noble, no continuará existiendo más allá de la tumba. Y que muchos miles que han muerto antes que nosotros pueden reclamar ser los propietarios mancomunados, junto con nosotros mismos, de las partículas que componen nuestros cuerpos mortales; pues la materia siempre forma nuevas combinaciones, y los cuerpos de los antiguos muertos, los patriarcas de antes y después del Diluvio, los reyes y los comunes de todas las épocas, regresaron al

polvo y se dispersaron por el viento hacia todos los continentes, creando nuevos lazos de simpatía y hermandad entre todos los hombres vivientes y entre sus razas. Y esto, a través del pan que comeremos y el vino que beberemos esta noche, podrá penetrar en nosotros, pasando a formar parte de nuestro cuerpo las mismas partículas de materia que antaño formaron parte de los cuerpos de Moisés, Confucio, Platón, Sócrates o Jesús de Nazaret. En el sentido más real, nos comemos y nos bebemos los cuerpos de los muertos; y no podemos decir que haya un único átomo de nuestra sangre o de nuestro cuerpo cuya propiedad no pueda venir a disputárnosla alguna otra alma. Y este Grado también nos muestra la infinita beneficencia de Dios, que nos otorga momentos de siembra y de cosecha, cada una en su temporada, y hace caer Su lluvia sobre nosotros y hace brillar Su sol sobre nosotros, concediéndonos, sin que nosotros lo exijamos, Sus innumerables bendiciones sin pedir nada a cambio. Pues no hay ángeles situados en las atalayas de la creación que llamen al mundo a la oración y el sacrificio. Pero Él otorga Sus dones

en silencio, como un buen amigo que llega por la noche y, dejando sus ofrendas en la puerta para que nosotros las encontremos por la mañana, parte discretamente y no pide que le den las gracias, ni cesa de ayudarnos si nos mostramos ingratos.

Y por ello el pan y el vino nos enseñan que nuestro cuerpo mortal no es nuestro propio yo, sino únicamente la casa en que vivimos, o los andrajos que nos revisten. Sólo el Alma es el Yo, el Centro, emanación idéntica e inmutable de la Deidad, que retornará a Dios para ser por siempre feliz a su debido tiempo; mientras que nuestros cuerpos mortales se disuelven y regresan a la tierra de la que surgió, yendo y viniendo en una génesis perpetua. Para nuestros hermanos hebreos, esta cena representa el Pesaj. Para el masón cristiano, evoca la Santa Cena compartida por Cristo y sus discípulos cuando, al celebrar la Pascua Judía, les dijo: «Tomad y comer, pues esto es Mi cuerpo». Y pasándoles la copa, dijo: «Tomad y bebed, pues esta es Mi Sangre del Nuevo Testamento, derramada por muchos para el perdón de los pecados», simbolizando de este modo la perfecta armonía y unión

entre Él mismo y los creyentes, así como Su muerte en la Cruz por la salvación del hombre».

La historia de la Masonería es la historia de la Filosofía. Los masones no pretenden erigirse en instructores de la raza humana. Pero, aunque los Misterios vieron su nacimiento en Asia, y Asia los preservó, es la Masonería quien, en Europa y América, ha proporcionado regularidad, espíritu y acción a sus doctrinas, y ha desarrollado las ventajas morales que la humanidad puede obtener de ellos. Siendo más consistente, y más sencilla en sus procedimientos, ha puesto fin al vasto panteón alegórico de mitologías antiguas, convirtiéndose en ciencia.

Nadie puede negar que Cristo impartió una elevada moral. «Amaos los unos a los otros; perdonar a aquellos que os maltratan y persiguen sin piedad. Sed puros de corazón, mansos, humildes, modestos. No ansiéis las riquezas de la Tierra, sino las del Cielo. Someteos a los poderes que se hallen legítimamente sobre vosotros. Sed como estos niños, o no podréis ser salvos, pues de ellos es el Reino de los Cielos. Perdonad al que se arrepiente, y no arrojéis piedra alguna al pecador, pues no estáis libres de pecado. Haced a los otros lo que desearíais que los otros os hiciesen». Tales, y no abstrusas cuestiones teológicas, eran sus sencillas y sublimes enseñanzas.

Los primeros cristianos siguieron Su pasos. Los primeros predicadores de la fe no tenían afán de dominación. Animados enteramente por Su precepto de que el primero debería ser el que sirviese con más devoción, eran humildes, modestos y caritativos, siendo conscientes de cómo comunicar este espíritu del hombre interior a las iglesias bajo su dirección. Estas iglesias no eran al principio más que reuniones espontáneas de todos los cristianos que habitaban en la misma localidad. Una moralidad severa y pura, mezclada con entusiasmo religioso, era la característica principal, que despertaba admiración incluso entre sus perseguidores. Todo era en común entre ellos: sus propiedades, sus alegrías y sus pesares. En el silencio de la noche se reunían para la catequesis y orar juntos. Sus ágapes o cenas fraternas concluían estas reuniones, en las que toda diferencia de posición social o rango quedaba difuminada en presencia de la Divinidad paternal. Su único objeto era hacer mejores a los hombres, aproximándoles a un culto sencillo del que la moralidad universal era la base, así como oponerse a los numerosos y crueles sacrificios que por doquier inundaban de sangre los altares de los dioses. Así reformó el mundo el Cristianismo, que seguía realmente las enseñanzas de su fundador. Concedió a la mujer su propio

rango e influencia, reguló la vida doméstica y, admitiendo a los esclavos en los ágapes, paulatinamente los elevó sobre la opresión en que esa mitad de la humanidad había estado sumida durante eras. Esta era la verdadera y primera religión, tal como fue enseñada por el Mismo Cristo, y tal y como fue comunicada por Dios a los Patriarcas. No era una religión nueva, sino la repetición de la más antigua de todas; y su moralidad verdadera y perfecta es la moral de la Masonería, como lo es de cualquier credo de la antigüedad.

En los primeros días del Cristianismo se celebraba una iniciación como la practicada entre los paganos. Las personas eran únicamente admitidas bajo ciertas condiciones especiales. Para llegar al completo conocimiento de la doctrina debían atravesar tres grados de instrucción. Los iniciados quedaban consecuentemente divididos en tres clases: la primera, los Auditores; la segunda, los Catecúmenos; y la tercera, los Fieles. Los Auditores eran una especie de novicios que eran preparados por medio de ciertas ceremonias y cierta instrucción para recibir los dogmas del Cristianismo. Una parte de estos dogmas se revelaba a los Catecúmenos, que tras unas purificaciones particulares recibían el Bautismo,

o la iniciación en la teogénesis (generación divina). Pero en los grandes misterios de esa religión, la Encarnación, la Natividad, la Pasión y la Resurrección de Cristo, únicamente los Fieles eran iniciados. Estas doctrinas, así como la celebración de los Santos Sacramentos, particularmente la Eucaristía, eran mantenidas en el más profundo secreto. Estos Misterios eran divididos en dos partes: los primeros conformaban la Misa de los Catecúmenos; los segundos, la Misa de los Fieles. La celebración de los Misterios de Mitra era también denominada misa, y las ceremonias empleadas eran las mismas. Allí se encontraban todos los sacramentos de la Iglesia Católica, incluso el soplo de la Confirmación. Los sacerdotes de Mitra prometían a los iniciados liberarse del pecado por medio de la confesión o el bautismo, así como una vida futura de felicidad o pesar. Celebraban la Oblación del Pan, imagen de la Resurrección. También el bautismo de los recién nacidos, la extremaunción y la confesión de los pecados pertenecían a los ritos mitraicos. El candidato era purificado por una especie de bautismo, una marca impresa en su frente, y una ofrenda de pan y agua mientras pronunciaba ciertas palabras misteriosas.

Durante las persecuciones en las primeras

etapas del cristianismo, los cristianos se refugiaron en las vastas catacumbas que se extendían por kilómetros en todas direcciones bajo la ciudad de Roma, y a las que incluso se supone origen etrusco. Allí, entre recovecos y laberintos, profundas cavernas, cámaras escondidas, capillas y tumbas, los fugitivos perseguidos encontraron refugio, y también celebraban las ceremonias de los Misterios.

Los basilideanos, secta cristiana que surgió al poco de finalizar la etapa de los apóstoles, practicaban los Misterios según la antigua leyenda egipcia. Simbolizaban a Osiris en el Sol, a Isis en la Luna, y a Tifón en Escorpio. Y portaban cristales con estos emblemas como amuletos o talismanes para protegerles de los peligros; amuletos sobre los que también figuraba una estrella brillante y la serpiente, elementos que fueron copiados de los talismanes de Persia y Arabia, y que eran entregados a todos los candidatos en su iniciación.

Ireneo nos dice que los Simonianos, una de las principales sectas gnósticas, tenían un Sacerdocio de los Misterios.

Tertuliano nos dice que los Valentinianos, la más celebrada de todas las escuelas gnósticas, imitó, o más bien pervirtió, los Misterios de Eleusis. Ireneo nos narra, en una serie de curiosos

capítulos, los Misterios practicados por los marcosianos. Y Orígenes nos ofrece gran cantidad de información acerca de los Misterios Ofitas. Y no hay duda de que todas las sectas gnósticas tenían Misterios e Iniciación. Todas afirmaban poseer una doctrina secreta que les llegaba directamente de Jesucristo, una doctrina distinta a la de los Evangelios y Epístolas, y superior a estas enseñanzas que, a sus ojos, eran meramente exotéricas. No comunicaban esta doctrina secreta a todos; y entre la numerosa secta de los basilideanos, a duras penas uno de cada mil la conocía, tal y como sabemos por Ireneo. Únicamente conocemos la denominación de la clase más alta de sus iniciados, que eran llamados Elegidos o Élus (Εκλεκτοί) y Extraños al Mundo (ξένοι ἐν κόσμῳ). Tenían al menos tres Grados: el Material, el Intelectual y el Espiritual, y Misterios Mayores y Menores, siendo el número de adeptos que alcanzaban el más alto grado sumamente reducido.

El Bautismo era una de sus más importantes ceremonias; y los basilideanos celebraban el 10 de Enero como aniversario del día en que Cristo fue bautizado en el Jordán. Tenían la ceremonia de imposición de manos como método de purificación; y también la del banquete místico, emblema de aquel en el que la Sabiduría Celestial

algún día les admitiría, en la plenitud de las cosas o Pleroma (Πλήρωμα). Sus ceremonias eran bastante más parecidas a las de los cristianos que a las de los griegos, aunque llevaban a cabo un particular sincretismo con elementos orientales y egipcios, de forma que impartían las verdades primitivas mezcladas con un sinnúmero de errores fantásticos y ficciones. La disciplina del secreto consistía en la ocultación (*occultatio*) de ciertos principios y ceremonias. Así lo afirma Clemente de Alejandría.

Para evitar la persecución, los primeros cristianos se vieron obligados a tomar grandes precauciones, y a celebrar las reuniones de los Fieles (*de la Casa de los Fieles*) en lugares privados, protegidos por la discreción y el secreto. Se reunían por la noche, guardándose de la intrusión de falsos hermanos y profanos, posibles espías que podrían provocar su arresto. Conversaban entre ellos de forma figurada y empleando símbolos, so pena de que los profanos y fisgones pudiesen escuchar lo que no debían. Y existía entre ellos una clase, u orden, favorecido, que eran iniciados en ciertos misterios que juraban solemnemente no revelar, ni tratar con nadie que no los hubiese recibido con las mismas condiciones de discreción. Se llamaban Hermanos, Fieles, Expertos de los Misterios,

Superintendentes, Devotos del Secreto, y Arquitectos.

En la *Jerarquía*, atribuida a San Dionisio el Areopagita, primer Obispo de Atenas, se dice que la tradición del sacramento ha sido dividida en tres grados: *purificación, iniciación y perfección*, y menciona como parte de la ceremonia el *traer a la vista*. Las Constituciones Apostólicas, atribuidas a Clemente, Obispo de Roma, describen la iglesia primitiva, afirmando: «Estas regulaciones no deben ser comunicadas a cualquier clase de persona, sino con gran cautela, debido a los Misterios contenidos en ellas». Mencionan el deber del diácono de guardar las puertas, de forma que ningún profano pueda entrar a la oblación. Los *ostiarii*, o porteros, mantenían guardia, notificando la hora de la oración y de las asambleas eclesiales. Y también, por medio de señales discretas, en tiempos de persecución, informaban a los adeptos de cómo evitar el peligro. Los Misterios estaban abiertos únicamente a los Fieles o *Fideles*, no siendo permitidos espectadores en la Comunión.

Tertuliano, que murió en torno a 216, dice en su *Apología*: «Nadie era admitido a los Misterios sin un juramento de secreto. Apelábamos a los Misterios tracios o eleusinos, y éramos especialmente minuciosos en esto, pues en caso

de incumplir el juramento, no solamente provocarían al Cielo, sino que atraerían sobre sí la reprobación de sus semejantes con el mayor rigor. Y de este modo los extraños no podrían traicionarnos, pues no sabrían nada más que a través de terceras personas y habladurías».

Clemente, Obispo de Alejandría, nacido hacia 191, comenta en su *Stromata* que no puede explicar los Misterios, pues de ese modo, y conforme a un antiguo proverbio, estaría poniendo una espada en las manos de un niño. Compara con frecuencia la disciplina del secreto con los misterios paganos y su sabiduría interna y recóndita. Siempre que los primeros cristianos se hallaban en compañía de extraños, o más exactamente dicho, de profanos, nunca hablaban de sus sacramentos, sino que indicaban a los demás lo que querían decir por medio de símbolos y contraseñas, de forma disimulada, como si la comunicación fuese mente con mente, y a través de enigmas.

Orígenes, nacido en 134 ó 135, respondiendo a Celso, que había negado que los cristianos tuviesen una doctrina secreta, escribió: «Aunque las doctrinas y principios esenciales del Cristianismo sean enseñados abiertamente, es necedad negar que haya otras cosas que sean recónditas; pues la enseñanza cristiana comparte

esto con aquellos filósofos cuyas enseñanzas eran en unos aspectos exotéricos y en otros esotéricos, como era el caso de algunos discípulos de Pitágoras».

La fórmula que la Iglesia primitiva pronunciaba en el momento de celebrar sus Misterios era: «¡Salid, profanos! ¡Que los catecúmenos, y aquellos que no han sido admitidos o iniciados, se ausenten!».

Arquelao, Obispo de Cascara, (Mesopotamia), que en 278 mantuvo una controversia con los maniqueos, dijo: «La Iglesia confiere estos Misterios a aquellos que han pasado por el grado introductorio. No son explicados a los gentiles en ningún caso, ni tampoco a los catecúmenos; sino que nos referimos a ellos en palabras disfrazadas, de forma que el Fiel (Πιστοί), que está en posesión del lenguaje, puede estar mejor informado, y aquellos que no están familiarizados con él no sufran desventaja ».

Cirilo, Obispo de Jerusalén, nació en 315 y murió en 386. En su Catequesis dice: «El Señor habló en parábolas a los que le seguían, pero a Sus discípulos les explicó en privado las parábolas y alegorías que narraba en público. El esplendor de la gloria es para aquellos que son iluminados con prontitud; la oscuridad y las tinieblas son para aquellos que son incrédulos e

ignorantes. De este modo la Iglesia descubre sus Misterios a los que han avanzado más allá del grado de catecúmenos, mientras emplea términos oscuros con los demás».

San Basilio, el gran Obispo de Cesárea, nacido en 330 y que murió en 379, dice: «Recibimos los dogmas que nos han sido transmitidos por escrito, y aquellos que nos han llegado de los Apóstoles velados en el misterio de la tradición oral. Pues hay cosas que nos han sido legadas sin ser escritas, so pena de que el vulgo, una vez familiarizado con nuestros dogmas, perdiese el respeto que se les debe. Esto es lo que no se permite contemplar al no iniciado, y por ello no sería conveniente ponerlo por escrito y hacerlo circular entre la plebe».

San Gregorio Nacianceno, Obispo de Constantinopla en 379, dice: «Habéis escuchado tanto de los Misterios como nos es permitido hablar abiertamente a los oídos de todos; pero el resto os será comunicado en privado, y eso es lo que debéis guardar en vuestro interior (…) Nuestros Misterios no deben ser conocidos por los extraños».

San Ambrosio, Arzobispo de Milán nacido en 340 y fallecido en 393, afirma en su trabajo *De Mysteriis*: «Todo Misterio debe ser mantenido en secreto, guardado por un fiel silencio, so pena de

que sea divulgado de forma poco considerada a los oídos profanos (…) No está dado a todos el contemplar las profundidades de nuestros Misterios (…) de forma que no pueden ser vistos por aquellos que no deban conocerlos». Y en otro texto afirma: «Peca contra Dios aquel que divulga al indigno los Misterios que le han sido confiados. El peligro no consiste únicamente en violar la verdad, sino en decirla o dar indicaciones de ello a aquellos para los que debería estar velada. ¡Guardaos de arrojar perlas a los cerdos! Todo Misterio debería ser mantenido en secreto y, en cierta manera, quedar cubierto por el silencio, para que no sea divulgado precipitadamente a los oídos de los profanos. ¡Guárdate de revelar imprudentemente los Misterios!».

San Agustín, Obispo de Hipona nacido en 347 y fallecido en 430, afirma en uno de sus discursos: «Una vez que hemos hecho salir a los catecúmenos, os hemos retenido únicamente a vosotros como nuestros oyentes; porque, aparte de las cosas que pertenecen a todos los cristianos en común, ahora vamos a hablaros de los sublimes Misterios, cosa que a nadie le está permitido escuchar, salvo a aquellos que, por privilegio del Maestro, han sido hechos partícipes de ellos. (…) Enseñarlos abiertamente habría sido

traicionarlos». Y hace referencia al Arca de la Alianza, de la que afirma que representaba un Misterio o Secreto de Dios, cubierto por el querubín de gloria y honrado al ser velado.

San Crisóstomo y San Agustín citan la Iniciación más de quince veces. San Ambrosio escribe para aquellos que han sido iniciados; y la iniciación no era únicamente el bautismo o la admisión a la iglesia, sino que se refería a la iniciación en los Misterios. Para los bautizados e iniciados los Misterios de la religión quedaban desvelados. Pero eran mantenidos en secreto para los catecúmenos, a los que se permitía escuchar las Escrituras leídas y las enseñanzas habituales, pero no tratar de los Misterios, que quedaban reservados para los Fieles. Cuando los servicios y las oraciones finalizaban, los catecúmenos y espectadores se retiraban.

Crisóstomo, Obispo de Constantinopla nacido en 354 y muerto en 417, afirma: «Desearía hablar abiertamente, pero no me atrevo, habida cuenta de la presencia de aquellos que no han sido iniciados. Por ello hablaré con términos ocultos, expresándome de forma vaga y oscura. (…) Donde los sagrados Misterios son celebrados, expulsamos a todo aquel que no ha sido iniciado, tras lo cual cerramos las puertas». Crisóstomo menciona las aclamaciones de los iniciados,

«sobre las cuales», dice, «paso en silencio; pues es prohibido revelar tales cosas al profano». Paladio, en su *Vida de Crisóstomo*, registra el gran ultraje protagonizado por un tumulto que, habiendo sido excitado contra Crisóstomo por sus enemigos, entró por la fuerza en el *penetralia*, lugar vedado para los no iniciados; circunstancia que el propio Crisóstomo menciona en su epístola al Papa Inocencio.

San Cirilo de Alejandría, que fue consagrado obispo en 412, muriendo en 444, cita en su séptimo libro contra Juliano: «Estos Misterios son tan profundos y tan exaltados que únicamente pueden ser comprendidos por aquellos que han sido iluminados. Por ello no pretenderé hablar de lo que hay tan admirable en ellos, pues si lo mostrase a los no iniciados ofendería al mandamiento de no dar lo que es sagrado al impuro, ni arrojar perlas a quien no es capaz de estimar su valor. Diría mucho más, de no ser por el temor a ser escuchado por los no iniciados, pues los hombres siempre están dispuestos a burlarse de lo que no comprenden. Y el ignorante, inconsciente de la debilidad de su mente, condena lo que debería venerar».

Teodoreto, Obispo de Cirópolis, en Siria, nacido en 393 y consagrado obispo en 420. En uno de sus tres diálogos, denominado *El*

Inmutable, presenta a *Ortodoxo*, hablando de esta manera: «Respóndeme, si te place, en términos místicos u oscuros, pues quizá haya presentes algunas personas que no hayan sido iniciadas en los Misterios». Y en su prefacio a Ezequiel, en el que hace remontar la disciplina secreta al comienzo de la Era Cristiana, afirma: «Estos Misterios son tan augustos que deberíamos guardarlos con la mayor cautela». Minucio Félix, eminente jurista de Roma que vivió en 212 y escribió una apología del Cristianismo, dice: «Muchos de los cristianos se reconocen por toques y signos (*notis et insignibus*) y forman amistad con el otro aun antes de conocerse».

La palabra latina *tessera* significaba originalmente un trozo cuadrado de madera o piedra, empleada en la confección de pavimentos teselados; posteriormente adoptó la acepción de una tablilla sobre la que se escribía un texto, y posteriormente un cubo o dado. Su uso más general era para designar un trozo de metal o madera, de forma cuadrada, sobre la que se escribía la palabra de pase de un ejército, con lo que la palabra *tessera* ha terminado significando la palabra de pase misma. Existía también una *tessera hospitalis*, una pieza de madera cortada en dos partes como juramento de amistad. Cada uno de los amigos mantenía una de las partes, y se

juraban fidelidad mutua ante Júpiter. Romper la tesela se consideraba como la disolución de la amistad. Los primeros cristianos la empleaban como Marca, la contraseña de la amistad, aunque entre ellos tenía forma de pez y estaba hecha de hueso. Sobre su anverso se inscribía la palabra Ἰχθῦς, pescado, cuyas iniciales eran acrónimo de las palabras griegas Ιησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτήρ, Jesús Cristo, Hijo de Dios, el Salvador.

San Agustín, en *de Fide et Symbolis* dice: «Esta es la fe que se ofrece a los novicios en pocas palabras, para que sea guardada como símbolo. Estas pocas palabras son conocidas por todos los Fieles: para que creyendo sean sumisos ante Dios, y siendo así dóciles, puedan vivir correctamente; y viviendo correctamente puedan purificar sus corazones, y con un corazón puro puedan comprender aquello en lo que creen».

Máximo Taurino escribe: «La tesela es símbolo y signo por el que se distingue al creyente del profano».

Hay tres Grados en la Masonería Simbólica. Había tres Grandes Maestros, dos reyes y Khir-Om, el artífice. Hay tres Oficiales principales en la Logia, Tres Luces en el Altar, tres puertas del Templo, en Oriente, Occidente y Mediodía. Las Tres Luces representan al Sol, la Luna y Mercurio; Osiris, Isis y Horus; el Padre, la Madre

y el Hijo; Sabiduría, Fuerza y Belleza; Jojmá, Biná y Daath; Gedulá, Geburá y Tiferet. El candidato realiza tres viajes por la Logia. Tres eran los asesinos de Khir-Om, que fue asesinado por tres golpes mientras intentaba escapar por las tres puertas del Templo. Tres fueron los intentos por sacarlos de su tumba. Hay tres divisiones del Templo, con tres cinco y siete peldaños. Un Maestro trabaja con tiza, carbón y un recipiente de arcilla. Tres son las Joyas Móviles e Inmóviles. El Triángulo aparece entre los símbolos masónicos. Las dos líneas paralelas que encierran el círculo están conectadas en la parte superior, como lo están las Columnas Jakin y Boaz, que simbolizan el equilibrio que explica los grandes Misterios de la Naturaleza. Esta continua repetición del número tres no es accidental, y no está exenta de un profundo significado. La encontramos también en todas las filosofías antiguas.

Los dioses egipcios formaban tríadas en las que el tercer miembro procedía de los otros dos. De esta forma tenemos la Tríada de Tebas, Amón, Mut y Jonsu; la de Filae, Osiris, Isis y Horus; la de Elefantina y las Cataratas, Nef, Sate y Anuké. Osiris, Isis y Horus eran el Padre, la Madre y el Hijo, siendo este último la Luz, el Alma del Mundo, el Protógonos o Primer Concebido.

Algunas veces esta tríada era contemplada como Espíritu, o Principio Activo o Generador; Materia, o Principio Pasivo o Capacidad Productiva; y el Universo, que procede de ambos principios. También encontramos en Egipto esta tríada o trinidad: Amón-Ra, el Creador; Osiris-Ra, el Dador del Fruto; y Horus-Ra, Fuente de la Luz, simbolizado por el Sol de Verano, Otoño y Primavera. Pues los egipcios no tenían más que tres estaciones, que se correspondían con las tres puertas del Templo, y según los distintos efectos del Sol sobre estas tres puertas o estaciones, así la Deidad se manifestaba de tres formas.

La Trinidad fenicia constaba de Ulomos, Chusoros y el Huevo del que procedía el Universo.

La Tríada Caldea consistía en Baal (trasunto de la persa Zeruane-Akerene), Oromasdes y Ahrimán. Los principios del bien y del mal fluían de manera semejante del Padre, y por medio de su equilibrio y preponderancia alternativa producían la Armonía. Cada uno regía, alternativamente, durante períodos iguales, hasta el día en que finalmente el Principio del Mal se convierta al Bien.

Los oráculos caldeos y persas de Zaratustra nos ofrecen la tríada de Fuego, Luz y Éter.

Orfeo celebra la Tríada de Fanes, Urano y Cronos. Corry afirma que la Trinidad Órfica consistía en Metis, Fanes y Ericapeo. Acusilao de Argos la hace estar compuesta de Metis, Eros y Éter: Voluntad, Amor y Éter. Ferécides de Siro, de Fuego, Agua y Aire o Espíritu.

Los tres primeros de entre los Ameshas Spentas persas eran Bahmán, el Señor de la Luz; Ardibehest, el Señor del Fuego; y Shariver, Señor del Esplendor. De forma conjunta nos remiten a la Cábala.

Escribe Plutarco: «La naturaleza más sublime y divina consiste en tres: lo Inteligible (es decir, aquello que únicamente existe de momento en el Intelecto, το Νοητος); la Materia (Υλη), y lo que procede de ambos, que los griegos denominaban Cosmos, aunque Platón denomina a lo Inteligible como la Idea, el Ejemplo, el Padre; a la Materia, la Madre, Nodriza, receptáculo y lugar de generación. Y el fruto de ambos era el Vástago y Génesis».

En fragmentos de textos pitagóricos se puede leer: «Por lo tanto, antes de que el Cielo fuese hecho, exis-tían la Idea y la Materia, y Dios, el Demiurgo (elemento activo o artífice) de la anterior. A partir de la Materia creó el mundo, perfecto, único creado, con alma e intelecto, y lo creó Divinidad».

Platón nos ofrece el Pensamiento, el Padre; la Materia primitiva, la Madre; y el Cosmos, el Hijo, fruto de ambos principios. El Cosmos es el Universo dotado de Alma.

Entre los platónicos tardíos, la tríada consistía en Potencia, Intelecto y Espíritu. Filón describe la tríada de Sanchoniaton como Fuego, Luz y Flama, los tres hijos de Genos; pero esta idea es alejandrina, no fenicia.

Aurelio dice que el Demiurgo o Creador es triple, y que los tres Intelectos son los Tres Reyes: Aquel que existe; Aquel que posee; Aquel que contempla. El primero es el que existe por su esencia; el segundo existe en el primero, y contiene o posee en sí mismo el universal de las cosas, todo lo que posteriormente llega a existir. El tercero contempla los universales formados e ideales, otorgándoles una existencia separada. El Tercero existe en el Segundo, y el Segundo en el Primero.

La doctrina trinitaria más antigua es la de los brahmines. La Esencia Suprema y Eterna, denominada Parabrahma, Brahma y Paratma, produjeron el Universo por propia reflexión, y el primero se reveló como Brahm, el Poder Creativo; a continuación como Visnú, o Poder Preservador, y finalmente como Shiva, o Poder Destructor y Renovador. Estos son los tres modos

por los que la Esencia Suprema se manifestaba en el Universo material, pero pronto comenzaron a ser considerados como tres deidades distintas. Estas tres deidades se denominaron Trimurti o Tríada.

Los persas recibieron de los indios la doctrina de los tres principios, y la sustituyeron por un sistema dual: un principio de Vida, individualizado en el Sol, y un principio de Muerte, simbolizado por el frío y la oscuridad. Dualidad paralela a la del universo moral, en el que se produce una lucha constante entre la luz y la oscuridad, vida y muerte, plasmada en la leyenda de Ormuz y Ahrimán. Mitra, el reformador, fue deificado tras su muerte, e investido con los atributos del Sol, siendo detallados los distintos fenómenos astronómicos como supuestos acontecimientos de su vida, del mismo modo que los hindúes inventaron la historia de Buda.

La trinidad hindú se convirtió entre etíopes y abisinios en Nef-Amón, Ftah y Neit: el Dios Creador, cuyo emblema era un carnero; la Materia, o barro primitivo, simbolizado por un globo o un huevo; y el Pensamiento, o Luz que contiene el germen de todo. Triple manifestación de un dios único (Athom) considerado en tres aspectos, como poder creador, bien y sabiduría.

Los antiguos etruscos (raza emigrada desde los Alpes Réticos a Italia, de cuya migración han sido descubiertas pruebas y cuyo lenguaje nadie ha conseguido leer todavía) reconocían únicamente un Dios Supremo; pero tenían imágenes para Sus distintos atributos, así como templos para estas imágenes. Cada ciudad tenía un Templo Nacional dedicado a los tres grandes atributos de Dios: Fuerza, Riqueza y Sabiduría, o Tina, Talna y Minerva. La deidad nacional era siempre una tríada bajo un mismo tejado, y lo mismo sucedía en Egipto, donde únicamente era reconocido un Dios Supremo, aunque fuese adorado como tríada, con nombres distintos en cada hogar. Cada ciudad de Etruria podía tener tantos dioses y puertas y templos como le placiese; pero era obligatorio tener tres puertas sagradas, así como un Templo dedicado a los Atributos Divinos, donde pudiesen ser recibidas las leyes de Thoth.

La única puerta de los tiempos antiguos que queda en Italia sin haber sido destruida es la Porta del Circo en Volterra, y tiene sobre ella las tres cabezas de las tres divinidades nacionales, una sobre la clave de su magnífico arco, y las otras sobre ambos pilares laterales.

Los budistas sostienen que el dios hindú Sakia, que en Ceilán denominan Gautama, en la India más allá del Ganges Somonakodom, y en China

Chy-Kia o Fo, estaba constituido por la trinidad (Triratna) de Buda, Drama y Sanga, Inteligencia, Ley y Unión o Armonía.

Los sabeanos chinos representaban a la Deidad Suprema como formada por Chang-Ti, el Soberano Supremo; Tien, los Cielos; y Tao, la Razón Universal Suprema y Principio de Fe. Y el Caos, silencio inmenso y vacío inconmensurable que se movía en círculos a lo largo del espacio ilimitado sin cambio o alteración, al resultar vivificado por el Principio de Verdad, produjo todos los Seres bajo la influencia de Tao, Principio de Fe, quien produjo uno, uno produjo dos, dos produjeron tres, y tres produjeron todo lo que existe.

El Esclavono-Venda tipificaba la Trinidad en las tres cabezas del dios Triglav; y los Pruczi o prusianos en el dios trino Perkún, Pikollos y Potrimpos, las deidades de la Luz y el Trueno, del Infierno y de la Tierra, y sus frutos y animales. Y los escandinavos consideraban la Trinidad compuesta por Odín, Frea y Thor.

En la Cábala, o filosofía tradicional hebrea, la Deidad Infinita, más allá de la comprensión del Intelecto Humano, sin Nombre, Forma o Limitación, se representaba desarrollándose a Sí Misma con el fin de crear, por autolimitación, diez emanaciones, denominadas Sefirot o *rayos*.

La primera de estas, en el mundo Aziluth, que es el del interior de la Deidad, era Kéter, o la Corona, por la cual entendemos la Voluntad o Potencia Divina. A continuación, formando un par, Jojmá y Biná, por lo general traducidos como *Sabiduría* e *Inteligencia*, y de los cuales el primero representa al Padre, y el segundo a la Madre. Jojmá es el Poder o Energía de la Deidad, por medio de la cual produce dentro de sí la Ideación o Pensamiento; y Biná, la Capacidad pasiva, de la cual, operada por el Poder, fluye la Intelección. Esta Intelección es denominada Daath, y es la Palabra de Platón y los gnósticos; la palabra nunca pronunciada en el interior de la Deidad. Este es el origen de la Trinidad del Padre, la Madre o Espíritu Santo, y el Hijo o Palabra.

Otra trinidad era la compuesta por la cuarta Séfira, Guedula o Jésed, *Benignidad* o *Piedad*, también denominada Padre (Aba); la quinta, Gevurá, Severidad o Estricta Justicia, también denominada Madre (Imma); y la sexta, el Hijo o Vástago de ambas, Tiféret, Belleza o Armonía. Dice el Sohar: «Todo acontece conforme al Misterio del Equilibrio», es decir, por el equilibrio de opuestos. Y así, de la Infinita Piedad y la Infinita Justicia, en equilibrio, fluye la perfecta armonía del Universo. El Poder Infinito,

que es ilimitado y sin ley, junto con la Infinita Sabiduría, en equilibrio, producen la Belleza o Armonía como fruto, que es el Hijo, o la Palabra pronunciada de Dios. El Poder y la Justicia o Severidad son lo mismo, como lo son la Sabiduría y Piedad o Benignidad en la Infinita Naturaleza Divina.

Según Filón de Alejandría, el Ser Supremo, Luz Primitiva o Arquetipo de Luz, al unirse con la Sabiduría (Σοφια), la Madre de la Creación, forma en Sí Mismo los modelos de todas las cosas, y actúa sobre el Universo por medio de la Palabra (Logos, Λογος), que mora en Dios, y en quien todas Sus potencias y Sus atributos se desarrollan; doctrina que tomó prestada de Platón.

Simón el Mago y sus discípulos enseñaron que el Ser Supremo o Centro de Luz produjo en primer lugar tres parejas de existencias conjuntas (Suzugías, Συζυγίας) que eran origen de todas las cosas: Razón e Inventiva (*Nous* Νοῦς y *Epinoia* Επίνοια); Discurso y Pensamiento (*Fone* Φωνή y *Ennoia* Εννοια); Cálculo y Reflexión (*Logismos* Λογισμὸς y *Enthu-mesis* Ενθύμησις); de las cuales la Ennoia o Sabiduría era la primera producida, y Madre de todo lo que existe.

Otros discípulos de Simón, y con ellos la mayoría de los gnósticos, adoptando y modificando la doctrina, enseñaban que el

Pleroma (Πλήρωμα), o Plenitud de las Inteligencias Superiores, con el Ser Supremo a la cabeza, estaba compuesto por ocho Eones (Aiones, Αἰώνης) de sexos diferentes: Profundidad (Βυθὸς) y Silencio (Σιγὴ); Espíritu (Πνεῦμα) y Verdad (Αλήθεια); la Palabra (Λογος) y la Vida (Ζωή); el Hombre (Ἄνθρωπος) y la Iglesia (Ἐκκλησία).

Bardesanes, cuya doctrina fue abrazada durante largo tiempo por los cristianos sirios, enseñaba que el Padre Desconocido, feliz en la Plenitud de Su Vida y Perfecciones, primero produjo una Compañera para Sí (Suzugos, Συζυγος), a quien colocó en el Paraíso Celestial y quien se convirtió, por medio de Él, en Madre de Cristo, Hijo del Dios Viviente. Es decir, que el Eterno concibió, en el silencio de Sus decretos, el Pensamiento de revelarse a Sí mismo por medio de un Ser que sería Su imagen o Su Hijo. También enseñaba que el Hijo era fruto de su Hermana o Esposa, el Espíritu Santo, y ellos produjeron los cuatro Espíritus de los elementos, masculino y femenino: Maio y Jabseho, Nouro y Rucho; a continuación parejas místicas de espíritus, y el Cielo y la Tierra, y todo lo que existe; y finalmente siete espíritus que gobernaban los planetas, doce que gobernaban las constelaciones del Zodíaco, y treinta y seis inteligencias

estelares a las que denominaron diáconos. Mientras que el Espíritu Santo (Sofía Ajamoth), que era la Santa Inteligencia y el Alma del mundo psíquico, iba desde el Pleroma al mundo material donde lloraba su degradación, mientras que Cristo, su anterior esposo, venía a él con su Luz Divina y Su Amor, guiándole en su purificación para unirse de nuevo con su primitivo Compañero.

Basílides, el cristiano gnóstico, enseñaba que había siete emanaciones del Ser Supremo: el Primer Nacido (Protógonos, Πρωτόγονος), Pensamiento (Nous, Νους), la Palabra (Logos, Λόγος), Reflexión (Frónesis, Φρόνησις), Sabiduría (Sofía, Σοφία), Poder (Dinamis, Δυναμυς) y Justicia (Dikaiosune, Δικαιοσύνη). De estas emanaciones surgían otras sucesivamente, hasta totalizar trescientas sesenta y cinco; las cuales eran Dios manifestado, y componían la Plenitud de las Emanaciones Divinas, o el Dios Abraxas. De estas Emanaciones, el Pensamiento (o Intelecto, Nous, Νους) se unió por medio del Bautismo en el Jordán con el Hombre Jesús, Sirviente (Diácono, Διάκονος) de la raza humana. Mas no sufrió con Él, y los discípulos de Basílides enseñaban que el Nous únicamente se revistió de apariencia de humanidad, y que Simón el Cireneo fue

crucificado en Su lugar mientras que Él ascendió a los Cielos.

Basílides sostenía que, fuera del Dios no revelado, que se halla a la cabeza del mundo de las emanaciones y es exaltado por encima de toda concepción o designación (Ὁ κατονόμαστος, ἄῤῥητος), evolucionaban siete potencias hipostáticas subsistentes en sí mismas y eternamente activas:

PRIMERO: LAS POTENCIAS INTELECTUALES

1. Nous (Νοῦς): La Mente
2. Logos (Λόγος): La Razón
3. Frónesis (Φρόνησις): El Pensamiento
4. Sofía (Σοφία): La Sabiduría

SEGUNDO: LA POTENCIA ACTIVA U OPERATIVA

5. Dinamis (Δυναμις): Poder, cumplien-do los propósitos de la Sabiduría

TERCERO: LOS ATRIBUTOS MORALES

6. Dikaiosune (Δικαιοσύνη): Santidad
7. Irene (Εἰρήνη): Tranquilidad Interior

Estas siete Potencias (Dinameis, Δυνάμεις), junto con el Terreno Primario a partir del cual

evolucionaron, constituyeron en su esquema el Πρωτη Ὀγδοὰς (Prote Ogdoas), o Primer Octavo, la raíz de toda Existencia. A partir de este punto, la vida espiritual procedía a emanar continuamente fuera de sí distintas gradaciones de existencia, siendo cada una la inferior y arquetipo de la inmediatamente superior. Basílides suponía que había 365 de estas regiones o gradaciones, expresadas por la palabra mística Αβραξας (Abraxas).

El Abraxas se interpreta de este modo, siguiendo el modo habitual de interpretar las letras numéricamente: α, 1 / β, 2 / ρ, 100 / α, 1 / ξ, 60 / α, 1 / ς, 200 = 365, que es el total de Emanaciones o Mundos conforme al desarrollo del Ser Supremo.

En el sistema de Basílides, la Luz, la Vida, el Alma y el Bien se oponían a la Oscuridad, la Muerte, la Materia y el Mal a lo largo y ancho de todo el Universo. Conforme a la perspectiva gnóstica, Dios era representado como la fuente original, inmanente e incomprensible de toda perfección; el Abismo insondable (Buthos, βυθος) que —según Valentino— era exaltado por encima de toda posibilidad de designación; de quien, hablando con propiedad, nada puede decirse; el ἀκατονόμαστος de Basílides, el ὢν de Filón. Teniendo en cuenta esta incomprensible Esencia

de Dios, una transición inmediata a lo finito es inconcebible. La Autolimitación es el primer comienzo en la comunicación de vida por parte de Dios, el primer paso de la Deidad oculta hacia la manifestación; y de esto procede todo desarrollo posterior de la Esencia Divina. De este eslabón primario en la cadena de la vida proceden, en primer lugar, las múltiples potencias o atributos inherentes a la Divina Esencia que, hasta que no tuvo lugar esa autocomprehensión, se hallaba oculta por completo en el Abismo de Su Esencia. Cada uno de esos atributos presenta la totalidad de la Esencia Divina bajo un aspecto particular; y a cada uno de estos, por lo tanto y en este sentido, puede aplicarse el título de Dios con propiedad. Estas Potencias Divinas que evolucionan por sí mismas hacia la autosubsistencia se convierten inmediatamente después en germen y principio del resto de desarrollos de la vida. La vida contenida en ellas se despliega e individualiza progresivamente, pero de tal modo que los sucesivos grados de evolución de vida se hunden cada vez más profundamente. Los espíritus se debilitan conforme se alejan del primer eslabón en la serie. La primera manifestación era denominada πρῶτη κατάληψις ἑαυτοῦ (prote katalepsis heautou) o πρῶτον καταληπτὸν τοῦ θεου (proton katalepton tou Theou), que era

representada hipostáticamente en un νοῦς o λογος (Nous or Logos).

En la Gnosis alejandrina predominaba la noción platónica de Hule (ὕλη): lo muerto, lo insustancial, el límite que circunscribe por fuera la evolución de la vida en su progresión y avance gradual, por el cual lo Perfecto evoluciona por sí mismo hacia lo menos perfecto. Esta ὕλη está representada bajo diversas imágenes: en una ocasión, como la Oscuridad que existe junto con la Luz; en otra, como el vacío (Kénoma, Kénon, κένωμα, κενὸν) que existe en oposición a la Plenitud (Pleroma, Πλήρωμα) de la Vida Divina; o como la sombra que acompaña la luz; o el agua remansada, inmóvil y oscura. Esta materia, muerta en sí misma, no posee por su propia naturaleza ninguna tendencia inherente; y dado que le es ajena cualquier clase de vida, no cercena la Divinidad en modo alguno. No obstante, conforme las evoluciones de la Vida Divina (las esencias que se desarrollan en la emanación progresiva) se vuelven más débiles, y se encuentran más alejadas del primer eslabón de la serie, y dado que la conexión con el primero es más débil en cada paso sucesivo, sucede que el último paso de la evolución resulta imperfecto y defectuoso, e incapaz de mantener su conexión con la cadena de Vida Divina, y se hunde desde el Mundo de los

Eones en el caos de la materia. O expresado de un modo algo diferente, a la manera de los ofitas y de Bardesanes, una gota de la plenitud de la Vida Divina se desprende como una burbuja, adentrándose en el vacío adyacente. Y ante este acontecimiento, la materia inerte, por su contacto y mezcla con el principio vivo, al que deseaba, se vuelve por primera vez animada. Pero al mismo tiempo resulta que también lo divino, lo vivo, se corrompe por su contacto con la masa caótica. La Existencia ahora se multiplica por sí misma. Y entonces emerge una vida defectuosa y subordinada. Hay una base para un nuevo mundo. Una creación comienza a existir más allá de los confines de la emanación. Pero por otra parte, dado que el principio caótico de la materia ha adquirido vitalidad, surge una oposición activa y más definida contra lo Divino: un poder negativo, ciego e impío, que resiste obstinadamente toda influencia divina. Por ello, como producto del espíritu de ὕλη (del Pneuma Hulikon, πνεῦμα ὕλικον) aparecen Satán, los espíritus malignos y los hombres perversos en los cuales no se encuentra ningún principio moral ni ético, ni principio de deseo racional alguno, sino tan solo ciegas pasiones. En ellos se halla el mismo conflicto, que plantea el esquema platónico, entre el alma guiada por la razón Divina (el Nous,

νοῦς) y el alma que se opone ciegamente a la razón: la lucha entre el Principio Divino (Pronoia, πρόνοια) y el Principio Natural (Anague, αναγη).

La Gnosis siria asumía la existencia de un reino activo y turbulento de maldad, o de oscuridad, que por medio de su invasión del reino de la luz provocaba una mezcla de la luz con la oscuridad, de lo Divino con lo Maligno.

Incluso entre los platónicos alguno pensaba que, junto con la materia desorganizada e inerte, sustrato del mundo corpóreo, existía desde el principio un poder ciego y sin ley, alma maléfica que actuaba como su principio activo y motivo original. Dado que la materia inorgánica se organizaba en un mundo corpóreo por medio del poder plástico de la Deidad, del mismo modo eran comunicados a esa alma turbulenta e irracional la ley y la razón. De este modo el caos del ὕλη quedaba transformado en un mundo organizado, y esa alma irracional se convertía en principio racional, alma terrena que animaba el Universo. Del mismo modo que de esta última procedía toda vida espiritual y racional e la humanidad, de la primera procedía todo lo que es irracional y se halla bajo el ciego dominio de la pasión y el apetito; y todos los espíritus malignos son su progenie.

Todos los gnósticos coincidían en un aspecto: que había un mundo que emanaba de forma pura del desarrollo vital de Dios, creación generada directamente a partir de la Esencia Divina, claramente más sublime que cualquier creación exterior producida por el poder plástico de Dios, condicionada por la materia preexistente. Coincidían en afirmar que el responsable de este bajo mundo no era el Padre de ese elevado mundo de emanación, sino que lo era el Demiurgo (Δεμιουργος), ser de naturaleza análoga a la del Universo configurado y regido por él, y notablemente inferior al mundo más noble y al Padre del mismo. Pero algunos, a partir de ideas que habían prevalecido largo tiempo entre ciertos judíos de Alejandría, suponían que el Dios Supremo creó y gobernó el mundo por medio de Sus espíritus ministros, por los ángeles. A la cabeza de estos ángeles se hallaba uno que ostentaba la dirección y control de todos, denominado por lo tanto Artífice y Gobernador del Mundo. Comparaban a este Demiurgo con el espíritu plástico, animado y mundano de Platón y los platónicos (el Deuteros Theos, δεύτερος θεὸς, el Theos Genetos, θεὸς γενητὸς) que, además, según el Timeo de Platón, pretendía representar la Idea de la Razón Divina, que es temporal y es lo que se está transformando (por contraposición a

aquello que *es*). Este ángel es representante del Dios Supremo en un nivel inferior de existencia: no actúa independientemente, sino tan sólo conforme a las ideas que le son inspiradas por el Dios Supremo; del mismo modo que el alma terrena y plástica de los platónicos creaba todas las cosas según el patrón de las ideas comunicadas por la Razón Suprema (Nous, Νοῦς), el Paradigma (ho estizoon, ὅ ἔστιζῶον) de la Razón Divina hipostatizado.

Pero estas ideas trascienden su esencia limitada; el Demiurgo no puede alcanzarlas, siendo únicamente su órgano inconsciente; y por lo tanto es incapaz de comprender el ámbito completo y el significado de la labor que desarrolla. Como órgano bajo la guía de una inspiración más elevada, revela verdades más nobles de las que él mismo es capaz de comprender. El grueso de los hebreos no reconoció al ángel por medio del cual, en todas las teofanías del Antiguo Testamento, Dios se reveló a Sí Mismo. No conocían al Demiurgo en su verdadera relación con el Dios Supremo, que nunca se revela a Sí Mismo en el mundo sensible. Confundieron el tipo y el arquetipo, el símbolo y la idea. No se elevaron por encima del Demiurgo hasta un conocimiento del Dios Supremo. Pero los hombres espirituales de entre ellos, por el contrario, percibieron

claramente, o al menos intuyeron, las ideas veladas en el judaísmo. Se elevaron por encima del Demiurgo hasta un conocimiento del Dios Supremo; y por lo tanto se convirtieron apropiadamente en Sus adoradores (Therapeutai, θεραπευταί).

Otros gnósticos que no eran seguidores de la religión mosaica pero habían, en un período más temprano, adoptado para sí una gnosis de corte oriental, contemplaban el Demiurgo como un ser absolutamente hostil hacia el Dios Supremo. Él y sus ángeles, no obstante su naturaleza finita, desean establecer su independencia: no tolerarán poder extraño alguno en su dominio. Sea lo que sea de una naturaleza más elevada que descienda a su reino, intentarán apresarlo, so pena de que se eleve por encima de sus estrechos recintos. Probablemente, en este sistema, el reino de los Ángeles Demiúrgicos se correspondía en su mayor parte con el de los embaucadores Espíritus Estelares, siempre intentando despojar al hombre de su libertad, cautivarlo con artes engañosas y ejercer un imperio tiránico sobre las cosas de este mundo. Igualmente, en el sistema de los sabeos, los siete Espíritus Planetarios y los doce Espíritus Estelares del Zodíaco, que surgieron de una conexión irregular entre el engañado Fetahil y el Espíritu de la Oscuridad, juegan un importante

papel en todo lo que es perverso. El Demiurgo queda reducido a un ser limitador, orgulloso, celoso y vengativo; y este su carácter le traiciona a sí mismo en el Antiguo Testamento, el cual —según los gnósticos— procedía de él. Transferían al Demiurgo mismo todo lo que les parecía defectuoso en la idea de Dios, tal y como aparece en el Antiguo Testamento. El ὕλη se revelaba constantemente contra la voluntad del Demiurgo, revolviéndose sin control contra el dominio que el moldeador ejercía sobre él, liberándose del yugo impuesto y destruyendo el trabajo que había comenzado. E imaginaban que veían en la naturaleza a este mismo ser celoso, limitado en su poder, y que reinaba de forma despótica. Intentaba detener la germinación de las semillas divinas que el Dios Supremo de Santidad y Amor, que no tiene conexión de ningún tipo con el mundo sensible, había esparcido entre los hombres. Ese Dios perfecto era, en el mejor de los casos, conocido y adorado en los Misterios por apenas unos pocos hombres espirituales.

El Evangelio de San Juan es en buena parte una diatriba contra los gnósticos, cuyas distintas sectas, para resolver esos grandes problemas, la Creación de un mundo material por un Ser inmaterial, la Caída del Hombre, la Encarnación, la Redención y restauración de los espíritus

denominados hombres, admitían una larga serie de inteligencias que intervenían en una serie de maniobras espirituales, y que designaban bajo los nombres de Principio, Palabra, Unigénito, la Vida, la Luz y el Espíritu (en griego Arjé, Logos, Monogenos, Zoe, Phos y Pneuma, Ἀρκή, Λόγος, Μονογενής, Ζωή, Φῶς y Πνευμα). San Juan, al comienzo de su Evangelio, declara que era Jesucristo quien existía en el Principio, que Él era la Palabra de Dios por el que todo fue hecho; que Él era el Unigénito, la Luz y la Vida, y que Él traía entre los hombres el Espíritu Santo, la Vida Divina y la Luz.

El Pleroma (Πλήρωμα), Plenitud, era un término muy manejado entre los gnósticos, y Verdad y Gracia eran los eones gnósticos. Y los simoníacos, docetas y otros gnósticos sostenía que el eón Cristo Jesús nunca fue estuvo realmente, sino únicamente en apariencia, revestido de un cuerpo humano. Pero San Juan replica que la Palabra se hizo realmente carne y habitó entre nosotros; y que en Él eran el Pleroma y la Verdad y la Gracia.

En la doctrina de Valentino, educado como cristiano en Alejandría, Dios era un Ser perfecto, un Abismo (Buthos, Βυθὸς) que ninguna inteligencia podía sondear, dado que ningún ojo podía alcanzar las alturas inefables e invisibles

en que Él mora, ni mente alguna puede comprender la duración de Su existencia. Siempre ha sido. Es el Padre Primitivo y Principio (Propator, Proarjé, Προπάτωρ, Προαρχὴ). Siempre será, y no envejece. El desarrollo de Sus perfecciones produce el mundo intelectual. Tras haber pasado infinitas edades en reposo y silencio, Se manifestó por Su Pensamiento, fuente de todas Sus manifestaciones, que recibió de Él el germen de Sus creaciones. Ser de Su Ser, Su Pensamiento (Ennoia, Ἔννοια) es también denominado Charis, Χάρις, Gracia o Gozo, y Silencio (Sige, Σιγή) o lo Inefable (Arreton, Ἄρρητον). Su primera manifestación fue la Inteligencia (Nous, Νους), primero de los eones, comienzo de todas las cosas, primera revelación de la Divinidad, el Unigénito (Monogenos, Μονογενὴς). A continuación, la Verdad (Aletheia, Ἀλήθεια), su compañera. Sus manifestaciones eran la Palabra (Logos, Λόγος) y la Vida (Zoe, Ζωὴ), y las de estos, el hombre (Anthropos, Ανθροπος) y la Iglesia (Ekklesia, Ἐκκλησία). Y las de estos, otras doce, seis de las cuales eran Esperanza, Fe, Caridad, Inteligencia, Felicidad y Sabiduría; o en hebreo, *Kesten*, *Kina*, *Amfe*, *Uananim*, *Taedes*, y *Ubina*. La armonía de los Eones, que luchan por conocer y unirse con el Dios Primitivo, se vio alterada, y para redimirlos

y restaurarlos, la Inteligencia (Νοῦς) produjo a Cristo y al Espíritu Santo, Su compañero, quienes restauraron dicha armonía a su estado primigenio de felicidad y armonía; tras lo cual formaron el Eón Jesús, nacido de Virgen, al que el Cristo se unió en el bautismo y el cual, con su compañera Sofía Ajamoth, salvó y redimió el mundo. Los marcosianos enseñaron que la Deidad Suprema produjo por medio de Su palabra el Logos (Λόγος) o Plenitud de Eones. Su primera pronunciación fue una sílaba de cuatro letras, cada una de las cuales se convirtió en un ser. Su segunda pronunciación consistió otra sílaba de cuatro, la tercera en una de diez, y la cuarta de doce: treinta en total, que constituyen el Pleroma (Πλήρωμα).

Los valentinianos, y otros gnósticos, distinguían tres órdenes de existencia: 1) los gérmenes divinos de vida o naturalezas espirituales (Phiseis Pneumatikai, φύσεις πνευματικαί), exaltados en razón de su naturaleza, similar a la Sofía (Σοφία), por encima de la materia, hacia el Alma del Mundo y el Pleroma. 2) Las naturalezas originadoras de la vida, separadas de los anteriores por la mezcla con el ὕλη: las naturalezas psíquicas, (Phiseis Psichikai, φύσεις ψυχικαὶ), con las que comienza un orden de existencia totalmente nuevo, imagen de ese

sistema y esa alma más elevada pero en un grado subordinado. Y 3) La Naturaleza Maléfica o Hílica, que resiste toda mejora, y cuya tendencia es únicamente destructiva: la naturaleza de la lujuria ciega y la pasión.

La naturaleza de los Pneumatikon (πνευματικὸν), los espirituales, es la relación esencial con Dios (Homousion to Theo, ὁμούσιον τῷ θεῷ). De aquí la vida de Unidad, lo indiviso, lo absolutamente simple (Ousia henike monoeides, οὐσία ἑνικὴ μονοειδὴς).

La esencia de los Psíquikoi (ψυχικοὶ) es la ruptura hacia la multiplicidad, la pluralidad que, no obstante, está subordinada a una unidad más elevada, por la que se deja guiar, primero inconscientemente, y después conscientemente.

La esencia de los Hilikoi (ὑλικοὶ), de los que Satán es la cabeza, es la oposición directa a toda unidad: la ruptura y la desunión en estado puro, sin la menor compasión y punto alguno de fusión con la Unidad; deseando siempre romper esa Unidad y extender su inherente desunión al mundo, desestructurando todo. Este principio no tiene capacidad de crear ni fundar nada, sino únicamente de destruir y descomponer.

Marco, discípulo de Valentino, desarrolló en todos sus detalles la idea de un Logos Tou Ontos

(Λογος του οντος), una Palabra que manifestaba la Esencia Divina en el ámbito de la Creación (siendo toda la creación, según su punto de vista, una expresión continua del Inefable). El modo en que la vida divina (spermata pneumatika, σπέρματα πνευματικὰ), que yace encerrada en los eones, se despliega e individualiza de forma constante, es representado como espontáneo análisis de los distintos *nombres* del Inefable en sus diversos sonidos. Un eco del Pleroma cae en el Hule, y se convierte en una creación nueva e inferior.

Una fórmula del bautismo neumático empleada por los gnósticos rezaba de este modo: «En el Nombre que está oculto en toda Divinidad y Potencia» (del Demiurgo), el Nombre de la Verdad» (Aletheia, Αλήθεια, automanifestación del Buthos), que Jesús de Nazaret puso en las zonas de luz de Cristo, el Cristo Vivo, a través del Espíritu Santo para la redención de los ángeles; el Nombre a través del cual todas las cosas alcanzan la perfección». Entonces el candidato decía: «Soy instituido y redimido; y soy redimido en mi alma terrenal y en todo lo que le pertenece, por el nombre de Yahvé, que redimió el Alma de Jesús por medio del Cristo Vivo». A lo que la asamblea añadía «¡Paz (o Salvación) a todos aquellos sobre los que descansa su nombre!». El joven Dionisos,

despedazado por los titanes, según narran los Misterios Báquicos, era considerado por los maniqueos sencillamente como representación del Alma engullida por los poderes de la oscuridad: esa parte de la esencia luminosa del hombre primigenio de Manes (Protos Anthropos, πρῶτος ἄνθρωπος), el Praon Anthropos (πράων ἄνθρωπος) de los Valentinianos, el Adam Kadmón de la Cábala y el Kaiomorse del Zend-Avesta, devorada por los poderes de la Oscuridad; el Alma Mundana, mezclada con la materia (la semilla de Vida Divina caída en la materia, que tenía entonces que sufrir un proceso de purificación y desarrollo).

La Gnosis (Γνῶσις) de Carpócrates y su hijo Epífanes consistía en el conocimiento del Supremo Ser Original y Uno, la más elevada unidad, de la que toda existencia ha emanado y a quien toda existencia se esfuerza por retornar. Los espíritus finitos que gobiernan sobre las distintas porciones de la Tierra pretender contrarrestar esta tendencia universal a la unidad; y de su influencia, sus disposiciones y sus leyes procede todo lo que se opone, turba o limita la comunión original, que es la base de la Naturaleza como manifestación externa de esa sublime Unidad. Estos espíritus, además, pretenden mantener su dominio sobre las almas que, emanando de la más elevada Unidad, y

compartiendo todavía su naturaleza, se han precipitado por un descuido al mundo corpóreo y han sido aprisionadas en cuerpos para integrarse, bajo su dominio, en el ciclo de las migraciones. Las religiones populares de las distintas naciones tienen su origen en estos espíritus finitos. Pero las almas que, debido a una reminiscencia de su anterior condición, se elevan hacia arriba buscando la contemplación de esta altísima Unidad, alcanzan tal libertad y perfecto reposo que nada posterior puede turbarles o limitarles, y se alzan por encima de las deidades y religiones populares. Como ejemplo de estas almas citan a Pitágoras, Platón, Aristóteles y Cristo. No hacen distinción entre estos últimos y los hombres buenos y sabios de cualquier otra nación. Enseñaban que cualquier alma que pudiese elevarse a su misma altura de contemplación podría ser considerada como igual a Él.

Los ofitas comenzaban su sistema con un Ser Supremo, desconocido desde tiempo inmemorial por la raza humana, como lo es todavía para la mayor parte de la humanidad: el Buthos (Βυθὸς) o Profundidad, Fuente de Luz y del Adam Kadmón, el Hombre Primigenio, hecho por el Demiurgo pero perfeccionado por el Dios Supremo por medio de la comunicación a él del Espíritu (Pneuma, Πνεῦμα). La primera emanación fue el

Pensamiento de la Deidad Suprema (Ennoia, Ἔννοια) como concepción del Universo en el Pensamiento de Dios. Este Pensamiento, llamado también Silencio (Sigue, Σιγη), produjo el Espíritu (Pneuma, Πνευμα), Madre de lo Viviente y Sabiduría de Dios. Junto con esta Primitiva Existencia también existía la Materia (las Aguas, la Oscuridad, el Abismo y el Caos) de forma eterna, así como el Principio Espiritual. Buthos y Su Pensamiento, al unirse con la Sabiduría, la hicieron fructificar por medio de la Luz Divina, de forma que produjo un ser perfecto, *Christos*, y otro imperfecto, una Sabiduría segunda e inferior, Sofía-Ajamoth, que, precipitándose en el caos permaneció atrapada en él, debilitándose y perdiendo todo conocimiento de la Sabiduría Superior de la que surgió. Al comunicar movimiento al Caos, produjo Ialdabaoth, el Demiurgo, agente de la Creación Material, tras lo cual ascendió hacia su primer lugar en la escala de la Creación. Ialdabaoth produjo un ángel que era su imagen, y este a su vez un segundo ángel, y así sucesivamente hasta el sexto tras el Demiurgo, siendo los siete reflejo uno del otro, pero aún así diferentes y habitando siete regiones distintivas. Los nombres de los seis así producidos eran Iao, Sabaoth, Adonai, Eloi, Oral y Astafai. Ialdabaoth, para independizarse de su Madre y aspirar al Ser

Supremo, creó el mundo, y el hombre a su imagen y semejanza; y su Madre hizo que el Principio Espiritual pasase de ella al hombre así creado. Y en lo sucesivo tuvo lugar en el interior del hombre la lucha entre el Demiurgo y su Madre, entre la luz y la oscuridad, el bien y el mal; y la imagen de Ialdabaoth, reflejada sobre la materia, se convirtió en el Espíritu – Serpiente, Satán, la Inteligencia Maléfica. Eva, creada por Ialdabaoth, tuvo como progenie niños que eran ángeles como ellos mismos. La Luz Espiritual fue retirada del hombre por Sofía, y el mundo se rindió a la influencia del mal; hasta que el Espíritu, urgido por las súplicas de la Sabiduría, indujo al Ser Supremo a enviar a Cristo para redimirlo.

Empujado, a su pesar, por su Madre, Ialdabaoth provocó que el hombre Jesús naciese de una Virgen, y el Salvador Celestial, uniéndose con su hermana, la Sabiduría, descendió a través de las regiones de los siete ángeles, apareciendo en cada una bajo la forma de su jefe, ocultando la suya propia, y entrando finalmente con su Hermana en el Hombre Jesús en el Bautismo del Jordán. Ialdabaoth, percatándose de que Jesús estaba destruyendo su imperio y aboliendo su culto, provocó que los judíos lo odiasen y lo crucificasen; antes de lo cual Cristo y la Sabiduría habían ascendido a las regiones

celestiales. Ellos devolvieron a Jesús a la vida y le otorgaron su cuerpo etéreo, en el cual Él permaneció dieciocho meses sobre la tierra. Y recibiendo de la Sabiduría el perfecto conocimiento, la Gnosis, la transmitió a un pequeño número de sus apóstoles, tras lo cual se elevó a la región intermedia habitada por Ialdabaoth donde, sin saberlo él, se sienta a su diestra, quitándole las Almas de Luz purificadas por el Cristo. Cuando nada del mundo espiritual permanezca sujeto a Ialdabaoth, la redención habrá sido conseguida, y el fin del mundo, la compleción del retorno de la Luz a la Plenitud, tendrá lugar.

Tatiano adoptó la teoría de la Emanación de los Eones, de la existencia de un Dios demasiado sublime como para permitirse ser conocido, pero que se muestra a través de las Inteligencias que surgen de Su seno. La primera de estas era Su Espíritu (Pneuma), Dios Mismo, Dios pensante, Dios concibiendo el Universo. La segunda era la Palabra (Logos), que ya no era únicamente el Pensamiento o Concepción, sino la Pronunciación Creativa, manifestación de la Divinidad, que emanaba del Pensamiento o Espíritu; el Primer Creado, autor de la creación visible. Esta era la Trinidad, compuesta por el Padre, el Espíritu y la Palabra.

Los elchaitas adoptaron los Siete Espíritus de los gnósticos, pero los llamaron Cielo, Agua, Espíritu, los Santos Ángeles de la Oración, Aceite, Sal y Tierra. La opinión de los docetas referente a la naturaleza humana de Jesucristo era la que compartían en general los gnósticos. Consideraban a las inteligencias del Mundo Superior demasiado puras y antagonistas de la materia como para que deseasen unirse a ella. Y sostenían que Cristo, una Inteligencia de primer rango, al aparecer sobre la Tierra, no se fundió con la materia, sino que adoptó por encima de sí la apariencia de un cuerpo, o como mucho lo usó como una cubierta.

Pablo de Samosata enseñaba que Jesucristo era el Hijo de José y María; pero que la Palabra, Sabiduría o Inteligencia de Dios, el Nous de los Gnósticos, se había unido con él, de forma que se podía decir que era a un tiempo el Hijo de Dios y Dios mismo.

Arrio denominó al Salvador la primera de las criaturas, no emanada de Dios, sino realmente creada por voluntad directa de Dios antes de todos los tiempos. Según la Iglesia, Cristo era de la misma naturaleza de Dios; pero según algunos disidentes, era de la misma naturaleza del hombre. Arrio adoptó la teoría de una naturaleza análoga a ambos. Cuando Dios resolvió crear la

raza humana, hizo a un ser al que llamó la Palabra, el Hijo, Sabiduría (Logos, Uios, Sofía, Λόγος, Υἱὸς, Σοφία), al punto de que este podría dar existencia a los hombres. Esta Palabra es el Ormuz de Zaratustra, el Ain-Soph de la Cábala, el Nous del Platonismo y el Filonismo, y la Sofía o Demiurgo de los gnósticos. Distinguía la Sabiduría Inferior como hija de la Sabiduría Superior, que es en Dios, inherente a Su naturaleza e incapaz de comunicación con ninguna criatura. La segunda, por la que el Hijo fue hecho, se comunicó a sí mismo a Él, y por lo tanto Él Mismo estaba legitimado para ser llamado la Palabra y el Hijo.

Manes, fundador de la secta de los maniqueos, que había vivido y se habían distinguido entre los magos persas, asumió parte de las doctrinas de Scytiano, cabalista o gnóstico judaizante del tiempo de los apóstoles. Y conociendo las doctrinas de Bardesanes y Harmonio, derivó sus doctrinas del zoroastrismo, el cristianismo y el gnosticismo. Proclamaba ser el Parákletos (Παράκλητος) o Confortador, en el sentido de Maestro, órgano de la Deidad, pero no en el sentido de Espíritu Santo; y comenzó su *Epistola Fundamenti* con estas palabras: «Manes, Apóstol de Jesucristo, elegido del Dios Padre, que contempla las Palabras de Salvación que emanan

de la fuente viva y eterna». La idea dominante de su doctrina era el Panteísmo, extraído de sus fuentes en las regiones de la India y en los confines de China: que la causa de todo lo que existe es en Dios; y finalmente, Dios es todo en todo. Todas las almas son iguales. Dios es en todo, en los hombres, animales y plantas. Hay dos Dioses, uno del Bien y otro del Mal, independientes, eternos, cabezas de un Imperio distintivo; y necesariamente, por sus propias naturalezas, hostiles mutuamente. El Dios Maléfico, Satán, es únicamente Genio de la materia. El Dios del Bien es infinitamente Superior, el Dios Verdadero, mientras que el otro no es más que el jefe de todo lo que es enemigo de Dios, debiendo finalmente sucumbir ante Su Poder. Únicamente el Imperio de la Luz es eterno y verdadero; y este Imperio consiste en una gran cadena de Emanaciones, todas conectadas con el Ser Supremo al que hacen manifestarse; todas son Él, bajo diferentes formas, elegidas para un fin, el triunfo del Bien. En cada uno de sus miembros yacen miles de tesoros inefables. Excelente en Su Gloria, incomprensible en Su Grandeza, el Padre ha unido en Sí Mismo esos afortunados y gloriosos Eones (Αιωνες), cuyo Poder y Número es imposible determinar. Esta es la Infinidad de Infinitos Atributos del Dios de Spinoza. Los Doce

Eones Jefes, a la cabeza de todos, eran los Genios de las doce Constelaciones del Zodíaco, llamados por Manes «Olamin». Satán, igualmente, Señor del Imperio de la Oscuridad, tenía un ejército de Eones o Demonios que emanaban de su esencia y reflejaban más o menos su imagen, pero divididos y faltos de armonía entre ellos. Una guerra entre ellos los llevó a los confines del Reino de la Luz. Encandilados, decidieron conquistarlo. Pero el Jefe del Imperio Celestial creó un Poder que ubicó en las fronteras del Cielo para proteger sus Eones y destruir el Imperio del Mal. Esta era la Madre de Vida, el Alma del Mundo, una Emanación del Ser Supremo demasiado pura para un contacto inmediato con la materia. Permanecía en la región más elevada; pero produjo un Hijo, el primer Hombre (Kaiomorte, Adam-Kadmón, Πρῶτος Ανθρωπος y Hivil-Zivah, del Zend-Avesta, la Cábala, la Gnosis y el Sabeísmo), que comenzó la pugna entre los Poderes del Mal. Pero al perder parte de su panoplia y de su Luz, así como a su Hijo y a muchas almas nacidas de la Luz pero que fueron devoradas por la oscuridad, Dios envió en su ayuda al Espíritu vivo, o Hijo del Primer Hombre (Uios Anthropou, Yἱὸς Ἀνθρώπου) o Jesucristo. La Madre de Vida, Principio de Vida Divina, y el primer Hombre, Ser Primitivo que revela la Vida Divina, son

demasiado sublimes para tener relación con el Imperio de la Oscuridad. El Hijo del Hombre o Alma del Mundo entran en la Oscuridad, convirtiéndose en su cautivo, para finalizar atemperando y diluyendo su naturaleza salvaje. El Espíritu Divino, tras haber devuelto al Hombre Primitivo a la condición de Hombre de Luz, eleva por encima del mundo a esa parte del Alma Celestial que permanece inafectada al ser mezclada con el Imperio de la Oscuridad. Situada en la región del Sol y la Luna, esta alma pura, el Hijo del Hombre, Redentor o Cristo, trabaja por entregar y atraer hacia Sí esa parte de la Luz o el Alma del Primer Hombre difundida a través de la materia; lo cual una vez conseguido marcará el fin del mundo. Para retener los rayos de Luz que todavía quedaban entre sus Eones, siempre tendientes a escapar y regresar, a base de concentrarlos, el Príncipe de Oscuridad, con el consentimiento de los Eones, hizo a Adán, cuya alma era de Luz Divina aportada por los propios Eones, mientras que su cuerpo era de materia, de forma que pertenecía a ambos Imperios, el de la Luz y el de la Oscuridad. Para impedir que la luz escapase de golpe, los demonios prohibieron a Adán comer del «fruto del bien y del mal», por medio del cual habría conocido el Imperio de la Luz y el de la Oscuridad. Él obedeció. Un Ángel

de la Luz le indujo a transgredir, y le dio los medios para la victoria; pero los Demonios crearon a Eva, que le sedujo y arrastró a un acto de sensualidad que lo debilitó, atándolo de nuevo a los lazos de la materia. Esto se repite en el caso de todo hombre que vive. Para liberar el alma, prisionera de la oscuridad, el Principio de Luz, o Genio del Sol, encargado de redimir el Mundo Intelectual, del cual es arquetipo, vino a mostrarse a Sí Mismo entre los hombres. La Luz apareció en la oscuridad, pero la oscuridad no le abarcó, según palabras de San Juan. La Luz no podía unirse con la oscuridad, sino que adoptó la apariencia de un cuerpo humano, y tomó el nombre de Cristo en el Mesías únicamente para acomodarse al lenguaje de los hebreos. La Luz realizó su labor, arrebatando a los judíos de la adoración al Principio del Mal y a los paganos del culto a los demonios. Pero el cabecilla del Imperio de la Oscuridad provocó que fuese crucificado por los judíos. Pero a pesar de ello sufrió únicamente en apariencia, y Su muerte otorgó a todas las almas el símbolo de su derecho. Una vez que desapareció la persona de Jesús, fue vista en Su lugar una cruz de Luz, sobre la que una voz celestial pronunció estas palabras: «La Cruz de Luz es llamada la Palabra, Cristo, la Puerta, el Gozo, el Pan, el Sol, la Resurrección,

Jesús, el Padre, el Espíritu, la Vida, la Verdad y Gracia».

Con los priscilianistas había dos principios: uno, la Divinidad; el otro, la Materia Primitiva y la Oscuridad, ambos eternos. Satán es el hijo y señor de la materia, y los ángeles secundarios y demonios, vástagos de la misma. Satán creó y gobierna el mundo visible. Pero el alma del hombre emanó de Dios, y es de la misma sustancia de Dios. Seducida por los espíritus perversos, pasa a través de varios cuerpos hasta que, purificada y reformada, se eleva a Dios, siendo fortificada por Su luz. Estos poderes maléficos mantienen al género humano atado; y para redimir esta atadura, el Salvador, Cristo el Redentor, vino y murió sobre la cruz de expiación, eximiendo así de la obligación contraída. Él, como todas las almas, era de la misma sustancia de Dios, una manifestación de la Divinidad, pero que no formaba una segunda persona. No nacido, como la Divinidad, y nada más que la Divinidad bajo otra forma. No es preciso indagar más en estas divagaciones. Detengámonos en las fronteras del reino de las trescientas sesenta y cinco mil emanaciones de la Luz Primitiva, Fira, o Ferho y Yavar, de los mandaitas; y retornemos de forma contenida al sencillo y sublime credo de la Masonería.

Tales eran algunas de las antiguas nociones concernientes a la Deidad; y poniéndolas en relación con lo que ha sido descrito en los grados precedentes, esta lectura nos ofrece una imagen fiel de las especulaciones antiguas. Desde el principio hasta ahora, aquellos que se han empleado en resolver el misterio de la creación del universo material por medio de una Deidad Inmaterial han interpuesto entre ambos, así como entre Dios y el hombre, diversas manifestaciones o emanaciones, atributos o agentes personificados del Gran Dios Supremo, coexistente con el Tiempo y coextensivo con el Espacio.

La creencia universal de Oriente era que el Ser Supremo no creó ni la Tierra ni el hombre. El fragmento con que comienza el Libro del Génesis, que consiste en el primer capítulo y los tres primeros versos del segundo capítulo, asigna la creación, o más bien la *formación* o *moldeado* del mundo a partir de la materia ya existente en confusión, no ha IHUH, sino al ALHIM, bien conocidos entre los fenicios como deidades, fuerzas o manifestaciones subordinadas. El segundo fragmento lo imputa a IHUH-ALHIM, y San Juan asigna la creación al Logos o Palabra; y afirma que Cristo era la Palabra, así como la Luz y la Vida, otras emanaciones de la Gran Deidad Primigenia, a quienes ciertos cultos habían

asignado el trabajo de la creación. Una existencia absoluta, enteramente inmaterial, totalmente fuera del alcance de nuestros sentidos, causa pero no efecto, que nunca no fue, sino que existió durante una infinidad de eternidades, antes de que hubiese cualquier cosa excepto Tiempo y Espacio, queda totalmente más allá de nuestras concepciones. La mente del hombre se ha cansado de especular en lo referente a Su naturaleza, Su esencia y Sus atributos, para acabar igual de ignorante que al principio. Ante la imposibilidad de concebir la inmaterialidad, nos sentimos perdidos cuando vamos más allá del dominio de la materia. Y a pesar de ello sabemos que hay Poderes, Fuerzas, Causas que en sí no son materia. Les adjudicamos nombres, pero en lo referente a lo que realmente son, y lo que es su esencia, somos totalmente ignorantes.

Pero afortunadamente, no se concluye de esto que no podamos creer, o incluso saber, lo que no podemos explicarnos, o lo que está más allá del alcance de nuestra comprensión. Si creyésemos únicamente lo que nuestro intelecto puede alcanzar, medir y comprender, y acerca de lo que podemos tener ideas nítidas y claras, no podríamos creer en nada. Los sentidos no son los testigos que nos ofrecen testimonio de las más elevadas verdades.

Nuestra mayor dificultad consiste en que ese lenguaje no es adecuado para expresar nuestras ideas, dado que nuestras palabras se refieren a *cosas*, y son imágenes de lo que es sustancial y material. Si empleamos la palabra «emanación», nuestra mente recurre involuntariamente a algo *material* fluyendo de alguna otra cosa que es igualmente material. Y si rechazamos esta idea de materialidad, no queda nada de la emanación salvo una irrealidad. La palabra «cosa» nos sugiere por sí misma aquello que es material y entra dentro del conocimiento y jurisdicción de los sentidos. Si renunciamos a la idea de materialidad, se nos presenta como una no-cosa, como una irrealidad intangible que la mente intenta en vano alcanzar. *Existencia* y *Ser* son términos que presentan el mismo color de materialidad; y cuando hablamos de Poder o Fuerza, la mente inmediatamente imagina cualquier cosa física y material ejerciendo su efecto sobre otra. Elimina esa idea, y el Poder y la Fuerza, despojados de sus características físicas, parecerán tan irreales como la sombra que baila sobre una pared, que es en sí misma una simple ausencia de luz; pues lo espiritual es para nosotros únicamente algo que *no es* materia.

Espacio infinito y tiempo infinito son las dos ideas primarias. Las formulamos de este modo:

añade cuerpo tras cuerpo y esfera tras esfera hasta que la imaginación se agote; y aún así todavía quedará más allá un espacio vacío, desocupado, sin límites, porque está vacío. Añade acontecimiento tras acontecimiento en continua sucesión, por siempre jamás, y tras ello todavía quedará, tanto antes como después, un Tiempo en que no había ni habrá sucesos, igualmente infinito porque está también vacío. De este modo estas dos ideas de la falta de límites del espacio y la infinitud del tiempo parecen implicar las ideas de que la materia y los acontecimientos son limitados y finitos. No podemos concebir una infinitud de mundos o de eventos, sino únicamente un número indefinido de ambos; pues, aunque nos esforzamos por concebir su infinitud, acaba sucediendo que en nuestro pensamiento aparece *espacio* en el que no hay mundos. Y debe haber habido *tiempo* en que no sucedieron acontecimientos. No podemos concebir que, si esta Tierra se mueve millones de millones de kilómetros un millón de veces, se encuentre en el centro del espacio; ni que, si viviésemos millones y millones de eras y siglos, debiéramos estar todavía en el centro de la eternidad, con tanto *espacio* a cada lado como en el caso anterior; pues sería como afirmar que el mundo no se ha movido o que no hemos vivido en absoluto.

Ni tampoco podemos comprender cómo una serie infinita de mundos, añadidos unos a otros, no puede ser más larga que una serie infinita de átomos. O que una serie infinita de siglos no sea más larga que una serie infinita de segundos, siendo ambas series igualmente infinitas, y no conteniendo una serie menos elementos que la otra.

Del mismo modo que no tenemos la capacidad de formar en nosotros mismos una idea de lo que es lo inmaterial. Empleamos la palabra, pero conlleva para nosotros únicamente la idea de ausencia y negación de la materialidad, que al desvanecerse únicamente nos dejaría un tiempo y un espacio infinitos y sin límites.

No podemos formarnos una concepción de un efecto sin una causa. No podemos sino creer, y de hecho lo sabemos, que por muy lejos que retrocedamos en la cadena de causas y efectos, esta no puede ser infinita; sino que debemos finalmente llegar a *algo* que no es un efecto, sino causa primera. Y a pesar de ello el hecho queda literalmente más allá de nuestra comprensión. La mente rehúsa alcanzar la idea de auto-existencia, o existencia sin un comienzo.

No se necesita ir tan lejos en busca de misterios; ni tenemos derecho alguno a ser incrédulos o a dudar sobre la existencia de una Gran Causa

Primera, que en sí no es efecto, solo porque no podemos comprenderlo, y porque las palabras que empleamos ni siquiera la expresan adecuadamente.

Frotamos una aguja por un momento sobre una masa oscura e inerte de mineral de hierro que ha yacido dormida en la tierra durante siglos. Y algo es comunicado en ese momento al acero. Lo denominamos virtud, poder o cualidad, y a continuación la colocamos sobre una base y, ¡sorpresa!, movida por algún poder misterioso e invisible, un polo de su aguja se gira hacia el Norte, permaneciendo así durante días y años. Y quizá se mantenga así mientras el mundo dure. Y puedes llevar esa aguja donde desees, no importa qué mares o montañas se interpongan entre ella y el Polo Norte del mundo. Y este poder que actúa así e indica al marino su curso a través del océano sin caminos cuando las estrellas no han brillado durante días, salva naves del naufragio, familias del dolor, y guarda de una muerte súbita a aquellos de cuyas vidas depende el destino de las naciones y la paz del mundo. De no ser por este poder, Napoleón no hubiese podido volver a Francia desde Egipto, ni Nelson hubiese vivido para vencer en Trafalgar. Los hombres denominan a este poder Magnetismo, y creen complacientemente que lo han explicado todo,

cuando no han dado más que un nuevo nombre a algo desconocido con el fin de esconder su ignorancia. ¿Qué es este maravilloso Poder? Se trata de un poder real y activo, que sabemos y vemos. Pero lo que es en esencia, o cómo actúa, es algo que desconocemos, del mismo modo que desconocemos la esencia del modo de actuar del Pensamiento Creativo del Verbo de Dios.

Y volviendo a lo anterior, ¿qué es aquello que denominamos galvanismo y electricidad, ese fenómeno que producido por la acción de algo de ácido sobre dos metales, con la ayuda de un imán, es capaz de dar la vuelta a la Tierra en un segundo transmitiendo de nación a nación los pensamientos que gobiernan las transacciones de individuos y estados? La mente no se ha formado una noción de esa realidad, y no podemos darle ningún nombre que nos ayude a comprender su esencia y su ser. Es un Poder, como el Pensamiento y la Voluntad. No sabemos más.

¿Cuál es este poder de gravitación que hace que todo en la Tierra tienda hacia el Centro? ¿Cómo extiende sus manos invisibles hacia los erráticos meteoros, atrapándolos en su veloz curso y haciéndolos caer en el seno de la Tierra? Es un poder. No sabemos más.

¿Qué es el *calor* que desempeña una parte tan maravillosa en la economía del mundo, ese poder

calórico, latente en todas partes, dentro y fuera de nosotros, producido por la combustión, la presión intensa o por el movimiento veloz? ¿Es sustancia, materia, espíritu, algo inmaterial, una mera fuerza o un estado de la materia?

¿Y qué es la *luz*? Una sustancia —dicen los textos—, una materia que viaja hacia nosotros desde el Sol y las estrellas, siendo cada rayo susceptible de ser descompuesto por el prisma en siete rayos de colores distintos, cada uno con cualidades propias. Y si es una sustancia, ¿cuál es su esencia, cuál su poder inherente, que le permite viajar incalculables millones de kilómetros para alcanzarnos diez mil años o más tras haber abandonado las estrellas?

Todo poder es igualmente un misterio. Aplica un frío intenso a una gota de agua en el centro de un globo de hierro, y el globo saltará en pedazos conforme el agua se congele. Confina un poco del mismo líquido elemento en un cilindro que Encelado o Tifón no hubiesen podido partir en dos, y aplícale un calor intenso, y el vasto poder que yacía latente en el agua hará temblar el cilindro hasta en sus átomos. Un pequeño brote de una diminuta semilla, un brote tan tierno y delicado que el más mínimo toque podría destruirlo, es capaz de abrirse camino a través de la dura tierra, profundizando muchos metros con

una energía por completo incomprensible. ¿Cuáles son estas poderosas fuerzas encerradas en la diminuta semilla y en la gota de agua?

¿Qué es la misma vida, con todas sus energías poderosas y maravillosas —ese poder que mantiene el calor en nuestro interior, e impide a nuestros cuerpos descomponerse en sus elementos originales—; la vida, ese constante milagro cuya naturaleza y esencia ha eludido a todos los filósofos y sus sesudas disertaciones que no son más que mera jerga?

No hay que asombrarse de que los antiguos persas considerasen que la Luz y la Vida eran la misma cosa, siendo ambas emanaciones de la Deidad Suprema, el arquetipo de Luz. No hay que asombrarse de que, en su ignorancia, adorasen al Sol. Dios insufló en el hombre el espíritu de vida; que no es materia, sino una emanación de Sí Mismo. No era algo creado por él, ni una existencia distinta, sino una Potencia, como su propio Pensamiento. Y la luz, para las grandes almas antiguas, tampoco era una criatura, ni ninguna materia bruta, sino una pura emanación de la Deidad, inmortal e indestructible como Ella Misma.

¿Qué es, de hecho, la realidad? Nuestros sueños son tan reales, mientras duran, como los acontecimientos del día. Vemos, oímos, sentimos,

actuamos y experimentamos placer y sufrimos dolor tan vívidamente en el sueño como en la vigilia. Los sucesos y transacciones de un año se acumulan en el límite de un segundo, y los recuerdos del sueño son tan reales como los hechos pasados de la vida.

Los filósofos nos dicen que no conocemos la sustancia misma, sino únicamente sus atributos. Y que, cuando nosotros vemos lo que denominamos un bloque de mármol, nuestra percepción nos ofrece únicamente algo grande, sólido, coloreado, pesado, etc., pero no lo que es la cosa en sí misma, a la que pertenecen estos atributos. Pero los atributos no existen sin la sustancia. No son sustancias, sino adjetivos. La dureza, el peso o el color no tienen una existencia por sí mismos, separada de una cosa, de forma que puedan moverse ahora aquí, ahora allá, uniéndose a uno u otro objeto.

De este modo, el Pensamiento, la Voluntad y la Percepción no son el alma, sino sus atributos; y no tenemos conocimiento del alma misma, sino únicamente de sus manifestaciones. Del mismo modo que no tenemos conocimiento de Dios, sino únicamente de Su Sabiduría, Poder, Magnificencia, Verdad y otros atributos. Y a pesar de ello sabemos que existe un alma dentro del cuerpo y un Dios que vive en el Universo.

Tomemos, pues, los atributos del alma. Soy consciente de que yo existo y que soy la misma persona que era hace veinte años. Soy consciente de que mi cuerpo no es YO, pues si acaso mis brazos fuesen amputados esa persona que denomino YO permanecería completa, entera e idéntica. Pero no puedo asegurar, ni siquiera sometiéndome a la reflexión más intensa y continuada, qué es lo que soy, ni en qué parte de mi cuerpo resido, ni si soy un punto o una sustancia expandida. No tengo capacidad para examinarlo o inspeccionarlo. Existo, deseo, creo, percibo; eso, y nada más, es lo que sé.

Concibo un Pensamiento noble y sublime. ¿Qué es ese Pensamiento? No es materia, ni espíritu. No es una cosa, sino un Poder o una Fuerza. Trazo sobre un papel ciertas marcas convencionales, que *representan* ese pensamiento. No hay poder o virtud en los signos que escribo, sino tan solo el pensamiento que transmito a otros. Muero, pero el pensamiento permanece. Es un Poder. Actúa sobre los hombres, los empuja al entusiasmo, inspira patriotismo, gobierna su conducta, controla sus destinos, dispone su vida o su muerte. Las palabras que pronuncio no son más que una particular sucesión de sonidos que, por convenio, transmiten a los otros el pensamiento inmaterial, intangible y eterno. El hecho de que el

Pensamiento continúe existiendo una vez que ha germinado en el alma prueba su inmortalidad, pues no existe cosa alguna que pueda destruirlo. Las palabras habladas, por ser meros sonidos, se desvanecen en el aire; mientras que las escritas, que no son más que marcas, pueden ser quemadas, borradas y destruidas. Pero el Pensamiento vive, y debe vivir por siempre.

De modo que un Pensamiento Humano es una Existencia real, así como una Fuerza y un Poder, capaz de regir y controlar la materia, al igual que la mente. ¿Acaso la existencia de Dios, que es el alma inmaterial del Universo, y cuyo Pensamiento, plasmado en Su Palabra o no, supone un Poder Infinito de Creación, Preservación y Destrucción, no resulta tan incomprensible como la existencia de un Alma, de un pensamiento separado del Alma, del Poder de ese Pensamiento para modelar el destino y disponer los Destinos de la Humanidad?

Pero aún así no sabemos cuándo surge ese pensamiento, ni qué es. No es Nosotros. Nosotros no le damos forma, ni lo perfilamos, ni lo moldeamos. No es una fabricación nuestra, ni tampoco es nuestra invención. Brota espontáneamente, como un destello en el alma, convirtiendo a esa alma en el instrumento involuntario de su materialización en el mundo.

Llega a nosotros, que lo recibimos como a un extraño que busca refugio.

Del mismo modo que a duras penas podemos explicar el poderoso poder de la Voluntad humana. El mecanismo volitivo, como la ideación, es aparentemente espontáneo, un efecto sin causa. Las circunstancias lo provocan y le sirven como ocasión, pero no lo producen. Emerge en el alma, al igual que el pensamiento, del mismo modo que los borbotones en una corriente. ¿Se trata de una manifestación del alma que únicamente hace visible lo que acontece en su interior, o de una emanación suya, que sale y actúa hacia el exterior, siendo una Existencia per se, del mismo modo que es considerada un Poder? Únicamente podemos reconocer nuestra ignorancia. Es cierto que la Voluntad actúa sobre las almas, las controla y dirige, conforma su acción y legisla sobre hombres y naciones. Y sin embargo no es material ni visible; y las leyes que escribe únicamente informan al alma de lo que ha sucedido dentro de otra.

Dios, por lo tanto, no entraña más misterio que el resto de cosas que nos rodean, del mismo modo que nosotros somos un misterio. Sabemos que hay y debe haber una Causa Primera. Sus atributos, separados de Él, no existen. Del mismo modo que no existen el color y la extensión, el peso y la

dureza al margen de un sustantivo, ya sea espiritual o material, el Bien, la Sabiduría, la Justicia, la Piedad y la Benevolencia de Dios no son entes separados que los hombres hayan personificado, sino atributos de la Deidad, los adjetivos del Sustantivo Uno y Grande. Pero sabemos que Dios debe ser Bueno, Verdadero, Sabio, Justo, Benevolente y Piadoso; y en todos estos, como en Sus demás atributos, debe ser Perfecto e Infinito, pues somos conscientes de que estas leyes nos son impuestas por la propia naturaleza de las cosas y son necesarias, y que sin ellas el Universo sería un caos y la existencia de Dios sería increíble. Estos atributos lo son de su esencia, de lo que se sigue necesariamente de que Su existencia es.

Dios es el Alma Viva, Pensante e Inteligente del Universo, lo Inmutable, lo Permanente, el Estos (Εστως) de Simón el Mago, la Unidad (To On, To Ov) de Platón, en contraposición al perpetuo flujo y reflujo, o Génesis, de las cosas. Y dado que el Pensamiento del Alma emana de ella, se vuelve audible y visible en las Palabras, y así fue al principio concebido: eterno, connatural a Ella, que se manifestaba en el Verbo, creando así los universos material, mental y espiritual que, al igual que Sí Mismo, nunca comenzaron a existir.

Y esto es en lo que creían los antiguos: en Dios,

Padre Todopoderoso y Fuente de Todo; Su Pensamiento, que concebía el Universo entero y cuya voluntad era crearlo; Su Palabra, que pronunciaba ese Pensamiento, y así se convertía en Creador o Demiurgo, en el que eran la Vida y la Luz, y la Luz y la Vida del Universo. Pero no cesó esa Palabra de actuar con el mero acto de la Creación, pues una vez que puso la gran máquina en marcha, y estableció las leyes de su movimiento y progresión, de nacimiento y vida, no se convirtió en algo inerte e inactivo. Pues el PENSAMIENTO DE DIOS VIVE Y ES INMORTAL. Materializado en el VERBO, no solo es *creado* sino que *permanece*. Conduce y controla el Universo, toda sus esferas, todos sus mundos, todas las acciones del género humano y de toda criatura animada e inanimada. Habla en el alma de todo hombre vivo. Las estrellas, la Tierra, los árboles, los vientos, la voz universal de la Naturaleza, la tempestad y la avalancha, el rugido del mar y el sonido de la cascada, el áspero trueno y el tenue murmullo del arrollo, el canto de los pájaros, la voz del amor, el discurso de los hombres, todos son el alfabeto por el que la Palabra se comunica a los hombres y les transmite la voluntad y la ley de Dios, el Alma del Universo. Y muy verdaderamente «El Verbo se hizo hombre y habitó entre los hombres».

Dios, el Padre Desconocido (Πατὴρ Αγνωστος, *Pater agnostos*), conocido por nosotros únicamente a través de sus atributos. El Ser absoluto, Su Pensamiento (Εννοια, Ennoia), y la Palabra (Λόγος, Logos), manifestación y expresión del Pensamiento. Sostén la verdadera Trinidad Masónica: el Alma Universal, el Pensamiento en el Alma, y el Verbo o Pensamiento Expresado. Esta es la Trinidad Una del Escocés Trinitario.

Aquí la Masonería se detiene, y deja a sus iniciados el desarrollo de estas grandes verdades de tal manera que cada uno pueda aproximarse a ellas conforme a su razón, filosofía, verdad, y credo religioso. Renuncia a actuar como árbitro entre ellos. Mira calmadamente desde fuera, mientras cada uno multiplica los intermediarios entre Dios y la Materia, así como las personificaciones de las manifestaciones y los atributos de Dios según su razón, convicciones o caprichos. Mientras el hindú nos dice que Parabrahma, Brahm y Paratma era el primer dios uno y trino, manifestándose como Brahma, Visnú y Siva, Creador, Preservador y Destructor; y el egipcio que lo era Amón-Ra, Neith y Ftah, Creador, Materia, Pensamiento o Luz; y el Persa describe su trinidad como las tres potencias de Ormuz, Fuentes de Luz, Fuego y Agua; y el budista

habla del dios Sakya, trinidad compuesta de Buda, Dharma y Sanga, Inteligencia, Ley y Unión o Armonía; los chinos sabeos hablan de su trinidad o Chang-Ti, el Supremo Soberano, Tien, los Cielos, y Tao, la Razón Universal Suprema y Principio de Todas las Cosas, quienes produjeron la Unidad, la Unidad produjo la Dualidad, la Dualidad la Trinidad, y la Trinidad todo lo que existe. Mientras que el Esclavono-Venda tipifica su trinidad por las tres cabezas del Dios Triglav; mientras los antiguos prusianos apuntaban a su dios triuno Perkún, Pikolos y Potrimpos, deidades de la Luz y el Trueno, del Infierno y la Tierra; los escandinavos a Odín, Frea y Thor; y los antiguos etruscos a Tina, Talna y Minerva, Fuerza, Abundancia y Sabiduría. Mientras Platón nos habla del Bien Supremo, la Razón o Intelecto, y el Alma o Espíritu; y Filón del Arquetipo de Luz, Sabiduría (Σοφια) y el Verbo (Λογος); los Cabalistas, de las Tríadas del Sefirot; mientras los discípulos de Simón el Mago, y las numerosas sectas gnósticas, nos confunden con Eones, Emanaciones, Potencias, Sabiduría Superior e Inferior, Yaldabaoth, Adam-Kadmon, e incluso de las trescientas sesenta y cinco emanaciones de los Maldaitas.

Y mientras que el pío cristiano cree que el Verbo moró en el Cuerpo Mortal de Jesús de

Nazaret y sufrió en la Cruz; y que el Espíritu Santo fue derramado sobre los Apóstoles e inspira actualmente a toda Alma Cristiana…

Mientras todos estos credos afirman hallarse en posesión exclusiva de la Verdad, la Masonería inculca esta antigua doctrina, y nada más: que Dios es Uno, que Su Pensamiento se plasmó en su Palabra, creando el Universo y preservándolo por medio de estas Leyes Eternas que son expresión de su Pensamiento; que el Alma del Hombre, insuflada en él por Dios, es inmortal, como lo son su pensamientos. Que es libre de hacer el mal o escoger el bien; que es responsable de sus actos y punible por sus pecados. Que todo el mal y la injusticia y el sufrimiento de este mundo no son sino temporales, discordancias de una gran Armonía, y que a su debido tiempo se transformarán en infinitas modulaciones para componer el gran acorde armónico y cadencia final de Verdad, Amor, Paz y Felicidad que sonará por toda la eternidad en los Cielos, entre las estrellas y mundos, y en todas las almas de hombres y ángeles.

El Traductor:

Nacido en Albacete (España) en 1968, Alberto Moreno Moreno es Técnico en Empresas y Actividades Turísticas y traductor. Reside actualmente en Alfaz del Pi (Alicante), y es miembro de la R# L# S# Oliva-La Safor Nº 112, al Oriente de Gandía, perteneciente a la Gran Logia de España.

Este libro terminó de componerse en las colecciones de MASONICA.ES el día 21 de septiembre de 2012 (e# v#), Equinoccio de Otoño

Notas

[←1]

Conjunto de estrellas que guardan una relación única y resultan inseparables.

[←2]

Observaciones Astronómicas, Geográficas, Cronológicas y Físicas, extraídas de antiguos libros chinos, publicado por el Padre Souciet en 1729.

Índice